



ELLA VALENTINE

Un desafío para
MR PARKER

Un desafío para

Mr Parker



Ella Valentine

1ª edición febrero 2024

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto de Stockimg

Sobre las imágenes interiores: pngtree

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[Epílogo](#)

[¡No te pierdas lo que viene!](#)

[Novelas anteriores](#)

Easton



—Entonces, ¿has encontrado el algoritmo del amor? —preguntó Myers, uno de los inversores más conocidos dentro del campo tecnológico.

Benjamin Myers era el ángel inversor de muchos negocios emergentes y cada vez que este apostaba por uno de ellos, su popularidad crecía como la espuma. Tenía un aura de hombre sabio y autoritario; además, a sus casi sesenta años, no aparentaba más de cincuenta, aunque eso bien podría deberse al uso intensivo del bótox.

Me costó mucho conseguir que Myers accediera a recibirnos en su despacho de Wall Street. Solo lo conseguí cuando *Sincronizados*, la app de citas para la que buscaba inversores, consiguió llegar a las 10 millones de descargas.

Necesitaba convencer a Myers de que nuestra app de citas era una apuesta segura, así que me esforcé en sonar convincente cuando aseguré:

—Sí, así es. *Sincronizados* tiene el algoritmo del amor más avanzado y preciso del mercado. Utiliza una combinación única de análisis de datos, preferencias personales y psicología del comportamiento para encontrar parejas perfectamente compatibles. No se trata solo de gustos y

aficiones comunes, sino de comprender en profundidad lo que hace que dos personas sean realmente compatibles a nivel emocional y psicológico.

Noté la mirada de Ryan, mi socio, puesta en mí. Que alguien conocido por ser un escéptico del amor como era yo hablase con tanta determinación sobre la compatibilidad entre parejas, no dejaba de ser una ironía.

Pero yo no había elegido ese negocio por romanticismo, sino por pragmatismo. El amor era un negocio rentable. Solo había que fijarse en los grandes almacenes cuando se acercaba San Valentín. Los escaparates se vestían de corazones rojos y la promesa del amor eterno para facturar millones de dólares.

El señor Myers se recostó en su silla y me observó en silencio unos segundos. Estaba claro que mis palabras habían captado su interés.

—Leí el informe que me mandaste, Easton, y me parece asombroso que hayáis conseguido tantas descargas en tan poco tiempo. Sin embargo, en este campo las cosas cambian muy rápido. ¿Quién puede asegurar que vuestra app no se trata de una moda pasajera?

Sus dudas eran razonables, pero yo ya estaba preparado para esa pregunta:

—*Sincronizados* se diferencia de otras apps de citas porque, en lugar de apostar por las relaciones *fast food*, apuesta por el amor a largo plazo, ofreciendo la posibilidad de encontrar una pareja realmente compatible. Se enfoca en crear conexiones significativas que estén destinadas a durar. Por eso estoy convencido de que no estamos creando una moda pasajera; estamos estableciendo un nuevo estándar en el mundo de las citas.

Después de decir esto, empecé a arrojar datos que apoyaran mi discurso, y lo hice mostrándome seguro y confiado en todo momento, aunque por dentro tenía una bola de inseguridad devorándome las entrañas.

Era jodido hablar con tanta ímpetu de algo en lo que realmente no creía.

Amor, compatibilidad, pareja, ese mundo me era tan ajeno...

Cuando terminé de hablar, Myers pareció realmente impresionado. Estaba seguro de que lo había convencido. Se me daba bien descifrar las emociones y pensamientos ajenos con tan solo

fijarme en sus expresiones faciales. Era como si hubiera interiorizado el algoritmo de las emociones humanas de una forma parecida a como había memorizado los algoritmos de programación durante mis estudios. Y la expresión facial de Myers decía: «quiero invertir en este producto».

Pero también decía algo más. Algo que no conseguí descifrar hasta que habló.

—Todo lo que dices suena alentador, Easton, pero necesito que me des algo más. En el mundo de las startups los números no lo son todo. Me gustaría comprobar de una forma más empírica sus resultados. —Se rascó el mentón, pensativo, hasta que una idea recién llegada brilló en el fondo de su mirada gris acero—. Easton, ¿tienes pareja?

—¿Quién? ¿Yo? —Me señalé a mí mismo con confusión—. No, lo cierto es que no la tengo, señor.

—En ese caso, ¿qué te parecería hacer de conejillo de indias?

—¿Perdón? —Mi voz sonó estrangulada. Ryan a mi lado ahogó una carcajada en un ataque de tos. Yo me quedé... congelado. Incapaz de reaccionar. Porque lo que intuía que me estaba pidiendo estaba a las antípodas de lo que jamás en la vida hubiera deseado hacer, ni bajo amenaza de muerte.

El señor Myers se removió excitado en su asiento de cuero. Su expresión era la de alguien que acababa de tener una epifanía, como aquel que lleva años buscando la solución a un problema matemático y de repente, en un instante de claridad, encuentra la respuesta correcta.

—Sin lugar a duda, chico, eso es lo que necesitamos. No hay mejor manera de probar la eficacia de *Sincronizados* que viéndolo funcionar en la vida real, ¿no te parece? Si estás en lo cierto y el algoritmo consigue dar con tu alma gemela, estoy dispuesto a invertir cada centavo que necesitas para llevar tu aplicación al siguiente nivel. ¿Qué me dices? ¿Aceptas el reto?

Nora



Aquel día, el día en el que las cosas tomaron un rumbo inesperado, me encontraba en mi despacho del Upper East Side, reflexionando sobre lo bien que iba mi vida. Nunca fui una de esas personas que creen en el positivismo tóxico del «Si quieres, puedes», pero de alguna forma así había sido para mí.

En muy poco tiempo había conseguido:

- Abrir mi propio negocio y que este tuviera éxito.
- Ser elegida como una de las mujeres empresarias con más proyección de Nueva York según la revista *Start*.
- Dejar atrás el almacén cochambroso de Brooklyn donde empecé y alquilar unas oficinas con vistas impresionantes en una de las zonas más exclusivas de Manhattan.

Que *Miss Wine* estuviera triunfando era la culminación de un sueño hecho realidad. Pensándolo bien, cuando concebí su idea no estaba segura de que aquella suscripción de vinos a domicilio para mujeres fuera a funcionar. No había nada parecido en el mercado, lo que hacía que apostar por algo así fuera arriesgado. Pero decidí intentarlo y, ¡sorpresa!, funcionó muy bien

desde el principio. Cada vez eran más las mujeres que se abonaban a *Miss Wine* con la promesa de recibir cada tres meses una caja llena de vinos deliciosos y otras sorpresas destinadas al autocuidado y al automimo de la mujer moderna.

La cuestión era que aquella mañana me sentía un poco más pletórica de lo habitual. Me acababan de hacer una entrevista para un podcast de emprendimiento femenino y sentía que el mundo era un lugar maravilloso. Estaba sumida en una vorágine de autocomplacencia cuando la puerta del despacho se abrió y Jordan, mi mejor amiga y socia, entró por ella. Llevaba en una mano un recipiente con cafés y en la otra un periódico.

Jordan era preciosa, con su suave piel color chocolate y ese pelo indomable que sus genes afroamericanos le habían regalado y que normalmente llevaba suelto sobre los hombros. Mi pelo oscuro y ondulado parecía menos impresionante cuando la tenía a ella al lado. Aunque, lo que más destacaba de Jordan, era su buen gusto a la hora de vestir. Siempre parecía salida de la página de un catálogo de moda. No como yo que en su lugar tenía un estilo bastante sobrio (y, según Jordan, soso). Mi vestuario estaba surtido básicamente de vaqueros, blusas parecidas en distintos tonos de blanco y un par de blazers negros que me ponía encima para dar un toque más formal al conjunto.

Mi amiga dejó los cafés y el periódico sobre el escritorio y se sentó en la silla apostada frente a mí.

—He tenido una idea reveladora para la próxima entrega de *Miss Wine* —aseguró entusiasmada, repiqueteando sus uñas de gel larguísimas con diseños intrincados sobre la mesa. Hizo una pausa para crear expectación y luego exclamó—: ¡Juguetes sexuales!

Alcé una ceja llena de escepticismo.

—¿Juguetes sexuales?

—Ya hemos enviado cremas para el *skincare*, un set de manicura y pedicura, películas, libros... El automimo es nuestro lema, ¿y qué hay mejor para el automimo que una noche de vino y orgasmos?

—No creo que mezclar ambas cosas sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Nadie bebe vino mientras usa un vibrador. —Puse los ojos en blanco.

—Ajá. Hablas desde tu vasta experiencia con los vibradores, ¿verdad? Porque últimamente ese es el único sexo que gastas —me pinchó, cogiendo su vaso de polipropileno lleno de café para darle un sorbo.

—Que no tenga una vida sexual tan activa como la tuya no significa que no la tenga —dije con la boca pequeña, porque la realidad era que había estado tan ocupada con *Miss Wine* esos últimos meses que apenas había tenido contacto con otros seres humanos, y menos con otros seres humanos con genitales masculinos—. Además, me parece inadecuado regalar ese tipo de productos. Podríamos ofender a alguien sin querer. No todas nuestras suscriptoras tienen vagina, y por estadística seguro que también hay asexuales. El placer es algo demasiado íntimo.

—Cierto. Tienes razón. No lo había pensado. —Hizo un mohín, estirando sus carnosos labios pintados de rojo—. Ayer Kath y yo compramos una caja con juguetes sexuales sorpresa y fue super divertido probarlos y ver lo que hacían y cómo funcionaban. Había una en concreto que me pareció una monada y que pensé que sería perfecto para nuestra suscripción, ¡un pintalabios vibrador! Por fuera parecía un pintalabios normal y corriente, pero cuando acercabas la punta a tu...

—Así que has pasado la noche con Kath —le corté, antes de que empezara a narrarme con pelos y señales su experiencia con el pintalabios del demonio—. Pensé que los martes dormías con Dylan.

—Y suelo dormir con él, pero esta semana Dylan está de viaje de negocios, ¿no te lo dije?

Jordan era pansexual y poliamorosa y desde hacía años compaginaba varias relaciones a la vez. En ese momento solo salía con dos personas, pero recuerdo un momento de su vida en la que llegó a salir con cuatro.

Yo, en cambio, era incapaz de encontrar a una sola persona para mí. No era algo que me preocupara, prefería el sexo casual sin complicaciones. Aunque llevara meses sin ni siquiera eso.

Tomé mi vaso de café y mientras disfrutaba del sabor dulzón de mi Caramel Macchiato,

empezamos a hablar en serio de la próxima entrega de *Miss Wine*. Descartados los juguetes sexuales de la ecuación, teníamos que pensar algún otro detalle para incluir en la caja de vinos. Mientras lanzábamos algunas ideas al azar, Jordan empezó a hojear distraídamente el periódico que había traído.

—¿Y una tabla de quesos? —sugerí yo.

—¿Sin refrigeración? Además, tendríamos que añadir una versión vegana, otra sin lactosa...

Negué de inmediato.

—Tienes razón, es una idea pésima.

No era fácil dar con algo original para todos los públicos. Estaba a punto de proponer una tarjeta de suscripción mensual a HBO para ver *Sexo en Nueva York* o *Girls* cuando, frente a mí, Jordan pasó una nueva página del periódico y sus ojos y boca se abrieron de par en par al ver su contenido.

—¡Jesús! Una entrevista de Easton Parker a página completa. —Levantó aparatosamente el enorme papel para mostrármelo. Pude leer el titular: «Easton Parker, el empresario del año, encuentra el algoritmo del amor». Como subtítulo: «La aplicación *Sincronizados* llega a las 10 millones de descargas».

No pude evitar quitarle el periódico de las manos y empezar a leer la entrevista. Easton Parker era mi archienemigo desde la universidad, que le hubieran dedicado una página en la sección de Negocios de un periódico de tirada nacional, hizo trastabillar la buena forma de mi ego.

Jordan se levantó de la silla y se puso tras de mí para seguir leyendo por encima de mi hombro.

—A ver, todo hay que decirlo, está muy bueno. ¿Te has fijado en lo bien que le sienta el traje? Desde la universidad ha mejorado sustancialmente —dijo mi amiga, que también coincidió con él en algunas clases.

Yo no respondí. Todo en él era ridículo. ¿Su alto y fuerte cuerpo? Ridículo. ¿Su atractivo? Ridículo. ¿Sus anchos hombros? Ridículos. ¿Su pelo castaño un poco largo? Ridículo. ¿Sus ojos

verdes que brillaban como el césped mojado en un día de verano? Ridículos.

¿Y su algoritmo del amor que aseguraba encontrarte una pareja compatible en un solo clic? Ridículo. ¡Ridículo. ¡¡RIDÍCULO!!

Gruñí a medida que avanzaba en la lectura de esa entrevista pensada para hacerle la rosca.

—Vaya, parece que le va muy bien en su negocio, ¿no? —La voz de Jordan me llegó desde detrás.

—Bueno, no es que se lo haya currado mucho, se ha apuntado al carro de las citas online.

—Pero dice que ha encontrado el algoritmo del amor, ¿será cierto?

—Por supuesto que no, es solo marketing.

Sin mediar palabra, Jordan regresó a su sitio, cogió su iPhone y tras unos segundos trasteándolo, silbó.

—Pues tiene muy buenas valoraciones en la web de descarga. Mira esta opinión: «Gracias a *Sincronizados* he conocido al hombre de mi vida y vamos a casarnos el mes próximo. Su creador es un genio». Y esta otra: «El algoritmo del amor de *Sincronizados* funciona a las mil maravillas. Conocí a una mujer con un 80% de compatibilidad y estamos juntos desde entonces. ¡Lo recomiendo!».

—Seguro que todas esas reseñas están compradas —grazné yo, cerrando el periódico de un golpe seco como quién aplasta un mosquito molesto con sus propias manos.

Las cejas de Jordan se alzaron a la vez.

—¿A qué huele aquí? —preguntó arrugando la nariz como si oliera.

—¿A qué huele? —La imité yo.

—A envidia. —Jordan se rio, malévola—. Cariño, tienes una envidia que no te la aguantas.

—¡No tengo envidia! Solo me da rabia que el ridículo de Easton consiga engatusar a todo el mundo con su ridículo algoritmo del amor. ¡Es un farsante!

—Aquí lo único ridículo es tu indignación.

Hinché las mejillas como un hámster, aguantándome las ganas de seguir atacándolo. Estaba actuando como una niñata inmadura, ahora me doy cuenta, pero en aquel entonces tenía

demasiado resentimiento dentro como para ser razonable.

Easton y yo teníamos una larga trayectoria de odio mutuo. Habíamos sido rivales en la carrera y sentía que lo seguíamos siendo en el mundo de los adultos, como empresarios. De pronto, todo el éxito cosechado en los últimos años se sintió poco en comparación.

Algo más calmada, volví a hablar:

—Yo solo digo que Easton se está lucrando con algo que, a todas luces, es un engaño. No existe ninguna fórmula matemática que pueda medir con precisión el amor. Eso es un galimatías.

—Entonces, ¿por qué la gente asegura que funciona? Tiene una nota media de 4,5, que para una aplicación con más de 10 millones de descargas está muy bien.

—Ya sabes cómo funciona esto hoy en día. Alguien hace un video en TikTok, se viraliza, y todo el mundo se suma al *hype* sin ser crítico. No me creo nada.

Jordan me miró en silencio, como si estuviera pensando en algo. Un brillo de diversión brilló en el fondo de sus ojos negros como dos pozos cuando dijo:

—Si tan segura estás de que no funciona, ¿por qué no lo demuestras?

—¿El qué?

—Que el algoritmo no funciona. Prueba la app.

Solté una carcajada sarcástica.

—Tú alucinas. No pienso darme de alta en una aplicación de citas que lleve el sello de Easton Parker.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que su algoritmo del amor sea real y te demuestre que estás equivocada? —me retó Jordan con una sonrisa juguetona.

¿Y qué creéis que hice yo? ¿Comportarme como una mujer adulta y funcional y dejar pasar ese reto absurdo? Pues no. Error. Cuando Easton Parker entraba en juego mi capacidad de decisión se veía gravemente afectada.

Así que saqué el móvil, me instalé la aplicación, rellené los diferentes test para que el algoritmo pudiera funcionar y encontrar una pareja compatible para mí y activé los filtros. Allí podías indicar a partir de qué tanto por ciento de compatibilidad querías recibir un Match. Yo

elegí un 90%. Según la entrevista de Easton, un 70% ya era una buena compatibilidad, pero yo apuntaba más alto, si la aplicación ofrecía algún resultado del 90% o superior, sería más fácil demostrar su nula eficacia.

Después de eso, guardé el móvil dentro del bolso, tiré el periódico a la papelera de reciclaje y me centré en el trabajo.

Lo que yo no sabía entonces era que, mientras diseñaba el próximo envío de *Miss Wine*, el algoritmo del amor estaba preparándose para arrojar un resultado que pondría mi mundo patas arriba.

Nora



Me retrepé en el sofá de mi hermana Becca e hice girar mi copa en círculos mientras observaba a mi cuñado, Holden, intentando convencer a sus hijas de que fueran a dormir.

—¡No! —gritó Anne, la pequeña. Todo un torbellino de energía que me hacía reír a carcajadas, aunque sus padres lucharan por no perder la paciencia a diario—¡No me gusta dormir!

Fruncí los labios para no reírme. Holden miró a Becca, pero mi hermana dejó claro con un solo gesto que esta noche era cosa de él, así que se resignó, cogió en brazos a Anne, pese a lo mucho que protestó, y subió las escaleras mientras Lizzy, mi dulce sobrina mayor, nos besaba a su madre y a mí antes de seguir a su padres sin protestar ni una sola vez. Lejos quedaron esos tiempos en los que Lizzy King se tiraba al suelo en plena pataleta para conseguir lo que quería. Ahora a sus casi seis era una niña buena y responsable que apenas daba problemas, aunque seguía teniendo un carácter fuerte que sacaba a relucir cuando la situación lo requería.

—Tranquila, Anne, te leeré un cuento —le dijo a su hermana para intentar contener su llanto.

—Es un verdadero ángel —le dije a Becca cuando los tres se perdieron en la planta superior de la casa unifamiliar en la que vivían.

—Lo es. A veces me pregunto cómo he llegado a tener tan buena suerte con ella. Y con su hermana. Y con Holden. —Mi hermana soltó un suspiro soñador que me hizo sonreír, porque me encantaba verla así de feliz y enamorada—. En fin, cuéntame qué tal van las cosas.

Di un nuevo sorbo a la copa que tenía entre manos y me deleité con el sabor de la nueva cosecha de Kane, mi antiguo jefe y uno de los mejores amigos de mi cuñado. Cuando monté mi negocio una de las prioridades fue tenerlo como proveedor. A fin de cuentas, trabajar para él me ayudó en mi propio negocio. No era el único, claro, porque me gustaba ofrecer distintos tipos de vino, pero debía reconocer que los suyos siempre estaban en lo más alto de la lista para mí.

—No hay mucho que contar, en realidad. Me paso el día trabajando. Últimamente estoy pensando en hacer deporte. Me vendría bien.

—¿Te refieres a salir a correr y eso? ¿Con ropa de deporte?

Me reí. Becca estaba tan ocupada con las niñas y su propia librería que apenas tenía tiempo de nada. Aun así, me constaba que de vez en cuando hacía deporte. Por no hablar de que estaba casada con un hombre impresionante y, ejem, bueno, digamos que hacía ejercicios cardiovasculares y muy intensos que yo, desde luego, no practicaba. Se lo dije, pero solo soltó una pequeña carcajada antes de asegurarme que el sexo, una vez que tienes hijas, no es para tanto.

—¿Lo dices en serio o solo quieres animarme? —Por su mirada supe la respuesta—. Te agradezco que seas tan buena hermana, pero me alegra saber que disfrutas de una vida sexual activa, hermanita, así que no mientas por mí.

—¿Y qué hay de tu vida sexual?

—Guau, directa a la yugular, ¿eh? —Nos reímos—. Es inexistente.

—Cielo, deberías...

—Todo mi tiempo está destinado a hacer que la empresa vaya bien. Que el negocio siga creciendo. Sé que parece que mi vida es muy triste, pero estoy bien así, Becca. Soy muy feliz

creciendo profesionalmente.

No era mentira. Me encantaba mi trabajo, me encantaba sentir que empezaba a recoger frutos de todo lo que había sembrado y, aunque reconozco que de vez en cuando echaba de menos el sexo, no tenía tiempo ni ganas para meterme en una relación con todos los rituales que eso conllevaba. Conocer a alguien nuevo me generaba... apatía. Pereza. Si lo ponía en una balanza, no me compensaba en absoluto la pérdida de tiempo para llegar a tener un o dos orgasmos, si es que el chico en cuestión sabía lo que se hacía.

No, gracias, estaba genial tal y como estaba. Por suerte mi hermana era una persona supercomprensible y no insistió en el tema. Nos pusimos al día y dejé que me hablara de las niñas y las últimas travesuras que habían hecho hasta que Holden bajó y se nos unió. Oír a mi cuñado hablar de sus hijas y su vida en común con ellas fue hipnotizante, como siempre. Nunca hubiese imaginado que un hombre como él, un empresario exitoso y que aparentemente vivía por y para su trabajo, acabaría siendo un abnegado padre de familia, pero así era la vida. A veces tenía unas sorpresas un poco incomprensibles.

Estaba oyendo el modo en que Anne había intentado cortarse el flequillo la tarde anterior cuando mi teléfono me avisó de que tenía una notificación. Abrí mi bolso y lo miré, por si era un correo electrónico o algo importante del trabajo. Sin embargo, no se trataba de eso, sino de la App de *Sincronizados*. Puse los ojos en blanco, lo que hizo que mi hermana preguntara qué ocurría.

—Nada —contesté guardando de nuevo el teléfono en el bolso—. Esta mañana Jordan ha decidido jugar conmigo hasta que ha conseguido picarme lo suficiente como para acabar haciendo una estupidez.

—¿Qué tipo de estupidez? —quiso saber mi cuñado.

Durante unos instantes me planteé no decir toda la verdad. ¿No era un poco infantil que hubiera logrado convencerme para inscribirme en la App después de ver a Easton en el periódico? ¡Solo era un artículo! ¿Qué más daba? No me habría afectado lo más mínimo de haberse tratado de cualquier otro conocido, pero Easton... Es que Easton...

Nuestra enemistad venía de muy atrás. Cuando estábamos en la universidad las cosas ya iban mal entre nosotros. Nuestro primer encuentro fue un desastre. En la biblioteca, en plena época de exámenes, me acerqué a él porque era el único que tenía una silla libre a su lado. Le pregunté educadamente si podía sentarme y él me miró largo y tendido y luego dijo: mejor no.

¡Mejor no!

Me quedé allí de pie, mirándolo como una idiota, sin saber qué decir. Al final me di la vuelta y me marché porque, aunque podría haberme sentado a la fuerza, me habría sentido muy incómoda. No entendí esa salida de tono, y tampoco entendí que, en nuestro segundo encuentro en la cafetería, no me viera al salir a toda prisa y me derramara encima un café que quemaba un montón. Ahí sí que se disculpó bastante, pero cuando me di cuenta de que era el chico que me había rechazado en la biblioteca me limité a gruñir y decirle que me dejara en paz.

Desde ahí todo fue de mal en peor. Él era un cerebritito, lo llamaban Byte porque era un genio de la informática y las matemáticas y más pronto que tarde tuvimos que enfrentarnos en diferentes áreas. A veces ganaba yo, a veces él, pero nuestra competitividad era tal, que prefería no tener que hacer nada a su lado, ni con él, ni contra él, porque provocaba en mí sentimientos que no me gustaban nada.

Nuestros caminos se hubieran separado del todo de no ser porque ambos descubrimos que teníamos conocidos en común. Y es que Easton y Kane eran algo así como familia. Eso nos llevó a tener que vernos después de acabar los estudios, incluso trabajamos juntos un par de años con Kane.

—¿Nora?

Mi hermana y Holden me miraban, esperando una explicación, así que suspiré y lo conté, aun a riesgo de quedar como una tonta.

—¿Y te has inscrito en *Sincronizados*? —preguntó Becca cuando acabé. Su sonrisa no me gustaba nada—. La gente no para de hablar de esa App. ¡Dicen que es una locura cómo acierta!

—No estoy yo tan segura.

—¿Te ha llegado una notificación, no? ¿Por qué no la miramos? —preguntó Holden.

—Estáis un poco cotillas, ¿no?

—¡Es emocionante! —exclamó mi hermana—. Me muero de curiosidad por saber qué tipo de hombre es el perfecto para ti.

—Es una App, no un oráculo —dije riendo. Ellos seguían mirándome ansiosos así que al final suspiré, resignada, y saqué el móvil de mi bolso—. Está bien, lo miramos, pero recordad que no es más que algo creado por el hombre y, por tanto, puede fallar. Mi fe en esto es tan poca que...

—¡Nora, abre de una vez la aplicación! —exclamó mi hermana.

Me reí, abrí la App y estaba lista para reírme con ellos. El problema era que, al parecer, había alguien que conectaba conmigo en más de un 90% y la curiosidad fue tal que me quedé muda. Al menos hasta que abrí la ficha del supuesto amor de mi vida y me encontré con una foto de...

—¿Easton?! —Escuché un grito, pero no estaba segura de si había sido yo, mi hermana o mi cuñado. Lo que sí sabía era que el de la foto era él, sin ningún tipo de duda—. Pero ¿qué...?

Easton



Observé el nombre que apareció en pantalla completamente atónito. Debería haber disimulado, no quería que Ryan, mi socio y amigo, se diera cuenta de lo que ocurría, lo que a su vez era una tremenda estupidez, porque era mi socio, como ya he dicho. Aunque no se diera cuenta, iba a tener que contárselo. Después de todo, estaba tan interesado como yo en que las cosas salieran bien. Y no porque creyera en el amor ciegamente. No. En realidad, Ryan era un hombre de muchas mujeres. Lo entendía, con sus ojos azules, pelo castaño claro y un cuerpo hecho para el pecado, según había oído alguna vez de más de una chica. No le pegaba mucho llevar una App que prometía encontrar al amor de tu vida pero tenía sus motivos para hacerlo, igual que yo. Aun así, era el típico ligón que se reía de todo y si se lo decía... si le contaba...

Joder, ¿cómo había podido tener tan mala suerte? ¿De toda la gente inscrita en *Sincronizados* tenía que tocarme Nora Harris?

—Eh ¿qué te pasa? —preguntó mi amigo con la cerveza a medio camino de su boca.

Estaba acomodado en el sofá de su casa, comentando conmigo la reunión que habíamos tenido con el inversor, así que postergarlo era una gilipollez. Le enseñé la pantalla de mi teléfono

y, cuando Ryan vio la foto de Nora, se rio tan alto que me sobresaltó. Menudo imbécil. Lo miré molesto, pero eso no le detuvo, ni mucho menos.

Ryan conocía mi enemistad con Nora por el simple hecho de que era la única mujer de la que había hablado mal en toda mi vida.

O había creado la App más troll del mundo, o no entendía qué demonios estaba ocurriendo. Se lo dije a Ryan, cuando consiguió dejar de reírse, y negó con la cabeza mientras bebía su cerveza.

—Es una locura, tío. ¡Todo lo es! En primer lugar no sé cómo has aceptado hacer de conejillo de indias para el señor Myers. Yo jamás aceptaría algo así.

—Eso es porque a ti no te importa esto tanto como a mí.

—No, es porque antes muerto que someterme a la mínima posibilidad de que ahí fuera haya una mujer que de verdad pueda atarme. —Bufó y se rio, señalando mi teléfono—. Claro que, después de ver cómo te ha emparejado a ti, no sé si reírme o preocuparme porque la App, en realidad, no tenga ningún criterio a la hora de juntar a la gente.

—Sabes perfectamente bien que no es así. Hemos trabajado mucho en *Sincronizados*. Confío en su proceso de selección.

—¿Y cómo es posible esto? Tío, Nora es tu némesis desde hace años. ¡No tiene ningún sentido!

—Tal vez ha habido un error —sugerí—. A lo mejor debo reiniciar o...

—¡No puedes reiniciar! Recuerda que le dijiste a Myers que todo es tan fiable que le darías acceso a la app para seguir el proceso en vivo. A estas alturas debe haber visto el nombre y la foto de Nora, así que reiniciar el sistema o pedirle que te busque otra mujer es imposible.

Lo miré con los ojos fijos, sin pestañear, completamente en blanco. Yo solo quería financiación para la App, que llegara cada vez a más gente y hacer el bien, aunque no lo pareciera. Yo solo... Joder, ¿cómo me había metido en ese lío?

—Es imposible, Ryan —murmuré—. Nora y yo nos odiamos.

El desaliento que sentía era tal que mi amigo se movió de su sitio en el sofá y se colocó a mi

lado, palmeando mi hombro y obligándome a mirarlo.

—Escucha, sé que esto es una sorpresa increíble, créeme, yo estoy flipando también, pero llegados a este punto no podemos recular, Easton.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes que intentar conquistar a esa chica.

La risa me cogió desprevenido. Primero fue una carcajada seca, seguida de otra mucho más estruendosa. Ryan me miraba como si me hubiera vuelto loco de repente y no podía juzgarlo porque, visto desde fuera, parecía un lunático riendo de un modo exagerado y un tanto histérico.

—¿Conquistar a Nora? —Volví a reírme tanto que me dolió el estómago—. ¡Esa mujer me odia, Ryan!

—Ya lo sé, pero... no sé, si no quieres conquistarla a lo mejor podemos contarle lo ocurrido, tal vez quiera ayudarnos.

—No, no, escucha, me odia de verdad. ¡Desde hace años! Nada, ni siquiera nuestras familias han logrado que el ambiente entre nosotros sea un poco mejor. Estoy seguro de que preferiría morirse antes que ayudarnos.

—No seas melodramático.

—¡No lo soy! Te aseguro que hablo completamente en serio cuando digo esto: Nora jamás querría ayudarnos por voluntad propia.

—Entonces solo queda la primera opción. Tienes que conquistarla.

La risa volvió. Ojalá no lo hubiera hecho, pero supongo que ese día la ansiedad decidió exteriorizarse de ese modo. Me imaginé a mí mismo conquistando a Nora y por poco lloré de risa. Recordé la primera vez que la vi. Yo estaba en la biblioteca estudiando para la peor asignatura que tenía. Era mi peor pesadilla y llevaba días tomando café, durmiendo poco y viviendo por y para estudiar. Ella llegó, me pidió permiso para sentarse a mi lado y cuando la vi yo... me quedé mudo. Era preciosa. Era... era jodidamente preciosa. Una melena color chocolate ondulada enmarcaba un rostro en forma de corazón con los rasgos más dulces y bonitos que había visto en mi vida. Sus ojos eran grandes y castaños, su nariz pequeña y respingona y sus

labios carnosos y rosados. Era justo mi tipo. El tipo de chica que me hacía seguirla con la mirada al verla pasar. Actué por impulso, no sé qué me pasó, supongo que se activó en mí algún tipo de defensa, porque sabía que si esa chica se sentaba a mi lado no sería capaz de concentrarme ni en una mísera línea de lo que tenía que estudiar, así que me negué. Siempre he pensado que fui un capullo pero, aún hoy, cuando recuerdo el excelente que saqué en ese examen, pienso que tomé la decisión acertada. Desde ahí todo fue de mal en peor. Ella no se cortó nunca a la hora de dejarme claro lo que pensaba de mí. Creo que me veía como a un friki. Un empollón. Y no puedo juzgarla por eso, porque yo la veía igual. Cuando descubrí que, además de preciosa, era increíblemente inteligente y una poderosa rival, me puse a la defensiva, algo que desde luego no ayudó a que nos hiciéramos amigos. Los años pasaron, los conocidos en común llegaron y, en ese instante, se podría decir que compartíamos familia, si no de sangre, sí de seres queridos, pero nada de eso había logrado que acercásemos posturas.

¿Y Ryan pretendía que la conquistara? ¿Cómo?

Debí hacer la pregunta en voz alta, porque mi amigo se incorporó en el sofá y suspiró con cierto cansancio.

—No lo sé. Creo que eso vas a tener que averiguarlo. En realidad, no me gusta que estés en esta tesitura. Pensé que sería mucho más fácil, la verdad, ahora mismo estoy tan impactado como tú porque, aunque no me guste, veo peligrar nuestro proyecto.

—No, el proyecto tiene que salir adelante —dije.

—Entonces, ya sabes lo que toca.

Sí, lo sabía. No me apetecía, no quería hacerlo y estaba seguro de que Nora iba a meterme un palo por el culo por el simple hecho de intentarlo, pero no tenía más remedio que hacerlo. Me gustara o no, el proyecto era mucho más importante que mi animadversión por Nora Harris, así que abrí la App, entré en la notificación que tenía pendiente y pulsé la tecla para enviarle un mensaje.

Nora



Estaba tumbada en la cama de mi pequeño apartamento de una sola habitación, con la cabeza dando vueltas al delirante hecho de que la aplicación de *Sincronizados* me hubiera emparejado con Easton. Aún podía escuchar las carcajadas de Becca y Holden mientras yo intentaba reponerme de la conmoción inicial.

Que aquella app hubiera arrojado semejante resultado demostraba dos cosas:

1. Que yo estaba en lo cierto y el algoritmo del amor de Easton era una patraña. ¿Cómo íbamos a ser Easton y yo compatibles? ¡Eso era imposible! Había sufrido un micro infarto al ver aparecer su nombre en la pantalla.
2. Que Easton era patético. ¿Quién en su sano juicio usaría su propia aplicación para ligar? Además, no tenía sentido. Easton era un capullo, pero un capullo que estaba como un tren. Alguien con su físico no necesitaba recurrir a ese tipo de aplicaciones para llevarse a quién quisiera a la cama.

Aunque, lo que me ponía de verdad de los nervios era saber qué él habría recibido la misma notificación que yo. Cada vez que imaginaba su cara viendo aparecer en su móvil mi nombre y

mi foto, me daba un ataque. La próxima vez que nos encontráramos en alguno de los eventos que celebraban nuestros amigos en común, me moriría de vergüenza.

En medio de ese pensamiento, decidí que lo mejor que podía hacer para mi salud mental era desinstalar la aplicación. De esa manera podría fingir que nada de aquello había sucedido. Si Easton actuaba de la misma forma, nuestros encuentros en un futuro serían menos incómodo.

Busqué el icono de *Sincronizados* en el móvil, pero antes de que pudiera hacer nada más, se me accionó el chat y se abrió ocupando la pantalla completa.

EASTON

Hola, Nora. Menuda sorpresa, ¿verdad?

Solté un grito, lancé el móvil sobre la cama y luego lo tapé con un cojín, como si fuera una bestia salvaje a la que hubiera que contener.

Ay, Dios. ¿Easton me había escrito mediante el chat de la aplicación? Pero ¿en qué diantres estaba pensando para hacer algo así? Con aquel gesto había hecho añicos la posibilidad de fingir que aquello no había pasado.

Hice un par de respiraciones profundas antes de apartar el cojín y volver a coger el móvil.

Definitivamente aquel día estaba superando con creces mi cuota de inmadurez.

Descubrí un nuevo mensaje:

EASTON

Ya sé que esto es un shock dado nuestro pasado en común, pero deberíamos tomarlo como una señal.

No pude evitar responderle:

NORA

¿Una señal de que tu algoritmo funciona como el
culo?

EASTON

Mi algoritmo funciona perfectamente, lo único que funciona como el culo es la capacidad que tenemos para llevarnos bien. Pero ¿quién sabe? Quizás ha llegado el momento de dejar atrás nuestras viejas rivalidades y ver a dónde nos lleva esto.

Volví a gritar y a soltar el móvil sobre la cama. Esta vez lo cubrí con el cojín, el edredón y mi peluche XXL de Totoro. ¿Dejar atrás nuestras viejas rivalidades? ¿Ver a dónde nos lleva esto? Por el amor de Dios, Easton no podía estar hablando en serio.

Me levanté de la cama y empecé a pasear de un lado al lado. Tenía una bola de ansiedad en el pecho y la sensación de que aquella situación se me estaba escapando de las manos. Algo ahí no encajaba. Entonces, la idea de que Easton se estuviera quedando conmigo cobró sentido.

Regresé a la cama, recuperé el móvil de su escondite y empecé a escribir.

NORA

Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Pus que sepas que no tiene ni pizca de gracia. No saldría contigo ni que me amenazaran con quemarme las retinas con ácido. Nos odiamos, ¿recuerdas?

EASTON

Yo diría más bien que tú me odias a mí y que yo te sigo el juego por inercia.

NORA

Ja, ja, ja. Ahora resultará que el hecho de que te comportes como un capullo conmigo es por inercia.

EASTON

Que creas que me comporto como un capullo contigo es una apreciación completamente subjetiva.

NORA

¿Que el otro día en casa de Kane te pidiera que me pasaras la sal y tú la dejaras en la otra punta de la mesa es una apreciación subjetiva?

EASTON

¿Qué? Eso fue un malentendido. No te escuché.

NORA

¿Crees que no vi cómo te reías por lo bajo cuando tuve que levantarme a cogerla?

EASTON

Vale, reconozco que no siempre he actuado de la forma más madura contigo. Pero si el algoritmo cree que somos compatibles en un 97% debe tener sus razones.

NORA

Yo te explico cuáles son sus razones: tu algoritmo es un TIMO. Y que nos haya emparejado lo demuestra. Asúmelo.

EASTON

Tengamos una cita y veámoslo por nosotros mismos. Si después de eso sigues pensando que es un timo, dejaré de insistir.

No podía creer lo que estaba leyendo. Easton Parker, el chico que había sido mi constante dolor de cabeza durante años, quería tener una cita conmigo. Aquello no podía ser real. ¿Y si había caído en algún tipo de agujero espacio—temporal y estaba viviendo en una realidad alternativa donde aquello fuera posible?

Maldije a Jordan en voz baja. Si ella no me hubiera picado a instalarme la dichosa app ahora no estaría teniendo la conversación más confusa y absurda de toda mi vida con mi archienemigo.

NORA

¿Estás borracho?

EASTON

¿Qué?

NORA

¿Fumado, quizás?

EASTON

¿?

NORA

Solo estoy intentando entender el motivo por el que
pareces no estar en tus plenas facultades. Es obvio
que algo pasa cuando dices tantas tonterías.
Deberías ir al médico y hacerte un chequeo. Quizás

estés desarrollando algún tipo de problema de salud
que afecta al pleno funcionamiento de tu cerebro.

EASTON

Mi cerebro está bien, gracias. Dicho esto, ¿qué te parece
vernó mañana a las siete en algún lugar cerca de tu
oficina? Está en el Upper East Side, ¿no? Conozco algunos
locales con rollo por ahí.

NORA

No voy a quedar contigo, Easton.

De repente, la conversación se detuvo. Pensé que igual mi negativa había sido tan firme que Easton había decidido aceptarla sin más, lo que, por otra parte, me decepcionó un poco. Suena contradictorio, pero a pesar de odiar toda aquella situación, una parte de mí, minúscula, diminuta, deseaba que Easton no se diera por vencido tan rápido.

Y bueno, no lo hizo.

Un par de minutos más tarde, apareció un nuevo mensaje.

EASTON

¿Tanto miedo tienes de enamorarte de mí?

La pregunta dio en la diana de mi orgullo y provocó que mi pulso se acelerara. Esa era una táctica clásica de Easton: desafiar y provocar hasta obtener una reacción. Y funcionó, vaya si funcionó, porque a pesar de todo, me encontré respondiendo antes de pensarlo detenidamente. ¿No he dicho ya que cuando se trata de Easton mi capacidad de decisión se veía gravemente afectada? Pues eso.

NORA

Por favor, no me hagas reír. No hay posibilidad alguna de que yo me enamore de ti. Está bien, tengamos una cita. Pero elige un sitio sin nada punzante que podamos usar como arma arrojadiza, por favor. No prometo ser capaz de controlar el impulso asesino que despiertas en mí cuando te tengo cerca. Hasta mañana.

Y con este mensaje, sin saberlo, acababa de sentenciarme a un destino que nunca vi venir.

Nora



—Jordan Greene, ¡eres la peor amiga del mundo! —exclamé tras llamar a la puerta de su despacho con los nudillos y entrar en él.

Habían pasado 24 horas desde que había instalado *Sincronizados* por su culpa y aún no podía creer las consecuencias nefastas que su idea había traído a mi vida. Primero, el shock de ser emparejada con Easton, y ahora, la perspectiva de tener una cita con él.

Apenas había podido pegar ojo aquella noche, y desde que me había despertado, la bola de ansiedad no había dejado de crecer dentro de mi pecho.

Jordan, sentada detrás de su escritorio, levantó la vista de su portátil y me miró con curiosidad.

—¿Qué ha pasado? Creo que necesito más información antes de aceptar ostentar ese título.

—Me instigaste a instalar la dichosa aplicación de citas de Easton y ahora... ahora... —No me vi con fuerzas de acabar la frase.

Jordan levantó las cejas, cada vez más intrigada.

—¿Ahora qué?

—Por tu culpa estoy en una situación horrible. —Me senté en una silla frente a ella con actitud derrotada—. Y no encuentro ninguna solución posible para librarme de ella. La única opción posible es escapar del país, lo que ahora mismo en pleno crecimiento del negocio no veo viable. Además, tendría que hacerme cirugía plástica para cambiarme la cara y así asegurar mi anonimato, y no quiero, ¡me gusta mi cara!

—Nora, cariño, frena un poco. ¿Puedes contarme a qué viene tanto drama?

—¡La aplicación me emparejó con Easton! —exclamé. Me tapé la cara, muerta de vergüenza. Decir aquello en voz alta era como anunciar algo tan horrible como que creía en el Terraplanismo o que me disfrazaba de Teletubbie en la intimidad.

—Espera, ¿qué?

Me aparté las manos de la cara para poder mirarla directamente a los ojos.

—Gracias a tu estupenda idea de darme de alta en *Sincronizados*, tengo una cita con Easton Parker esta noche.

Los ojos y la boca de Jordan se abrieron de par en par, de forma exagerada. Parecía uno de aquellos muñequitos Kawai que tan de moda estaban ahora.

—Creo que no me lo has contado todo —dijo saliendo de su shock inicial—. Entiendo que la aplicación te emparejara con Easton, aunque eso suena de lo más extravagante, pero ¿en qué momento aceptaste tener una cita con él? Aquí hay un vacío que no me has explicado y en el que yo tengo poco que ver.

Irritada, le conté todo lo que había ocurrido la noche anterior. Desde el descubrimiento de su nombre en la aplicación hasta el momento en el que Easton empezó a mensajearme, me pidió una cita y yo acepté porque me lanzó un guante y yo no pude resistirme a recogerlo.

—Así que ahora me veo en la tesitura de salir con Easton en contra de mi voluntad.

—Bueno, tú aceptaste su invitación, no es que él te haya puesto una pistola en la sien para coaccionarte.

—¡Me provocó!

—Pero la decisión la tomaste tú. Igual que tomaste tú la decisión de instalarte la aplicación.

Deberías ser más consecuente con tus actos y dejar de culpar a los demás por ellos.

Jordan tenía razón. Me estaba comportando como una pusilánime.

—Voy a tener una cita con Easton esta noche, Jordan.

—Lo sé, esa parte me ha quedado clara.

—¿No es una locura?

—Bueno, no creo que se pueda catalogar como locura, aunque si tan horrible te parece, ¿por qué no anulas la cita?

—Esa no es una opción. —Negué con un movimiento de cabeza—. Sería como aceptar que tengo miedo.

—A lo mejor lo tienes —dijo Jordan con cautela.

—¿Miedo? ¿Yo?

—Bueno, llevas tanto tiempo odiándolo que a lo mejor tienes miedo de descubrir que no es tan malo como crees.

Una carcajada llena de ironía brotó del fondo de mi garganta. Eso ya era lo último que me faltaba por escuchar.

—De lo único que tengo miedo es de morir de aburrimiento.

—Vale. Si tú lo dices...

—¿A qué viene ese tonito de incredulidad?

Jordan se tomó unos instantes para mirarme, como si fuera un cachorrito muy mono al que debía proteger de cualquier mal. Luego, buscó mi mano sobre la mesa, y entrelazó sus dedos con los míos.

—Te quiero, Nora, pero tienes que admitir que cuando se trata de Easton no eres razonable. Dices que lo odias, pero... no haces más que buscarlo cuando estáis juntos en un mismo espacio. Y él hace lo mismo. La última vez que coincidimos en aquella cata de vinos en la finca de Kane, os sentisteis el uno al lado del otro a pesar de que había más sitios disponibles. Es como si fuerais dos imanes que se atraen mutuamente. ¿No es posible que estés confundiendo ese odio con otra cosa?

Me levanté como si tuviera un muelle en el culo y se hubiera accionado. No quería seguir escuchando aquello. Mi amiga estaba equivocada, y me molestaba muchísimo que hubiera dicho algo así sabiendo que Easton y yo no nos podíamos ni ver.

Tenía razón, en esa cata de vinos nos sentamos juntos, pero fue porque estábamos discutiendo y no quería dejar mi argumentación a medias, porque hacerlo significaba dejarlo ganar.

—Me voy a mi despacho, a fingir que no he oído de ti esa idiotez.

Sin esperar respuesta, salí del despacho de Jordan, con los pensamientos agitados. ¿Atracción? ¿Hacia Easton? ¿Por qué sentía que todo se estaba descontrolando a mi alrededor?

A mí Easton no me gustaba, y aunque odiaba la perspectiva de tener una cita con él, estaba segura de que después de esta noche, podría poner fin a cualquier especulación ridícula sobre nosotros.

Quién me hubiera dicho a mí que la única equivocada allí era yo.

Easton



Esperé en la puerta de la cafetería en la que había citado a Nora durante cinco minutos más de lo que habría esperado a cualquier otra persona. Nora llegaba tarde, pero confiaba en que fuese cosa de su plan para sacarme de mis casillas y no de que fuese a darme plantón. Sabía bien que solía ser puntual, así que la opción de que se hubiese retrasado sin más, sin un plan meticuloso detrás, no me cuadraba. En realidad, con los años había aprendido que Nora rara vez hacía algo por el simple placer de hacerlo. Era muy cuadrada en ciertas cosas y, aunque podía admitir que eso le había venido bien en muchos aspectos, sobre todo profesionales, pensaba que debería dejarse llevar más.

Quizás por eso la cité en aquella cafetería tan especial donde, entre otras muchas cosas, tenían mesas en las que estaba permitido jugar al Go. Habíamos jugado antes, no era nuestra primera vez y digamos que, en lo referente a ese juego, Nora y yo podíamos ponernos un tanto... competitivos. Aun así, confié en que el plan le pareciese más o menos atractivo, porque sabía que, en el fondo, le encantaba jugar a eso.

Cuando por fin la vi aparecer por la avenida me quedé un poco cohibido por su apariencia.

No es que fuera estúpido, siempre había sabido que Nora era una chica muy guapa, pero todavía me sorprendía a mí mismo pensándolo cada vez que la veía.

En realidad, si tenía que ser sincero conmigo mismo tenía que admitir que en más de una ocasión su mera presencia y el conocimiento de lo atractiva que me parecía me había hecho estar tenso e incómodo. Eso, a su vez, me había hecho parecer un auténtico capullo con ella. Lo sabía, no lo admitía jamás, pero era muy consciente de ello. Estaba seguro de que la gente pensaba que me portaba así por nuestra enemistad. Pocos (por no decir nadie) imaginaría que mi actitud con Nora, muchas veces, era una consecuencia directa de lo nervioso que me ponía no poder dejar de pensar en lo guapa que era. No empecé a comportarme como un idiota a propósito, pero sea como fuere, entre nosotros se instaló una dinámica de rivales tan rápido que, cuando quisimos darnos cuenta, era imposible recular y dejar de enemistarnos.

Eso no quitaba que, en mis momentos más débiles, esos en los que me permitía ser honesto conmigo mismo, pensara que Nora era justo mi tipo en muchísimos sentidos, y eso no había menguado nunca. Ni en nuestras peores discusiones. Si acaso, en esos momentos había llegado a pensar en lo excitante que era todo. La situación, ella, la pelea...

Joder, estaba enfermo.

—¿El Go? ¿En serio? —fue su saludo.

—Hola a ti también. Pensé que te haría sentir bien y cómoda jugar a algo que te gusta. Así no tienes que mirarme a la cara todo el tiempo. ¿Qué te parece?

—¿Estás insinuando que puedo fingir que estoy con otra persona?

—¿Qué? ¡No! Claro que no —contesté ofendido.

¿Cómo podía ser tan lista y sin embargo...? Detuve mi línea de pensamiento cuando una sonrisa maliciosa apareció en sus labios.

—Entremos ¿de acuerdo? —dije para zanjar el asunto porque, aunque parezca mentira, de haber caído en su provocación habríamos discutido antes de los dos minutos juntos. Era un récord, prácticamente.

Entramos a la cafetería y, aunque no lo dijo, sé que a Nora le gustó. Lo sé porque, cuando

ambos pedimos nuestras tazas de café, ella dio un sorbo al suyo y escondió una sonrisa tras la cerámica. Parecerá una tontería, pero aquel simple gesto me animó de inmediato.

Nos sentamos y comenzamos a jugar al Go de un modo mucho más relajado de lo que acostumbrábamos. Al principio en silencio, bebiendo de nuestras tazas y concentrándonos en el juego. Al cabo de unos minutos, cuando nuestros cafés se agotaron, la conversación empezó a fluir un tanto forzada.

—¿Y bien? ¿No vamos a hablar de esto? —preguntó en un momento dado.

—¿De qué?

—Bueno —carraspeó—. Es obvio que tienes mucho que solucionar en tu App.

—¿Por qué lo piensas?

—Nos ha emparejado.

—Sí, ¿y?

—Y somos las personas menos compatibles del universo, Easton. —Me miró como si, de pronto, yo no tuviera más inteligencia que una piedra.

—Oye, no voy a discutir ya. He venido aquí a demostrarte que mi App está en lo cierto.

—No me digas.

—Pues sí.

—¿Y cómo lo harás? ¿Jugando al Go?

—No —contesté sonriendo—. Esto solo es un entretenimiento para que no puedas escapar. —Ella me miró un tanto confusa—. Sé bien que jamás dejarías una partida a medias. Durante el tiempo que dure este juego, eres mía. —Le guiñé un ojo mientras sonreía porque... Bueno, porque quería molestarla, pero también porque me apetecía.

Eso la enfureció, obviamente, pero los dos sabíamos que yo tenía razón. No se iría de allí hasta acabar la partida.

—Eres un cretino, Easton Parker.

—Puede ser, pero ya que estamos aquí, ¿qué te parece jugar a algo?

—Ya estamos jugando a algo.

—Algo más interesante. —Ella movió una de sus fichas en silencio, sin mirarme ni responderme, así que seguí hablando—. Podemos hacer un juego de preguntas y respuestas para conocernos mejor.

—Ya nos conocemos.

—Conocemos los aspectos básicos y académicos, pero creo que hay cosas más interesantes de nosotros que nuestros logros profesionales, ¿no crees? —De vuelta al silencio, me animé un poco pensando que eso era mejor que una negativa. Nora se llevó la taza vacía a los labios y arrugó el entrecejo cuando se dio cuenta de que no le quedaba café. Yo aproveché la oportunidad al vuelo—. ¿Qué te parece si lo ponemos interesante? Cada vez que uno de los dos no quiera responder la pregunta del otro, tendrá que dar un sorbo a su bebida.

—Se me ha terminado el café.

—Lo que me lleva al siguiente nivel. Voy a pedir un mojito, ¿tú?

No sé qué fue. Tal vez la seguridad que aparentemente yo demostraba. Puede que se tratara de que no quería dar el brazo a torcer y quedar por debajo de mí, porque era evidente que yo estaba plantando el desafío de tal forma que, si se negaba y se iba de ahí, iba a tacharla de cobarde. Ella lo sabía y yo también. Estábamos jugando al Go, sí, pero yo, aparte, había jugado bien mis cartas.

—Otro mojito —dijo en voz baja y tensa.

Me cuidé mucho de no sonreír esa vez. Una cosa era que no me importara molestarla y otra que fuera idiota y quisiera arriesgarme a que se largara sin importarle nada, ni siquiera su orgullo. Aunque por suerte, Nora de orgullo iba sobrada y eso me daba la oportunidad de llevarla a mi terreno más de lo que ella creía.

Pedimos nuestras bebidas, llegaron y ella dio un sorbo tentativo solo para poner mala cara y mirarme como si yo hubiese preparado el cóctel.

—Está demasiado fuerte.

—¿Quieres pedir algo más suave? Puedo beberme el tuyo y el mío.

—Soy perfectamente capaz de beberme mi mojito, gracias.

Me tuve que morder el labio inferior para no sonreír.

—¿Entonces?

—Empiezo yo —fue toda su respuesta—. ¿En qué momento se te ocurrió pensar que todo esto era buena idea?

Bien, de acuerdo, al parecer el juego ya había comenzado. Su primera pregunta era un dardo envenenado, pero ya contaba con ello. Ahora el juego iba de otra cosa. Si era listo de verdad (y me gustaba pensar que lo era) conseguiría salir de aquella cita conociendo a Nora de un modo más profundo porque, a pesar de hacer años que nos conocíamos, apenas había logrado saber de ella más que sus logros en la universidad y, más tarde, su empresa, y eso lo sabía por lo que comentaban en la familia. Tenía por delante una oportunidad única para arañar esa superficie y llegar más allá: a la parte que realmente me interesaba.

Nora



Lo que más odiaba de aquel día y el surrealismo que lo rodeaba no era estar jugando al Go con Easton en una cafetería que estaba relativamente cerca de mi trabajo y yo no había descubierto. Eso no me gustaba, desde luego, pero lo que más odiaba era que Easton estuviera tan irritablemente atractivo siempre. De verdad, no había una sola ocasión en la que lo hubiese visto que no pareciera un modelo sacado de la última portada de GQ. ¡Y me molestaba muchísimo! Porque era una desgracia que ese cuerpo de hombros anchos, piernas largas y altura perfecta para dominar el mundo correspondiera a alguien con una boca capaz de soltar tantas impertinencias. Una pena, la verdad, porque de no ser por lo odioso que resultaba, podría haber llegado a colgarme de él en el pasado. Puede que odie reconocer esto, pero físicamente era justo mi tipo. Su pelo oscuro, un poco más largo de lo habitual, sus ojos tan verdes como el maldito jade y sus labios mullidos y perfectamente proporcionados eran un combo difícil de resistir. El problema era que, cuando abría la boca para dirigirse a mí, perdía todos los puntos ganados con su mera apariencia, así que en algún momento decidí que, en realidad, Easton solo había tenido la suerte de nacer atractivo. Uno no decidía si era guapo o feo, pero sí decidía si era un capullo o no y,

bueno, ya sabemos cuál fue la elección de él.

—Puede que no te guste aceptar los resultados de *Sincronizados* —dijo él contestando a mi pregunta—, pero no tengo ninguna duda de que la aplicación sabe muy bien lo que hace.

—Está prácticamente en periodo de prueba —murmuré entre dientes—. No puedes estar tan seguro. ¿Y por qué decidiste apuntarte a tu propia aplicación? Yo tenía entendido que no buscabas una relación seria.

—Eso son dos preguntas seguidas y me toca a mí —contestó con una sonrisa que no me gustó nada—. ¿Cuál es tu color favorito?

—¿En serio? ¿Esa va a ser tu pregunta?

—Sí, te he dicho que esto tiene como finalidad conocernos mejor. No es una competición por ver quién hace las mejores preguntas.

—Si lo fuera, ganaría yo.

—Ni en tus mejores sueños —rio—. Pero puedo dejarte creer que sí, si eso te hace sentir mejor. —Lo miré mal, pero solo conseguí que su sonrisa se ampliara—. ¿Y bien? ¿Color favorito?

—Verde.

—¿Claro u oscuro? Sé un poco más específica.

—Verde como... —Estuve a punto de decir «como tus ojos», pero por fortuna recuperé la cordura justo a tiempo de mover ficha en el tablero de juego y mirarlo mal—. Eso son dos preguntas.

Easton rio, lejos de ofenderse, y asintió con la cabeza.

—Vale. Te toca.

—¿Por qué decidiste apuntarte a tu propia aplicación?

Era mi hora de saber, pero para mi sorpresa Easton solo sonrió, cogió su mojito y dio un sorbo lo bastante largo como para admirar, aunque me pesara, que no pusiera mala cara. ¡Estaba muy fuerte!

—¿Por qué no dejas que tu pelo crezca más allá de los hombros?

—¿Qué estupidez de pregunta es esa? Y no has respondido, por cierto.

—No tengo que hacerlo. El juego es así, ya te lo dije. Si no quieres responder, bebes.

—Puf, es una estupidez.

—Puede, pero ya has accedido a jugar y echarte atrás ahora implicaría que eres una cobard...

—Llevo el pelo por los hombros porque me resulta manejable. Lo peino con cierta facilidad y no se encrespa demasiado. Si lo dejara crecer más tendría que dedicar más tiempo a los rizos y no tengo ni las ganas, ni la paciencia necesarias. ¿Contento?

—Me gustan tus rizos.

—Gracias. ¿Por qué inventaste una App para que la gente encuentre el amor si tú no crees en el amor?

—¿Quién ha dicho que no creo en el amor?

—Es mi turno.

Easton sopesó la pregunta. Tenía el vaso en la mano, por un instante creí que iba a beber para evitar responder, pero al final no lo hizo. Se aclaró la garganta y habló.

—Creo en el amor, lo he visto en gente que aprecio, como Kane, tu hermana o el resto de la gente que nos rodea, pero no sé si creo en el amor para mí mismo.

—¿Y qué sentido tiene entonces hacer una App para... ?

—Mi turno. —Su sonrisa fue tan amplia que me le lancé una mirada airada, pero no pareció importarle—. ¿Hiciste trampas la última vez que jugamos al Go?

Mierda.

Admitir que sí que había hecho trampas me haría quedar fatal, y mentir era... mentir. No me gustaba mentir. Eludir la verdad era una opción para mí, pero mentir me hacía sentir terriblemente culpable, así que cogí mi mojito y di un sorbo que, en realidad, era lo bastante delator como para que Easton entrecerrara los ojos y me mirara con la acusación pintada en ellos.

—Lo sabía.

—No he dicho nada —me defendí.

—¡No ha hecho falta!

Varios a nuestro alrededor lo miraron y yo aproveché el momento para reírme y ponerlo un poco de los nervios, porque tenía la sensación de que aquel día él estaba quedando por encima y no me gustaba nada.

—¿Vas a enfurruñarte como un niño pequeño?

Mi tono era incisivo, lo reconozco, y dio justo en el clavo, porque Easton me miró mal y envaró los hombros.

—No. —Hice el amago de hablar, pero él me cortó—. Y eso contaba como una pregunta, así que me toca. ¿Siempre eres tan tramposa a la hora de jugar?

—Por supuesto que no. Solo cuando la ocasión lo merece. ¿Dónde aprendiste a ser tan imbécil?

Easton bebió, para mi sorpresa, porque esperaba una respuesta de lo más sarcástica.

—No voy a empezar una discusión, Nora, he venido aquí con el propósito de conocernos mejor y no pienso marcharme hasta lograrlo. —Intenté quejarme y, de nuevo, me cortó—. ¿Prefieres salir de fiesta o a cenar en un ambiente relajado?

Me puse tensa, no por lo que significaban las preguntas que hacía, porque no eran gran cosa, pero sí por el hecho de que pareciera tener genuino interés en conocer detalles en apariencia irrelevantes, pero que en su conjunto podían ayudarlo a formarse una idea de mi persona. Y no sé por qué, en aquel momento aquello me pareció una mala idea. No quería que Easton se formara ninguna imagen de mí. No quería que entendiera que era una mujer tranquila, que adoraba salir a cenar, tomar una copa y charlar hasta altas horas de la madrugada, porque eso le daba el poder de reírse de mí o, por el contrario, identificarse conmigo, y no sé cuál de las dos cosas me daba más miedo, así que cogí mi copa y bebí, ante la sorpresa evidente de Easton, porque la pregunta, en apariencia, no tenía nada de malo.

—¿Qué significa Kane para ti?

Easton sonrió y por primera vez no parecía orgulloso, ni irónico, ni enfadado. Era una

sonrisa tranquila, real y preciosa, aunque me costara admitirlo.

—Es mi hermano mayor. La familia que elegí y de la que no quiero separarme nunca.

Su respuesta me emocionó, porque independientemente de mi relación con él, entendía que su vínculo con Kane era muy fuerte. Y me alegraba de ello. No era una bruja, podía alegrarme de que la gente que tenía familias desestructuradas encontrara el modo de salir adelante. No sabía mucho del pasado de Easton, pero sabía que había tenido una infancia dura y, pese a mi enemistad con él, yo jamás desearía algo así a nadie. Además, yo misma procedía de una familia desestructurada, con un padre con adicción al juego.

—Kane es un gran tipo —dije a modo de respuesta.

—Lo es. ¿Cómo te gusta el sexo? —Lo miré completamente estupefacta.

—¿Perdón?

—Es mi turno y te he preguntado cómo te gusta el sexo. ¿Fuerte y duro? ¿O suave y romántico?

Creo que mis mejillas se pusieron tan rojas que se podrían haber visto desde la luna. Yo no era una mojigata. No se trataba de eso. Pero aquella pregunta era... era... ¡No pensaba responder a eso! Cogí mi mojito y di un sorbo que posiblemente fue más largo de lo que debí, porque al acabar tosí un poco y me di cuenta de que mi copa estaba casi vacía.

—¿Por qué eres tan cretino?

—Supongo que la práctica hace al maestro. ¿Te gusta el sexo oral?

Error. El sorbo anterior no fue lo bastante largo. Volví a coger mi copa, di un sorbo nuevo, la acabé y pedí otra. Cuando me concentré en Easton él lucía una sonrisa satisfecha que no me gustó nada. ¡Lo estaba haciendo a conciencia! Aquello era una partida distinta a la del Go. Y, maldita sea, estaba ganándola él. ¡Y yo no podía permitir eso!

Así que, cuando llegó mi copa, me preparé para darle la vuelta a la situación y hacerme con el control.

Nora



Cuando desperté a la mañana siguiente lo hice con ganas de arrancarme la cabeza. Tenía la sensación de tener un taladrado perforándome el cerebro. Me costó un poco recordar lo sucedido la noche anterior. El encuentro con Easton, la partida de Go, el juego de preguntas y respuestas, los mojitos... Mierda, ¿me había emborrachado bebiendo mojitos? No podía haber caído más bajo. Aunque la culpa de que me encontrara en ese estado resacoso era de Easton y sus preguntas impertinentes.

Me masajee las sienes y fijé la mirada a mi alrededor. Ante el aturdimiento inicial, tardé unos segundos en comprender que no estaba en mi habitación ni en mi cama. Para empezar, aquel dormitorio era mucho más grande y espacioso que el mío, y para terminar, estaba decorado en tonos negros en lugar de los blancos que a mí me gustaban. La pista definitiva que respondió mi pregunta silenciosa de dónde demonios estaba, me la dio la foto de la mesita de noche. Era un retrato familiar, antiguo, que revelaba a una madre y dos niños posando sonrientes frente a la cámara. No había duda de que el niño pequeño que mostraba su sonrisa mellada por la falta de dos dientes de leche era Easton.

Ay, ¡joder!

¿Estaba en la cama de... Easton?

Ahogué un grito, llevada por la sorpresa y el susto, e instintivamente levanté el edredón que tapaba mi cuerpo para hacer una comprobación necesaria. No estaba desnuda, aunque tampoco vestida. Solo llevaba la ropa interior, ni rastro de lo demás. Lo que suponía una gama de posibilidades muy amplia, todas ellas aterradoras.

¿Cómo demonios había acabado durmiendo de esa guisa en la cama de mi archienemigo?

Intenté evocar de nuevo la noche anterior, pero las cosas se ponían confusas después del quinto mojito. Era imposible recordar nada después del sexto.

Con la ansiedad golpeando con fuerza la base de mi estómago, salí de la cama y busqué mi ropa por todas partes, sin éxito alguno. ¿En qué momento me había desprendido de mi ropa y por qué? Al final cogí lo único que encontré: una camiseta blanca que había sobre una silla. Me la puse a regañadientes, dejando que el olor personal y único de Easton me envolviera, y salí del dormitorio rezando para que él no estuviera en la casa y pudiera marcharme allí con la dignidad intacta. Pero mi deseo se estrelló con la realidad cuando, al llegar al salón, me encontré a Easton sentado en uno de los taburetes de la barra americana. No estaba preparada para una conversación con él, y más teniendo la capacidad de raciocinio mermada por la resaca.

—Buenos días, Bella Durmiente, ¿cómo has dormido? —Easton levantó la mirada del móvil, donde hasta hacía unos instantes estaba leyendo algo concentrado, y me miró, torciendo su sonrisa—. Imagino que bien, teniendo en cuenta que te quedaste con mi cama y que tus ronquidos se escuchaban hasta el sofá.

Odiaba profundamente la situación, pero el hecho de que él estuviera recién duchado mientras que yo aún no había tenido tiempo ni de lavarme la cara, la hacía insoportable. Al menos, saber que había dormido sola en la cama, me dejó algo más tranquila.

—Yo no ronco —me quejé, cohibida, sentándome en el taburete más alejado.

—Oh, sí lo haces. Y mucho. Parecías un oso hibernando. Pero no te preocupes, fue bastante... encantador. —Mis mejillas se encendieron de la vergüenza y le lancé una mirada llena

de odio, pero él la ignoró y señaló la cafetera eléctrica—: ¿Un poco de cafeína para empezar el día?

—Tengo muchas preguntas que hacer ahora mismo —dije ignorándolo, aunque a Easton no le importó demasiado, me sirvió una taza llena de café hasta los topes. Reconozco que le di un buen sorbo nada más tenerla entre mis manos.

—El momento de hacer preguntas era ayer y no hoy.

—¿Por qué estoy aquí?

—¿No lo recuerdas?

Negué con la cabeza y él amplió esa sonrisa de medio lado que me estaba poniendo nerviosa. Porque dentro del catálogo de las sonrisas de Easton, sus sonrisas de medio lado eran fulminantes.

—Te gané la partida al Go, y como la cafetería cerraba, insististe en ir a mi casa para jugar la revancha. Intenté persuadirte porque estabas como una cuba, pero empezaste a llorar como una niña pequeña a la que han roto su juguete favorito, y accedí porque... bueno, tampoco tenía otra opción. Te negaste a marcharte a tu casa, yo no tenía tu dirección y tampoco es que estuviera muy sobrio.

—¿Me ganaste al Go? —pregunté con recelo.

—Sí.

—¿E insistí en venir a tu casa?

—Vehementemente.

No podía creer a pies juntillas sus palabras, pero tampoco podía rebatirle con la verdad, pues no sabía cuál era la verdad.

—Está claro que el alcohol adormece el lóbulo frontal y dificulta la toma de decisiones basadas en la racionalidad.

—Cierto. Nuestros lóbulos frontales son los culpables de que anoche hiciéramos tantas tonterías.

Un breve silencio. Luego:

—¿Qué tonterías hicimos? —Me llevé una mano al pecho con pudor, recordando que me había despertado solo con la ropa interior—. Es decir... Imagino que tú y yo no... —Me puse nerviosa y empecé a sudar—. Ya sabes... No hicimos nada que haga falta lamentar, ¿verdad?

Easton no respondió de inmediato, me miró con intensidad, de una forma que sus ojos verdes me parecieron más intimidantes y bellos que nunca, y luego susurró, despacio, de una forma tan suave que hizo que el vello de mi nuca se erizara:

—¿No recuerdas nada de lo que pasó o finges no recordarlo?

Grité internamente. Ay, no, no, por favor.

—Prometo que no tengo conciencia después del sexto mojito.

—Vaya, ojalá yo pudiera sacarme de la cabeza lo que ocurrió después, también.

—¿Lo que ocurrió después?

—Cuando llegamos a mi casa.

—¿Cuándo llegamos a tu casa? —Parecía un loro repitiendo lo que él decía, pero estaba al borde de un colapso nervioso.

—Bueno, fue bastante incómodo lo que hiciste.

—¿Lo que hice? —Esta vez mi voz sonó aguda y estrangulada.

—Te abalanzaste sobre mí de pronto y fui incapaz de detenerte. —Easton hizo una pausa dramática, disfrutando visiblemente del creciente horror en mi rostro.

—¿Me abalancé sobre ti? —Quise morirme.

—Bueno, claramente tenías una necesidad urgente que satisfacer...

—Ay, no.

—Y la satisfaciste. Vaya si lo hiciste... No irás a decir ahora que te arrepientes, ¿verdad?

—Dios... —Muerta de vergüenza me tapé la cara y supliqué para que la Tierra se abriera bajo mis pies y me tragara entera, con taburete incluido—. No pienso beber nunca más. Prometo mantener bajo control mi lóbulo frontal a partir de ahora.

Entonces, para mi perplejidad, Easton empezó a reírse a mandíbula batiente. Separé poco a poco los dedos de la mano para ver a través de ellos al chico que se doblaba de la risa frente a

mí.

—Ostias, Nora, tendrías que verte la cara de susto. No pasó nada de lo que imaginas.

—Espera, ¿qué? ¿Todo lo que has dicho es mentira? —pregunté furiosa, levantándome del taburete para enfrentarlo.

—Bueno, en realidad no. Te abalanzaste sobre mí porque tenías una urgencia que satisfacer: la de vaciar tu estómago. Me vomitaste encima, y luego te vomitaste a ti misma. Nunca había visto a nadie generar tanto vómito en tan poco tiempo.

Lo miré con rabia, con los puños apretados y la mandíbula tensa.

—Eres un capullo por hacerme entender lo que no era a propósito.

—Técnicamente no he dicho nada que no fuera cierto. Tu imaginación ha hecho el resto. Puede que tu subconsciente te esté enviando un aviso.

—Un aviso claro y fuerte: que no vuelva a salir contigo nunca más. —Lo fulminé con la mirada—. Y, ahora, ¿dónde está mi ropa?

—Oh, venga Nora, no te enfades. Ayer lo pasamos bien. Al menos quédate y téminate el café.

Sin dejar de lado el contacto visual, cogí mi taza y me bebí el contenido de un sorbo. Luego repetí:

—¿Dónde está mi ropa?

Easton suspiró.

—En la secadora del cuarto de baño. Segunda puerta a la derecha. —Señaló el pasillo por el que había venido—. Puedes coger un analgésico del botiquín. Te aliviará la resaca.

Hecha un basilisco, cuadrando los hombros y con la barbilla levantada, di media vuelta sobre mí misma y me alejé de él. Entré en el cuarto de baño dando un portazo. El corazón me latía fuerte. Parecía que estuviera a punto de romperme las costillas y salirse de mi pecho.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué me había puesto tan nerviosa ante la perspectiva de que Easton y yo hubiéramos mantenido algún tipo de contacto físico? Y lo que era peor, ¿por qué en lugar de sentir asco, había sentido una especie de anhelo silencioso? Era como si una parte de mí deseara

que hubiera ocurrido algo más significativo que una simple vomitona.

Localicé mi ropa en la secadora, me la puse y salí corriendo de aquella casa sin ni siquiera despedirme. No me sentí segura hasta que salí a la calle y el aire de Manhattan me atizó en la cara.

Mientras andaba por la calle de aquella avenida transitada, solo podía culpar a mi lóbulo frontal por meterme ideas raras en la cabeza. Estaba claro que este seguía adormecido.

Easton



Aquel día llegué al trabajo pasadas las diez, cosa extraña en mí. Siempre era de los primeros en llegar y de los últimos en marcharse. Ryan solía decir que era un adicto al trabajo, y no se equivocaba; por aquel entonces la empresa tecnológica que fundamos juntos era mi vida.

The perfect algorithm se ubicaba en la quinta planta de un rascacielos de oficinas junto a otras empresas dedicadas a la tecnología, en Midtown Manhattan. El edificio era una torre de vidrio y metal que se elevaba imponente entre las calles bulliciosas de la ciudad. Nuestras oficinas se caracterizaban por ser un oasis de modernidad y minimalismo, con zonas diáfanas en las que trabajar con espacios abiertos que fomentaban la colaboración y la creatividad.

Nada más entrar, noté el zumbido habitual de la actividad. Nuestros desarrolladores ya estaban inmersos en sus pantallas, tecleando con rapidez. En aquellos casos mi reacción solía ser la de unirme al equipo. Pero aquella mañana no estaba de humor. Al igual que Nora, yo también tenía una resaca horrorosa haciéndome papilla el cerebro e impidiéndome pensar con claridad. Así que procedí a encerrarme en mi despacho con la esperanza de poder trabajar tranquilo desde ahí. O de dormir un rato, todo sea dicho. Apenas pude pegar ojo.

Me dejé caer en la silla de mi escritorio con un profundo suspiro. La noche anterior las cosas no salieron como yo había imaginado, y me sentía nervioso e intranquilo a partes iguales.

Cuando diseñé *Sincronizados*, nunca imaginé que terminaría así, obligado a salir con mi némesis de la universidad. Aunque la palabra «obligado» no se correspondía a la realidad. Pasar tiempo con Nora siempre me resultó agradable, más allá de nuestra rivalidad constante. Nora era una chica inteligente e interesante con la que se podía conversar sobre cualquier cosa, incluso cuando nuestros puntos de vista convergían. De hecho, muchas veces fingía estar en desacuerdo con ella solo para verla pelear con garras y dientes para defender su postura. Me parecía muy sexy.

El punto era que la cita de la noche anterior había resultado ser la más excitante que recordaba en años. Por no decir la más excitante que recordaba en general. Solían aburrirme ese tipo de encuentros en los que intercambiar información trivial sobre el otro era la norma. Con Nora todo fue diferente. Me sorprendí descubriéndome genuinamente interesado por sus respuestas, incluso por las más tontas como cuál era su color favorito o porque llevaba el cabello por los hombros.

Y por si fuera poco, la noté. La química chisporroteando entre nosotros. Por no hablar de lo que sucedió antes de que ella nos vomitara a ambos. No había podido dormir pensando en eso.

En aquel momento, la puerta se abrió y Ray entró en el despacho sacándome de mis pensamientos. Se sentó en la silla apostada frente a mí con una mirada mordaz.

—Easton Parker, que no estuvieras en la oficina a las nueve cuando he llegado me lleva a suponer que la cita de ayer fue bien, ¿verdad? —Me guiñó un ojo con picardía y odié de inmediato haberle hablado sobre la cita.

—Define tu concepto de «bien».

—¿Acabasteis en la cama?

—¿En una primera cita? ¿Por quién me tomas? Soy un caballero.

Ray soltó una carcajada ante mi respuesta, claramente no convencido por mi tono de dignidad ofendida.

—Las mujeres de hoy no buscan caballeros, buscan hombres que les empotren contra una pared.

—Dijo el experto en citas...

—Soy un experto en citas.

—Dirás, más bien, que eres un experto en rollos de una noche.

—Lo que sea. —Movi6 su mano como si espantara un mosquito—. Dime al menos que conseguiste mejorar vuestra relación. Tenemos que pasarle un reporte de la cita al señor Myers y aunque nos pongamos creativos no podemos mentir.

—Ya lo sé —grazné malhumorado.

Era plenamente consciente de que me encontraba en un callejón sin salida y que para conseguir la pasta que nos permitiera mejorar el proyecto necesitábamos que aquello saliera bien. Además, quería usar parte de aquella financiación para dar un empujón a otro proyecto mucho más importante. Mi proyecto de vida, en realidad. Era un proyecto muy ambicioso, y conseguir inversión privada para llevarlo a cabo no resultaba nada fácil. Ryan tenía sus propios motivos también para querer esa inversión tanto como yo, aunque esos motivos no estuvieran ligados con la empresa.

—Mira, si la chica no te gusta, finge que lo hace. Descubre qué tipo de tíos le gustan y conviértete en su chico ideal aunque sea solo durante unas semanas. Cuando Myers suelte la pasta, la dejas con alguna excusa del tipo «eres demasiado buena para mí» o «no estoy preparado para tener una relación seria», y listo.

Lo miré mal. ¿Por quién me tomaba? No podía usar a Nora como una herramienta en una estrategia fría y calculada. Mi relación con ella, aunque marcada por nuestra enemistad, se basaba en el respeto mutuo.

—No pienso hacer eso, tío. Nora no es el tipo de persona que se deja manipular, y yo no soy el tipo de persona que juega así con los sentimientos de los demás.

—Entonces no te queda otra que conquistarla. Ponte las pilas. Quién sabe, puede que al final la app haya dado en el clavo y Nora y tú seáis almas gemelas. ¿Te imaginas acabar casado con

ella.

Algo se hundió en mi pecho ante las palabras de Ryan. No era dado a pensar en mi futuro a largo plazo, al menos a nivel personal. Lo importante era el trabajo y el día a día. Ni siquiera sabía si quería casarme o tener hijos. Pero... no sé, de pronto la perspectiva planteada por Ryan no me pareció tan terrible.

Puede que cierto acontecimiento sucedido la noche anterior tuviera la culpa. Cierta acontecimiento que Nora no recordaba pero que yo era incapaz de sacarme de la cabeza.

Ryan se marchó de mi despacho poco después, tras recordarme por enésima vez la necesidad de que lo mío con Nora prosperara, y yo me quedé a solas, con aquel acontecimiento infectando mi cerebro como un virus informático.

Porque no había sido sincero aquella mañana con Nora cuando le dije que entre nosotros no había pasado nada.

Porque sí había pasado.

Y había sido increíble.

Nora



Quité mi propia mano de mi pecho y me obligué a serenarme. Comprobar que mi pulso estaba intranquilo no ayudaba a tranquilizarme. Me ponía peor, en realidad, así que lo mejor que podía hacer era concentrarme en el trabajo. El problema era que no podía concentrarme porque, aunque no quisiera, mi mente volaba una y otra vez a la noche anterior en un intento desesperado de recordar lo que ocurrió, fuera lo que fuese. Easton me había prometido que no había pasado nada, pero... pero había algo. Una duda latente. Un silbido constante dentro de mi cabeza. No conseguía recordar y, sin embargo, algo me decía que había pasado algo más.

—Solo es la inseguridad que me provoca no tener el control de lo que ocurrió —murmuré para mí misma.

—¿Estás hablando sola?

Salté sobre mi silla y miré a Jordan, que asomaba por la puerta con una sonrisa confusa y las cejas elevadas.

—¿Cuándo has entrado y por qué no te he oído?

—Hace un segundo y no me has oído porque estabas hablando sola —repitió mientras se

acercaba, posaba unos documentos sobre la mesa y se sentaba frente a mí, como si no tuviera prisa por marcharse—. Hoy estás rara.

—No es verdad —Me puse a la defensiva de inmediato.

—Claro que sí, lo estás.

—Te digo que no.

—¿Qué tal fue la cita con Easton?

—No fue una cita.

Jordan, lejos de rendirse, se retrepó en la silla y soltó un suspiro de cansancio, como si fuera una madre perdiendo la paciencia con su hija berrinchuda.

—¿Va a ser así todo el rato? ¿Me harás sacarte la información con amenazas?

—He amanecido en su cama.

—Oh. Guau.

—¡Pero no ha pasado nada entre nosotros!

Me miraba como si le hubiera dicho que era la nueva Virgen María.

—Entiendo.

—No mientas, no entiendes.

—La verdad es que no.

Solté un quejido de lo más lastimero y la miré con toda la ansiedad que sentía.

—Anoche me citó en una cafetería en la que podíamos jugar al Go.

—Oh, chico listo —murmuró mi amiga. Y había en su tono de voz un respeto por la decisión de Easton que no me gustaba.

—Céntrate, estás aquí para apoyarme a mí.

—Siempre.

—Bien, pues empezamos a jugar, y entonces se le ocurrió un estúpido reto. O juego. O como quiera que se llame.

Se lo conté todo. Al menos, todo lo que recordaba. Lo de los mojitos, lo de las preguntas absurdas y el modo en que Easton insistió en sacarme de mis casillas. Le conté todo lo que

recordaba que, al parecer, no era mucho, porque después del sexto mojito tuve que situarme en el apartamento de Easton. En su cama.

—O sea, que no recuerdas justamente la mejor parte. ¡Qué mal!

—Jordan, céntrate porque esto es muy serio.

Ella solo rio y le restó importancia a mi evidente nerviosismo haciendo un gesto con la mano, como si lo desechara sin más.

—Mira, si Easton dice que no pasó nada, es que no pasó.

—No sé si confiar en su palabra. Y es raro que tú confíes tan a la ligera —refunfuñé.

—Piénsalo, Nora. ¿Qué ganaría ocultándote algo así? En todo caso, si te odia tanto como crees te diría sin preámbulos que habéis tenido sexo solo para torturarte.

—No es que me odie tanto como yo creo, es que me odia.

—Bueno, esa es tu opinión.

—Jordan...

—Sabes perfectamente bien cuál es mi postura, Nora. Y esto no hace más que confirmarlo. Siento decírtelo así, pero Easton no está actuando como un capullo. De hecho es bastante amable que te dejara su cama y él durmiera en el salón. No todo el mundo haría algo así.

—¿Lo estás halagando por no querer acostarse con una mujer borracha?

—No tergiverses mis palabras. Estoy diciendo que podría haberte hecho dormir en el sofá, o en el suelo. O no haberte limpiado el vómito. —La miré mal, pero eso no la amedrentó—. Y, ya que estoy, también voy a decir que siempre he tenido la sensación de que entre vosotros hay algo más que odio.

—Oh, Jordan, por el amor de Dios.

—¿Qué? Es innegable que hay una gran química entre vosotros.

—¡Le odio!

—Bueno, del odio al amor no hay tanto como se cree.

—Jordan, por favor, no seas cabezona en lo referente a esto. Te estoy diciendo que Easton y yo nos odiamos. Lo único que quiero es recordar qué hice o dije anoche porque, por más que te

guste imaginar cosas donde no las hay, lo cierto es que no confío en su palabra tanto como para creerme sin dudar su versión de los hechos.

—Nora.

—¿Qué?

—Estás siendo un poco irracional. —Hice amago de protestar, pero alzó las manos en señal de defensa—. Te lo digo porque te aprecio, cielo.

Quería responderle. Decirle algo, lo que fuera, que me hiciera quedar por encima, pero todo lo que se me ocurría sonaba... irracional. Y, además, se sumó que mi teléfono me avisó de una nueva notificación y, por alguna razón, lo miré de inmediato con el corazón latiendo a mil por hora, como si el muy condenado hubiese averiguado antes que yo que se trataba de él.

EASTON

¿Cómo va esa resaca? ¿Mejor?

No tuve tiempo de responder, y tampoco lo pretendía, pero el caso es que en cuestión de segundos entró un mensaje nuevo.

EASTON

¿Qué te parece si el plan de hoy lo limitamos a algo tranquilo y sin alcohol?

Mi corazón, ese maldito órgano que ya me había traicionado cuando escuchó el sonido de un mensaje entrante, se puso a bombear como un loco. Era como si quisiera salir de mi pecho e ir corriendo a la oficina de Byte para... ¡No sé para qué! Pero lo que sí sabía es que yo no estaba en condiciones de quedar de nuevo con Easton. No hasta que me sintiera más tranquila con respecto a la noche anterior y recordara, al menos, una parte.

Necesitaba airearme, desintoxicarme de él, ignorar su existencia por el bien de mi propia salud mental, así que, aunque yo no estaba muy a favor del Ghosting, aquel día decidí que era un buen momento para ponerlo en práctica. Borré el mensaje, puse el teléfono sobre mi escritorio y me enfrenté a la mirada de diversión y acusación de mi amiga.

—Ni se te ocurra decir una palabra.

Su risa fue todo lo que oí durante un buen rato.

Easton



Aparqué frente a la casa de mi madre y comprobé el teléfono móvil por enésima vez. Nora seguía sin responderme. No podía creer que me hubiera dejado en visto. Eso solo lo hacía la gente con poco tacto. Y Nora era una tocapelotas si se lo proponía, pero no pensé que fuera una de esas personas también.

Suspiré un tanto frustrado por el «visto» y más frustrado aún por el hecho de que eso me frustrase, valga la redundancia. Bajé del coche y entré en la casa de mi madre. Me gustaría decir que me recibió con una gran sonrisa y un abrazo, pero estaría mintiendo. Me dedicó un mohín y una caída de pestañas que venía a decir que estaba enfadada conmigo. Ninguna novedad, en realidad, pero me habría gustado que, por un día, las cosas fueran distintas.

—Has tardado muchísimo.

—Mamá, he venido en cuanto el trabajo me lo ha permitido.

—¡Tu hermana solía venir corriendo cada vez que lo necesitaba!

Apreté la mandíbula e intenté recordarme que era una mujer enferma. Fui hasta la cafetera, porque teóricamente estaba rota, y cuando me di cuenta de que simplemente estaba desenchufada

sentí cierta ira que reprimí de inmediato, como solía hacer siempre. Pensé de nuevo que mi madre era una mujer enferma de esquizofrenia, con etapas mejores y otras peores, y que, de hecho, últimamente había estado más o menos bien.

Yo nunca hablaba de mi madre con nadie, o con casi nadie. Las primeras veces que intenté explicarle a Kane cómo era vivir con alguien con esquizofrenia ni siquiera supe qué decir, porque para mí fue normal hasta que, ya adulto, empecé a conocer gente y estudiar a fondo sus relaciones con sus progenitores. Me di cuenta entonces de que lo normal no era vivir estresado, preocupado y ansioso por si mi madre dejaba la medicación y los delirios y alucinaciones volvían a hacer acto de presencia. Tampoco era normal que la perspectiva de pasar tiempo con mi madre me resultara agobiante hasta un punto exagerado y eso, a su vez, me hiciera sentir tan culpable como para creer que era la peor persona del mundo.

Hasta ese momento, gran parte de mi vida había consistido en sufrir las consecuencias de tener una madre con un trastorno mental grave, descubrir que las demás madres no eran así y estudiar todo lo posible para ayudar a la mía cuanto pudiera. Estudié en Harvard con la única intención de generar los contactos y el dinero suficiente para poder ayudar con medios económicos a mi madre. Toda mi vida giraba en torno a ella, no tanto por amor sino por remordimientos. Mi madre no era una persona afectiva. Se debía a su trastorno, supongo, porque más tarde supe que es algo común, pero no se esforzó en crear lazos emocionales fuertes con mi hermana o conmigo, así que lo que a mí me unía a ella era el sentimiento de responsabilidad y el remordimiento porque, la mayor parte de mi vida con ella, lo único que quería era correr y no mirar atrás. Por eso y porque cuando fui a Harvard y Tessa, mi hermana pequeña, se quedó al cargo estando solo en la secundaria, me sentí libre por primera vez en la vida.

Jamás me desentendí de ella, ni de mi hermana, pero podía vivir en otro sitio. Mi día a día no era lucha contra la esquizofrenia y eso me hizo cautivo de mis remordimientos y libre al mismo tiempo. El caso es que nunca me mantuve alejado de ella más que unos pocos días, pero desde que había dejado la universidad y había entrado en el mundo laboral, mi madre había vuelto a depender en gran parte de mí. Mucho más desde que Tessa se marchó a California, a la

otra punta del país, para estudiar. No podía reprochárselo. Se quedó cerca cuando no hubo más remedio y salió corriendo en cuanto tuvo oportunidad, pero eso me dejaba solo con una carga que, algunos días, era muy pesada. Sobre todo cuando se pasaba el día llamándome sin más, sin entender que tenía un trabajo y una vida propia que atender. Días como aquel, en los que me había hecho ir por una cafetera desenchufada.

—¿Cómo está, por cierto? —pregunté a mi madre. Ella me miró como si no entendiera lo que le decía—. Tessa. ¿Cómo está? ¿Hablas con ella?

—Apenas. No me llama. Y cuando la llamo me dice que le molesto y que tengo que respetar sus horarios. Es una desagradecida.

—¿Eso crees?

—¡Lo es! Igual que tú. No te importa que esté aquí sufriendo o teniendo problemas. Te dedicas a ir por ahí como si fueras alguien importante. Como si yo no existiera.

Nada de eso era cierto, desde luego. Me ocupaba de mi madre tanto como podía y, aunque había querido contratar a personal cualificado que la ayudara algunas veces, ella se las había ingeniado para echar a esas personas de casa una y otra vez, hasta que todas acabaron renunciando. No quería que la trataran como a una pobre enferma, sin embargo, a mí me chantajeaba constantemente con que necesitaba mi ayuda.

—¿Te estás tomando la medicación?

—¡Claro que sí! ¿Crees que la he dejado? ¿Me estás tachando de loca porque te he dicho algunas verdades?

—No he dicho eso.

—Las cosas en esta casa no dejan de romperse y yo no sé nada de mecánica. ¿No se supone que tú eres el listo de la familia? ¿El de los estudios y todo eso?

Me mordí el labio. Quise decirle que informático y mecánico eran dos cosas completamente diferentes, pero es que daba igual, porque ese día estaba buscando una excusa para pelear y, si no era esa, sería otra. Quería mirar sus botes de pastillas porque, por mal que suene, tenía más o menos contadas las que debería haber y estaba seguro de que habría algunas más, evidenciando

que no las tomaba. Pero hacerlo me habría envuelto en una crisis que no quería manejar en aquel instante, así que, ya que había enchufado la cafetera, me serví un café y me senté a su lado.

—Cuéntame, ¿cómo va todo? —pregunté.

—Anoche vino a verme.

—¿Quién?

—¿Como que quién? ¡El ángel negro! Te he hablado mucho de él. Vino a verme de nuevo.

Me cuenta lo que va a pasar.

Me contuve para no mover ni un ápice mi expresión. La miré aparentemente relajado, pero sabiendo que volvía a sufrir delirios. A veces eran ángeles, otros, demonios. Otras veces aseguraba que los alienígenas querían secuestrarla y en una ocasión se convenció de que en el edificio vivía el mismísimo Lucifer. Era... era tremendamente doloroso para mí, porque mi madre no era una mala persona. Era una persona enferma y necesitaba ayuda.

Pensé en todo lo que había hecho yo hasta ese momento. En mis estudios y en mis primeros pasos laborales. Pensé en *Sincronizados* y en la importancia de que saliera bien. Tenía que salir bien porque... Bueno, porque solo era el primer paso de un plan mayor. Uno más importante que todo lo que había hecho hasta aquel instante.

Nora



Dos semanas después, me encontraba plantada en medio del salón de Fabiola y Kane, celebrando el tercer cumpleaños de su primer hijo, Enzo. Habían decidido celebrar la fiesta en la finca de los viñedos de Kane, en Hudson Valley, a hora y media de Nueva York, un lugar hermoso donde lo rústico y lo moderno se entremezclaban creando un ambiente cálido y acogedor.

Aunque en un principio pensé en fingir una enfermedad altamente contagiosa para evitar ir a un evento en el que, con total seguridad, me encontraría con Easton, decidí ser valiente y asistir. Sabía que la situación se volvería incómoda y tensa cuando nos encontrásemos, porque llevaba haciéndole ghosting desde la mañana que amanecí en su cama, pero evitar el encuentro solo alargaría lo inevitable. Easton y yo teníamos demasiados conocidos en común como para que nuestros caminos tardasen demasiado en volver a cruzarse.

Además, me creía una mujer independiente y empoderada, una mujer segura de sus decisiones y del destino trazado. El ghosting estaba feo, cierto, pero más feo estaba acabar en la cama de tu enemigo y no recordar lo que había sucedido esa noche.

Seguía teniendo la sensación de que había olvidado algo. Algo importante. Como cuando

sales de casa y tienes la duda de si has desenchufado la plancha o te has dejado encendido el horno. Esa duda me atormentaba, y era el principal motivo por el que no quería saber nada de Easton.

Fingir que aquella noche no había existido lo hacía todo más fácil. Aunque él no parecía pensar lo mismo, porque me había mandado varios mensajes desde entonces. Lo que me llevaba a preguntarme: ¿acaso Easton Parker no tenía amor propio? ¿Por qué seguía mensajeándome si no conseguía respuesta?

Con todas esas preguntas en la cabeza, paseé mi mirada por la sala llena de gente. Estábamos todos allí, rodeados de globos, mesas con comida, y niños corriendo, jugando, peleándose, riendo y haciendo trastadas. Julieta, la cuñada de Fabiola, que era la dueña de una famosa floristería en Manhattan, se había currado los arreglos florales en forma de cohete espacial, correspondiéndose con la temática de la fiesta, que era el universo.

—¿Has probado estos cupcakes? Están deliciosos —dijo mi hermana Becca, llenándose la boca de crema de mantequilla azul pastel.

Yo negué con la cabeza. Me encantaban los dulces, pero en aquel momento los nervios llenaban todo el espacio disponible en mi estómago. Lo que era una pena, pues había una enorme mesa de dulces con galletas decoradas, tartas, macarons, cupcakes y una fuente de chocolate en la que se podían bañar trozos de fruta o bizcocho.

En aquel momento frente a nosotras se plantó Adriano, el hermano mayor de Fabiola, un hombre de origen italiano con la cara desencajada.

—¿Habéis visto a Vito y Greta?

Vito y Greta eran sus hijos mellizos, un niño y una niña muy activos que acababan de cumplir los cuatro años y que llevaban a sus padres por el camino de la amargura. Ambos habían heredado la inteligencia de Julieta, y a sus cuatro años sabían leer, escribir y argumentar como eruditos. Eso podría parecer bueno, pero no siempre era así, ya que sus travesuras solían ser demasiado sofisticadas, por así decirlo.

Becca y yo negamos con un movimiento de cabeza y Adriano resopló.

—No sé dónde se han metido. Espero que no estén haciendo ninguna trastada. La última vez los pillé intentando reprogramar el sistema de riego para que se activara cada vez que usara la palabra «castigo».

—Adoro a esos niños —dijo Becca, riendo.

—Eso lo dices porque no son tus hijos —gruñó, mirando a Lizzy y Anne, que jugaban con Enzo y otros niños frente a la chimenea encendida—. Ahora valoro lo buena que fue Chiara de pequeña —dijo refiriéndose a su hija mayor.

Adriano soltó un suspiro profundo y se marchó, en busca de los niños perdidos. En aquel momento se acercó Fabiola acompañada de Arielle, su mejor amiga, una mujer plus size pelirroja que era diseñadora de vestidos de novia inclusivos. Era divertido verlas a ambas juntas, porque ambas estaban embarazadas y lucían unas barrigas prominentes a la par. Por lo que sabía, hacía año y medio que Arielle se había casado con Connor Quinn, que se encontraba en aquella fiesta también, junto a dos amigos, un rubio guapísimo que se llamaba Erick y una chica de apariencia asiática que se llamaba Jade y que era una conocida escritora de novelas de terror.

—Becca, ¿nos ayudas a sacar las copas? Están en un altillo y no encuentro a Kane por ninguna parte —dijo Fabiola, oteando el horizonte en su busca—. Lo haría yo, pero últimamente me mareo mucho. —Hizo una mueca—. ¿Dónde se habrá metido este hombre?

—Creo que ha salido a buscar más hielo y algunas bebidas que faltaban —respondí por ella, recordando haberlo escuchado hablar de eso con Holden unos minutos antes.

—No te preocupes, cariño, yo me encargo. ¿Dónde está el altillo? —Becca se agarró del brazo de Fabiola y acompañó a la anfitriona de la fiesta hasta la cocina.

Estaba perdida en mis pensamientos, cuando divisé una figura conocida en la distancia. Easton Parker acababa de entrar en la sala y hablaba despreocupado con Julieta.

Supongo que se me cruzaron los cables. Sufrí un momento de enajenación mental transitoria. La cuestión es que me entró tal agobio, que sin pensarlo, busqué un sitio donde esconderme y acabé metiéndome debajo de la mesa de dulces, que estaba cubierta por un mantel larguísimo.

Dios, no podía haber caído más bajo. ¿Dónde había quedado la mujer empoderada y segura de sí misma?

Desde mi escondrijo improvisado, observé a Easton avanzar hacia donde yo me encontraba.

Me sentí patética, obviamente. Una mujer adulta como yo, comportándose de esa forma tonta e infantil. ¿Por qué cuando se trataba de Easton siempre tomaba las peores decisiones?

Easton se detuvo frente a la mesa de dulces, donde empezó a hablar con alguien. Desde ahí tenía una buena panorámica de sus pies. Yo supliqué en silencio para que no me encontrara. Para que se alejara de ahí en cuanto antes. Pero Easton no dejaba de hablar y los nervios me tenían fatal.

En aquel momento, una pelota llegó rodando hasta donde yo estaba, debajo de la mesa. Entré en pánico cuando comprendí lo que vendría detrás de la pelota. Y no me equivoqué. Segundos después, mi sobrina Anne subió el mantel de la mesa de dulces y me vio. Abrió mucho sus enormes ojos grises y expresivos, como los de su padre, y exclamó a pesar de que yo le pedí que se callara con un gesto:

—¿Tita Nora?

Quise morirme. Literalmente. La muerte hubiera sido menos humillante que ver a Easton ponerse de cuclillas, aguantar el mantel y mirarme con cara de desconcierto primero y guasa después.

—¿Nora? ¿Qué haces aquí?

Cualquier persona que se encontrara a menos de 1 kilómetro a la redonda se fijó en mí, lo que hizo que aquello supusiera el momento más embarazoso de toda mi vida. Mi mente buscó frenéticamente una excusa, algo que pudiera decir y que tuviera sentido.

—He perdido un pendiente. —Me puse en pie, bajo la atenta mirada de Easton que con su sonrisa torcida no se perdió ni uno solo de mis movimientos.

—Pero Tita, ¡tienes puestos los dos! —exclamó Anne señalando mis orejas antes de marcharse corriendo con la pelota entre las manos.

¿Quién quiere enemigos teniendo sobrinas así? Estaba claro que los genes de Holden habían

ganado la partida allí.

Avergonzada, sintiéndome observada, y con la necesidad de huir de la sonrisa burlona de Easton, salí corriendo y me refugié en el porche posterior.

Me senté en uno de los escalones y miré los viñedos con aire distraído. La estampa era preciosa, pero no pude disfrutarla demasiado, porque Easton decidió seguirme y sentarse a mi lado.

—Puedo sufrir la humillación en solitario, no es necesario que me acompañes —bufé.

—¿Y perderme la ocasión de burlarme de ti? Ni de coña. Aunque, aún no sé cómo debería sentirme respecto al hecho de que te hayas escondido de mí.

—No me escondía de ti. Yo solo... necesitaba pensar —dije con la boca pequeña, mirándolo mal.

—¿Pensar en lo feo que es que no me respondas los mensajes? El ghosting es una práctica deleznable.

Apreté los labios en un mohín involuntario.

—No es culpa mía si no pillas las indirectas. Te dije que no quería volver a salir contigo nunca más.

—Pero ¿por qué? Nos lo pasamos bien.

—No es eso lo que recuerdo.

—Según dijiste, no recuerdas mucho. Salgamos y deja que te refresque la memoria.

Entorné los ojos y lo miré con desconfianza. Había algo ahí que me olía a chamusquina.

—¿Por qué eres tan insistente? No lo entiendo. De un día para el otro tu actitud hacia mí ha cambiado.

—Lo que ha cambiado es mi forma de verte.

—¿Y cómo me ves ahora?

—Como la mujer que el algoritmo que he creado ha elegido para mí. Creo en pocas cosas en esta vida. Mi algoritmo es una de ellas. Si él asegura que eres la mujer perfecta para mí, es porque lo eres.

Sentí un vuelco en el estómago. ¿Desde cuándo a Easton se le daban tan bien las palabras?

—Estás loco.

—Aún no, pero creo que podría estarlo dentro de muy poco. Siento que me harás perder la cabeza fácilmente, Nora.

Me reí, no sé si por timidez, por vergüenza o... qué sé yo.

—No sabía que fueras un ligón en ciernes.

—Y no lo soy, pero tú me inspiras.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Esto es absurdo.

—Puede que lo sea. O puede que no. Al menos, intentémoslo. Hagamos un pacto. —Easton me miró muy serio, como si lo que fuera a decir tuviera una importancia vital—. Tengamos cinco citas. Solo cinco. Si con esas citas aún no he conseguido convencerte de que estoy en lo cierto y de que estamos hechos el uno para el otro, prometo dejar de intentarlo. Dejaré de escribirte y de insistir para que nos veamos.

—¿Y qué ganaré yo con ello?

—¿Paz mental? —bromeó—. Venga, Nora, acepta. Salgamos y veamos si esto nos lleva a algún lado. ¿Sigues teniendo miedo de enamorarte de mí?

Nora



Lo primero que pensé después de su pregunta, fue que Easton era un capullo de tomo y lomo. Aquello le había funcionado la vez anterior, y estaba probando suerte para ver si le funcionaba también en aquella ocasión. ¿De qué iba? Había cometido muchas estupideces aquella tarde, caer en el desafío barato de Easton no sería una más que sumar a la lista. Así que me reí. Me reí y negué con la cabeza, mirándolo con desdén.

—Yo no tengo miedo, Easton. Lo que tengo es una empresa propia en la que centrarme y pocas ganas de perder el tiempo.

—¿Y si te prometo no hacerte perder el tiempo?

—No prometas algo que no puedes cumplir.

—Aunque lo nuestro no funcionara, hay muchas cosas que podemos hacer para divertirnos —dijo con un tono de voz susurrante que despertó en mí un estremecimiento que recorrió mi espina dorsal.

Se acercó un poco más, venciendo la distancia que nos separaba en aquel escalón. De pronto, sentí su calor a través de la ropa, y fui más consciente que nunca de que Easton era un

hombre y yo una mujer. Tragué saliva y aparté la mirada, cohibida. Aunque, por dentro, sentía que me convertía en burbujas que nacían y explotaban en un ciclo sin fin.

¿Qué tramaba Easton? ¿Estaba flirteando conmigo? Pero ¿por qué?

—Lo pensaré —dije llevada por el momento.

Sus ojos verdes fluctuaron de mis ojos a mi boca en varios parpadeos, y yo me humedecí el labio en un movimiento reflejo. Hubiera sido fácil besarnos entonces. Solo hubiera bastado que uno de los dos cediera a la tentación e inclinara su rostro hacia el otro. Pero no sucedió porque, bueno, en aquel momento aún teníamos el control de nuestro cuerpo y nuestros impulsos.

—¡Easton! ¡Nora! Entrad, estamos a punto de sacar la tarta —exclamó Fabiola, llamando nuestra atención.

Ambos nos giramos a la vez, mirándola. Fabiola nos hizo una señal con la mano antes de desaparecer de nuevo dentro de la casa. Como si aquella interrupción hubiera puesto punto y final a aquel momento de inexplicable intimidad que acabábamos de experimentar, nos levantamos a la par, y regresamos al salón, donde la fiesta llegó a su punto más álgido con la irrupción de la tarta, decorada con el sistema solar.

Todos aplaudieron y Enzo apagó las velas entre silbidos y aplausos.

En algún momento mi mirada y la de Easton se cruzaron, y sentí que las burbujas se multiplicaban, llenándolo todo y haciéndome flotar.

Esa sensación se estaba volviendo de lo más molesta. ¿Por qué estaba desarrollando ese tipo de reacciones por mi archienemigo y viejo rival? Por si fuera poco, le había prometido a Easton pensar en su propuesta. Él quería que saliéramos durante cinco citas. ¡Cinco! Eso eran... muchas citas. Muchos momentos confusos como el que acabábamos de vivir ahí fuera en el porche. ¿Y si él tenía razón y éramos compatibles?

No sabía que me aterraba más, si la posibilidad de que el algoritmo se equivocara o acertara. Estaba acostumbrada a salir con chicos que no me aportaban nada, que eran solo herramientas para satisfacer mi apetito sexual. Ese tipo de relaciones eran fáciles, porque tenían en común un objetivo sencillo de abordar, y una vez conseguido, adiós muy buenas. En cambio, si ese

algoritmo acertaba y Easton era mi alma gemela... las cosas tomarían un rumbo desconocido.

Intentando deshacerme del nudo que apretaba mi pecho, me fui hacia la barra de bebidas y pedí al camarero un mojito. No sé por qué lo hice, pues no era una bebida que soliera tomar. Pero me apetecía. Le había cogido el gusto. Era una fiesta infantil, por lo que me sirvieron una versión sin alcohol. Le pegué un buen trago, recordando que la última vez que bebí ese cóctel fue durante la noche de Go con Easton.

En el momento en el que mi paladar notó el sabor característico del mojito, con esa mezcla de hierbabuena, lima y azúcar... ocurrió algo inaudito. Fue como abrir en mi mente una puerta que se había quedado atascada. De pronto, los recuerdos de la noche con Easton de hace dos semanas regresaron intactos dejándome en shock.

Porque... después de todo yo estaba en lo cierto.

Sí que había algo importante que olvidé de aquella noche. Algo importante que ahora arrasaba todo mi mundo con la fuerza de un ciclón.

Nora



Flashback

Miré las extremidades de mis manos y abrí muchísimo los ojos.

—¿No te parece que tengo los dedos larguísimos?

Estaba sentada en el sofá de Easton, habíamos llegado allí con más esfuerzo por su parte que por la mía, porque había tenido que ayudarme a caminar, subir al ascensor e, incluso, sentarme.

—Son unos dedos perfectos.

Sus palabras me hicieron sonreír de un modo absurdo. Más que absurdo, diría yo. Pasé de la sonrisa absurda a la risa absurda. Y un segundo después, a las carcajadas más absurdas que nadie pueda imaginar.

—¡No son perfectos! Son demasiado largos. Demasiaaaaaaaaaado largos.

Easton solo sonrió, fue hasta su cocina y volvió después con una taza de algo humeante.

—Te he calentado un poco del café que hice esta mañana. No será un manjar de Dioses, pero es mejor que nada. Bebe un poco.

Intenté coger la taza, pero casi me la vuelco encima, así que Easton se sentó a mi lado y, sin perder la sonrisa, me ayudó a llevarme el café a los labios sin derramar nada. No me pasó por alto el hecho de que una de sus manos rodeara la mía y la taza sin dificultad.

—Hablando de dedos largos... ¿Todo en ti es largo y poderoso? —murmuré.

Eso debió resultarle graciosísimo, porque esa vez el que rio a carcajadas fue él. Debería haberme avergonzado, pero estaba lo bastante borracha como para que no me importara. Al contrario. Reí con él a carcajadas y, si me ruboricé, fue más por lo bien que me sentía que por lo que acababa de decir.

—Nunca pensé que llegaría este día, pero por fin hemos encontrado algo que se te da mal.

—¿El qué?

—Beber. Se te da fatal beber, Nora.

Me reí. Era curioso, estaba segura de que esa actitud me habría hecho enfrentarme en cualquier momento. Aquel era Easton, mi archienemigo. Por lo general me bastaba una palabra o un tono que yo considerara inadecuado para empezar una discusión, pero en aquel momento todo lo que decía parecía divertido y sin malicia. Como si yo le cayera bien.

—Hay más cosas que se me dan mal —confesé. Y tuve la leve impresión de que me arrepentiría de esa confesión cuando el alcohol se esfumara de mi sistema nervioso.

—Ah ¿sí? ¿Cómo qué?

—Las relaciones. Se me dan fatal las relaciones. Y besar. Y lo otro.

—¿Lo otro?

—El sexo.

—Oh.

—Se me da fatal.

—Permíteme dudarle.

—No, de verdad, no soy una buena amante.

—De nuevo, permíteme dudarle.

—No puedes dudarle. ¡No has tenido sexo conmigo! No sabes lo nefasta que soy.

—No eres nefasta.

—En el sexo sí.

—No creo.

—¡Te digo que sí! ¿Quieres probar?

Por un momento vislumbré algo en los ojos de Easton. Hasta ese instante su mirada se había mantenido serena y divertida, pero algo cambió. Un chispazo y, de pronto, parecían más oscuros que de costumbre.

—Yo...

—Podemos probar.

No le dejé decir más. Me habría gustado decir que me acerqué a él de un modo delicado, pero lo cierto es que aproveché que estaba sentado a mi lado para lanzarme hacia su boca. Tan pronto como mis labios rozaron los suyos, Easton atrapó mi boca y toda mi atención. Fue como si estuviera deseoso de recibir todo lo que yo tuviera para darle. Y le di... le di todo lo que pude en ese beso. Le di tanto que, en cuestión de segundos, estaba mordiendo su labio inferior y arrodillándome en el sofá con una agilidad pasmosa, teniendo en cuenta que un rato antes no era capaz de caminar derecha. Quizás fue el café que Easton calentó, o tal vez fue la adrenalina que recorría mi cuerpo. O el deseo más poderoso que había sentido nunca pidiéndome más y más de ese alucinante beso. Enterré mis dedos en la nuca de Easton y, cuando pensé que la cosa iría a más, que se pondría más interesante que nunca, él se separó, gruñó algo ininteligible y se levantó del sofá, haciendo que yo cayese de bruces contra la tela en la que había estado sentado.

Fue un poco ridículo, pero en ese momento no me sentía ridícula, sino ardiente y deseosa de más.

—¿Dónde vas?

—Hora de parar —dijo él con la voz más ronca que le había oído hasta el momento.

—¿Por qué? ¿Por qué tenemos que parar? ¿Es por lo mal que beso?

—Nora, no besas mal. —Hice amago de protestar, pero él alzó las manos—. No, de verdad, tienes que creerme. No besas mal. De hecho besas... besas muy bien.

—¿Sí? —Mi alegría fue tan visible que Easton resopló.

—Sí, y por eso tenemos que parar.

—No lo entiendo. —Quise levantarme, pero él dio un paso atrás, como si intuyera mis planes—. Si te ha gustado, ¿por qué no probar de nuevo?

—Porque no estás en condiciones, y yo tampoco.

—¡Me siento genial!

—Me alegro muchísimo, pero la próxima vez que te bese, me gustaría estar seguro de que más tarde vas a acordarte de todo.

—Eso es una estupidez. ¡Claro que me acordaré de todo!

En realidad, y visto en perspectiva, no era ninguna estupidez. Easton lo vio con la misma facilidad con la que yo me negué a hacerlo.

—Oye, si mañana te levantas, lo recuerdas todo y, aun así, quieres repetir, yo estaré encantado. De verdad. Joder, estaré muy encantado. Pero ahora mismo no vamos a hacer más.

Me gustaría decir que tuve una retirada digna. De verdad, pero solo me quedé allí mirándolo sin entender por qué demonios se negaba a repetir algo que nos había hecho sentir bien a los dos. Ni un minuto después, una arcada hizo que vomitara sobre mi ropa primero y la suya después. Aún hoy intento explicarme cómo es posible que no sintiera ningún síntoma. Un segundo estaba bien y al siguiente era un aspersor.

Easton no se enfadó, al contrario, me sujetó el pelo mientras vomitaba, me ayudó a llegar al baño cuando yo intenté hacerlo y me tambaleé y, después de ayudarme a quitarme la ropa, me hizo ir a su dormitorio y dormir en su cama.

—¿Y tú?

—Estaré en el salón.

—Podrías dormir aquí.

—Créeme, no podría —dijo con la voz contenida.

Lo vi salir de la habitación y me pregunté no una, sino varias veces, cómo es que tenía a Easton por un capullo cuando, claramente, era un tipo de lo más decente y bueno. Quizás me

había equivocado en mi impresión acerca de él. Tal vez era hora de dejar mi enemistad atrás. Aquella noche, justo antes de dormirme, prometí hablar con él nada más levantarme. Le demostraría que por supuesto que era capaz de acordarme de todo lo ocurrido y hablaríamos como dos personas civilizadas.

Nuestra relación daría un giro de 180 grados. Estaba segura.

Easton



Estaba en el despacho intentando concentrarme en el trabajo. Era imposible. El día anterior, después de haber intentado convencer a Nora de aceptar tener cinco citas conmigo, decidí darle espacio para pensarlo. Espacio de verdad. No quería atosigar, así que el resto de la fiesta me mantuve alejado mientras interactuaba con todos nuestros conocidos, que no eran pocos. La vi más pensativa de lo normal y eso me animó, o al menos me intenté convencer de que era una buena señal.

Pero entonces llegué a casa y, ya en la soledad de mi apartamento, empecé a preguntarme si no había ido demasiado lejos diciéndole que confiaba plenamente en mi App. ¡Y así era! Confiaba en ella, era un desarrollador muy potente, pero si era completamente sincero, bajo todo aquello estaba el deseo más ferviente que nadie pueda imaginar de que saliera bien, porque eso significaba que el proyecto avanzaba. Y yo necesitaba que avanzara a como diera lugar.

Aun así, la química que había notado el día anterior era real. No mentí cuando dije que quería cinco citas. Necesitaba explorar aquello que sentía cuando estaba con Nora porque, por primera vez en mucho tiempo, no era malo.

Aquella mañana, sin ir más lejos, no había dejado de pensar en nuestro primer y único beso. Odié cada segundo de la situación porque ella estaba borracha y yo, achispado. Y odiaba aquello. Odiaba no haber podido seguir, porque ante todo era un hombre honesto y jamás iría más allá con una mujer que obviamente no tenía plenas facultades para decidir qué hacer con claridad. Pero una parte de mí, pequeña y aun así reticente, no dejaba de imaginar cómo habría sido llevarla a mi cama, desnudarla y acariciar su suave piel. Seguir con ese beso tan alucinante y elevarlo a algo más.

Aun me parecía curioso que Nora estuviera convencida de que no sabía besar. Por supuesto era mentira, sabía besar y lo hacía increíblemente bien, pero me preguntaba si lo había dicho a causa del alcohol o si de verdad tenía dudas de sus dotes... amorosas, por decirlo de algún modo. Y si era así: ¿Era cosa suya o se lo había hecho creer a algún imbécil?

Eso me llevó a pensar en Nora siendo besada por otro hombre y la ira que me invadió fue tan difícil de gestionar que agradecí como pocas veces que Ryan entrara en el despacho.

—¿Cómo está nuestro chico? —preguntó en un tono amable que no me creí ni por un instante.

No porque mi amigo no fuera amable, que lo era y mucho, sino porque estaba obsesionado con que avanzara en el tema con Nora cuanto más rápido, mejor. Tenía sus propias motivaciones para que el proyecto saliera bien así que lo entendía, pero habíamos llegado a un punto en el que el simple hecho de verlo me ponía tenso.

—Estoy trabajando. —No era cierto, no había podido hacer nada en los últimos minutos por estar divagando, pero no iba a admitirlo de viva voz.

—¿Y por casualidad ese trabajo no tendrá nada que ver con el hecho de que, a estas alturas, no tengamos noticias nuevas de tu relación con Nora?

—Ryan...

—No, Easton. —Se puso serio por primera vez en mucho tiempo—. El inversor ha vuelto a llamar. No deja de preguntar cómo va la demostración de que el algoritmo funciona y, por mucho que le digo que estamos en ello, me está pidiendo algún tipo de prueba que lo corrobore.

—¿Prueba?

—Prueba, sí. Algo como que tú mismo admitas que ya estás locamente enamorado. O mejor aún, que lo admita Nora.

—No puedo admitir eso —dije riendo un poco.

—¿Por qué no?

—¡Porque es mentira!

—Da igual que sea mentira. No te estoy pidiendo que digas la verdad, Easton. Te estoy pidiendo que le digas a nuestro inversor lo que quiere oír.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no? —preguntó exasperado.

Porque no quería mentir, porque no quería que Nora mintiera y porque, por encima de todo, creía que si el algoritmo nos había juntado era por algo y de verdad pensaba que merecía la pena explorar ese algo.

—¿Acaso no crees en nuestro proyecto? —pregunté a la defensiva.

Ahí conseguí hacerme de nuevo con Ryan. Por impaciente que se estuviera mostrando, él creía en aquello tanto como yo. Sabía muy bien que mentir no era la forma de llevar adelante *Sincronizados*. Necesitábamos hacer un ejercicio de fe y necesitábamos triunfar, pero hacerlo dando validez a lo que queríamos vender.

—Está nervioso.

—Pues tendrá que aguantarse. El amor no puede forzarse ni acelerarse. —Conforme dije las palabras, sentí que algo me oprimía el cuello y estaba bastante seguro de que no era la camisa, sino más bien la sola idea de estar hablando de amor en mi propio nombre. Hablar de enamorarme. Me di cuenta en ese momento de que, en mi deseo por convencer a Nora de que aceptase salir conmigo en cinco citas, había olvidado que yo estaba comprometiéndome con aquello. Que mi propia vida estaba dando un giro radical y que no habría esperado nunca. Me convencí de que lo hacía por el proyecto y al principio funcionó pero... ¿era cierto? Si yo aseguraba creer en mi propia App y esta decía que Nora era la mujer de mi vida... ¿no sería

verdad

El corazón empezó a latirme tan rápido dentro del pecho que, cuando Ryan intentó hacerme entrar en razón, incluso él se dio cuenta de lo nervioso que estaba y de que no era un buen momento para seguir hablando.

—Se nos acaba el tiempo, Easton, yo solo te digo eso. Necesitamos que tu chica acceda a salir contigo, que tengáis citas y que se enamore, maldita sea. ¡Y lo necesitamos ya!

Salió del despacho ofendido y lo peor es que yo no podía ofenderme porque entendía las motivaciones que le llevaban a estar así de ansioso y nervioso.

Yo por mi lado me dije que no era tan grave, no pasaba nada. Aún teníamos tiempo, ¿no? Pero lo cierto era que si me paraba a pensarlo de verdad, el tiempo jugaba en mi contra. Se agotaba y me sentía como si mi vida, de pronto, fuera uno de esos videojuegos en los que tienes que hacer el máximo de puntos posibles antes de que el contador llegue a cero.

No quería presionar a Nora, pero se me acababa el tiempo. No ayudó en nada que justo en ese instante entrara un mensaje de ella, por fin. Días y días esperando ver su nombre en la pantalla y cuando por fin aparecía era para darme una noticia que no pudo gustarme menos.

NORA

Lo he pensado, Easton, de verdad lo he meditado muy a fondo, pero con nuestro pasado y sabiendo cómo ha sido siempre nuestra relación, creo que lo mejor es que dejemos las cosas tal y como están, así que no, no voy a darte esas cinco citas que me pediste. Lo siento mucho. Nora.

Era un mensaje tan formal que me enfadé, porque me trataba como si yo fuera una relación laboral. Como si fuera un proveedor al que le estuviera diciendo que iba a prescindir de sus servicios. ¿Cómo demonios se suponía que tenía que tomarme aquello? Y peor aún: ¿Cómo

demonios iba a convencerla de que estaba totalmente equivocada y debía darnos una oportunidad si en ese instante solo quería llamarla y gritarle un montón de improperios?

Nora



Me encontraba en el sofá, lista para una noche de autocuidado: una mascarilla de un solo uso en la cara, una copa de vino tinto en la mano, mi colección de esmaltes de uñas desperdigados sobre la mesa de centro, y una de mis películas favoritas pausada en la pantalla del televisor a la espera de que pulsara el *play*.

Esperaba que aquel momento de relax me ayudara a alejar cierto recuerdo que no hacía más que repetirse en mi mente en un bucle sin fin.

Hacía una semana desde la fiesta del cumpleaños de Enzo, lo que significaba que hacía una semana también desde que mi memoria decidiera desbloquear lo sucedido la noche de borrachera. Y Dios, no podía sentirme más avergonzada y humillada por lo que hice y dije. Ojalá hubiera tenido entonces un botón para volver a bloquearlo, porque saber lo que pasó era mucho peor que la ignorancia.

Siempre pensé que era una mujer con las ideas claras. Tener una infancia difícil te obliga a madurar más rápido. Sin embargo, desde que Easton y yo hicimos *match* en la maldita aplicación de citas, me sentía a la deriva, como si me hubieran dejado abandonada en medio del océano con

una barquita raquítica, sin mapa ni guía.

Me costaba entender por qué la Nora borracha había decidido besar a Easton. Aunque me costaba más entender por qué esa Nora disfrutó tanto de ese beso, hasta el punto de suplicar otro.

Nunca antes me había sentido más patética y arrastrada.

Incluso le conté mis inseguridades respecto al sexo. Le dije que era mala. Eso era algo que no le había explicado ni siquiera a Jordan porque me hacía sentir vulnerable. Pero no podía obviar el hecho de que varios hombres en varias ocasiones me hubieran tildado de fría o poco apasionada. Una vez, uno, incluso me llamó Robot, porque después de correrme recogí mis cosas y le di la mano como si acabáramos de cerrar una transacción comercial.

Puede que el sexo conmigo fuera mecánico y pragmático, y eso no gustaba demasiado. Tampoco podía ofrecerles mucho más. Yo nunca practiqué el sexo como una forma de conectar con otra persona, sino más bien como la manera que tenía de resolver una necesidad fisiológica.

Puede que, a fin de cuentas, todos aquellos hombres tuvieran razón al llamarme fría.

Sacudí la cabeza alejando esos pensamientos de mi mente y me centré en los pintauñas que había seleccionado para la manicura y pedicura. Justo cuando estaba decidiendo entre el esmalte rojo pasión y el rosa chicle, mi teléfono vibró. La pantalla se iluminó revelando el nombre de Easton.

Estuve a punto de ignorarlo, me estaba convirtiendo en un hacha ignorando mensajes suyos, pero al final me pudo la curiosidad.

EASTON

Nora, te lo suplico, no ignores este mensaje como has ignorado los demás. Necesito tu ayuda. Este fin de semana estoy cuidando a Enzo, porque ellos se han marchado de escapada romántica. Todo iba de maravilla hasta que ha empezado a encontrarse mal. Parece que tiene fiebre. ¿Qué

hago?

NORA

¿Qué le pasa?

EASTON

No lo sé, solo se queja y llora.

NORA

¿Y no puedes hablar con Kane y Fabiola?

Mientras me fijaba en el «escribiendo» de la parte superior del móvil, vi como mi tranquilidad se marchaba volando por la ventana.

EASTON

No responden al teléfono.

Ni siquiera lo pensé, en cuánto recibí ese mensaje, me quité la mascarilla, apagué el televisor, me puse una chaqueta encima del pijama, me dirigí hacia la puerta y le mandé un último mensaje:

NORA

Voy enseguida.

Asustada y nerviosa, llamé a la puerta de Easton. Tenía el pulso disparado y el corazón latiendo a mil por hora. Había llegado hasta allí en tiempo récord, después de gritarle a un taxista para que fuera más rápido. Sin embargo, nada más entrar en la casa, llegar al salón y ver el espacio, supe que algo allí no cuadraba con el escenario que uno espera encontrar en una casa con un niño enfermo.

La luz era tenue, había velas encendidas por todas partes y una música suave se propagaba desde el reproductor de música.

Fruncí el ceño y busqué a Easton con la mirada. Easton que, por si fuera poco, estaba brutalmente atractivo vestido con unos pantalones de vestir de color caqui y una camisa blanca. A su lado, yo parecía un moscorroffio, porque con las prisas ni siquiera me había quitado el pijama que llevaba, el más viejo y gastado que debía tener en mi armario.

—¿Dónde está Enzo? —pregunté dándole una oportunidad para explicarse.

—Acaba de dormirse —su tono sonó casual y despreocupado.

Mi ceño se frunció un poco más.

—Pero ¿no se encontraba mal?

Easton se llevó una mano a la cabeza en un gesto casual y se rio, como si lo que estaba a punto de decir fuera la cosa más graciosa del mundo.

—No te lo creerás, pero todo ha resultado ser un gran malentendido. En realidad, no es que estuviera caliente, sino que había corrido tanto que le sudaba la frente.

—Pero has dicho que estaba llorando.

—Ah, sí. Eso ha sido por una rabieta. Quería que le diera galletas de chocolate antes de acostarse y como me he negado...

Parpadeé. Una. Dos. Tres veces. No podía creerme lo que estaba escuchando.

—Entonces, ¿he venido aquí para nada?

Easton metió las manos dentro de los bolsillos del pantalón y sonrió de medio lado. Quise matarlo. Con mis propias manos. ¿Cómo podía verse tan bien cuando yo me veía tan mal?

—Lo lamento. —¿Sabes cuando una persona dice una cosa pero expresa otra? Pues este fue

uno de esos casos. Estaba claro que no lamentaba para nada que hubiera recorrido la ciudad hecha un manojo de nervios por su culpa—. Por eso he pensado que podría compensarte con una cena relajada mientras charlamos y nos ponemos al día.

Quise marcharme de allí en ese mismo instante, después de haberle soltado cuatro verdades bien soltadas, pero... no hice nada de eso. A día de hoy aún me pregunto por qué me quedé.

Easton



No es que me sintiera muy orgulloso por haber usado esa artimaña para conseguir que Nora fuera a mi casa, pero tampoco es como si se me hubiera ocurrido nada mejor. Llevaba días pensando en la forma de acercarme a ella y eso fue lo único que conseguí. Nora había estado ignorando mis mensajes y llamadas, así que urdí aquel plan a la desesperada, porque estaba seguro de que jamás dejaría a Enzo en la estacada.

No me equivoqué.

—No te voy a retener si no quieres —añadí, pues estaba claro que me había pillado en mis intenciones—, pero sería una pena que lo hicieras sin antes probar los espaguetis al pesto que he preparado.

—¿Espaguetis al pesto? —Vi como su expresión flaqueó. Sabía que a Nora le gustaba mucho la pasta. Años atrás, cuando ambos trabajábamos en el viñedo de Kane, no hacía más que repetir lo mucho que disfrutaba de la comida Italiana que preparaba Fabiola.

—He rayado un poco de parmesano para espolvorear encima. Y de postre, he comprado una tarta de frambuesa y chocolate blanco del Magnolia Bakery. Recuerdo que una vez comentaste

que no había una tarta igual en todo Nueva York.

—Ummm...

—Oh, venga, Nora. Solo es una cena. Además, Enzo está en el cuarto. Ni siquiera estamos solos y yo nunca intentaría nada con un niño en casa. —Levanté las manos como si con ese gesto pudiera probar mi inocencia, aunque lo que dije estaba lejos de ser inocente—. ¿Tan cobarde eres?

Sabía qué teclas tocar para que el orgullo de Nora se viera entredicho.

Por lo visto, había nacido con el don de sacar a Nora de sus casillas. Estaba convencido de que no actuaba igual cuando otra persona se metía con ella de la misma manera. Sin embargo, cuando se trataba de mí, cualquier pequeño comentario que pusiera en duda su honor, era causa de una reacción explosiva. Puede que no fuera un buen don, y por supuesto no debía sentirme satisfecho de tenerlo, pero era incapaz de borrar la sonrisa estúpida que se me dibujó en el rostro cuando la vi sacarse el abrigo a tirones que denotaban rabia y enfado y sentarse en la mesa ya servida con platos y cubiertos.

—Eso es lo que más me gusta de ti, que seas todo dulzura y delicadeza.

—Esto no pasaría si no me obligaras a quedarme contigo.

—Yo no te he obligado en ningún momento, puedes irte cuando quieras. —Señalé la puerta.

—¿Después de que me hayas llamado cobarde? Ni de coña. Prefiero quedarme aquí y demostrarte que te equivocas.

—Ajá.

—Y eso que preferiría mil veces saltar sobre cristales que tener que verte la cara.

—Ya veo.

—De verdad, si tú y yo fuéramos los únicos supervivientes de una catástrofe natural y la repoblación del planeta dependiera de nosotros, preferiría plantearme la extinción de la humanidad antes que hacerlo contigo.

No pude evitar soltar una carcajada.

—No me digas, ¿ni siquiera lo harías en nombre de la supervivencia de la especie?

—Antes consideraría la clonación.

—Ouch, eso ha dolido. —Fingí una mueca de dolor, como si sus palabras me hubieran herido de una forma física.

Nora me miró con los ojos entornados y luego desvió sus ojos hasta la fuente de pasta, que había dejado en el centro de la mesa a la espera de ser emplatada.

—Supongo que, ya que estamos, podríamos comernos lo que has cocinado.

—Por supuesto.

—Pero me iré en cuánto termine.

—Lo que tú quieras.

—Y nada de trucos para que me quede.

—¿Trucos? Ni que fuera un mago.

Le guiñé un ojo y serví los espaguetis en nuestros platos. Vi a Nora olfatear el suyo, sonreír y coger un poco de queso para espolvorearlo por encima. Reconozco que me quedé colgado como un memo mirándola, porque a pesar de llevar el pelo recogido en un moño caótico, la cara lavada de maquillaje y un pijama que parecía haber vivido mejor vida, estaba preciosa.

Uno de los factores determinantes del algoritmo del amor que creé era el aspecto físico, así que no era extraño que Nora fuera la elegida, porque cumplía cada uno de los atributos que me gustaban en una mujer. Toda ella parecía sacada de la imagen mental que tenía del concepto «mujer ideal». Era como si la hubieran hecho a mi medida.

Dejando atrás ese pensamiento, me fijé en Nora, que en ese momento se llevó una porción de espaguetis a la boca. Cerró los ojos, los saboreó y finalmente dejó escapar un gemido de placer que conectó directamente con las partes más sensibles de la parte inferior de mi cuerpo.

—No tenía ni idea de que supieras cocinar —comentó tras tragar, mirándome con una mezcla de sorpresa y admiración.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, Nora, y cocinar no es precisamente la mejor de ellas.

Las mejillas de Nora se sonrojaron y tardó más de lo que era habitual en soltarme alguno de

esos comentarios sarcásticos encargados de romper la tensión que nos envolvía. Pero aquella noche ni siquiera eso sirvió de mucho. Porque Nora gemía cada vez que se llevaba la comida a la boca y mi mente no dejaba de llenarse de imágenes explícitas sobre nosotros dos. Imágenes donde yo le quitaba ese pijama andrajoso que llevaba, me acomodaba entre sus piernas y le arrancaba gemidos a base de lengüetazos.

Un tirón en mi pantalón me avisó de que me estaba poniendo duro, muy duro. Y que debía moderarme, porque empalmarme de esa manera era del todo inapropiado.

Quise culpar al inversor por mis pensamientos obscenos. Myers, y también Ryan, seguía presionándome, y toda esa presión había acabado por confundir a mi cuerpo y mi mente de la peor manera. ¿Qué otra explicación podía darme a mí mismo? Estaba cachondo como un adolescente de hormonas revolucionadas, y eso no era para nada habitual en mí.

Las mujeres me gustaban, por supuesto, pero necesitaba mucho más que verlas comer espaguetis para tener una erección.

¿Y si Nora era la mujer destinada a quedarse en mi vida y echar raíces?

Puede que, después de todo, hubiera llegado el momento de dejar de oponerme a lo que la app, el inversor y mi propio cuerpo querían: que me dejara de historias y aceptara de una vez que Nora me gustaba de verdad.

Nora



¿Cómo podía estar todo tan bueno? Era increíble. Indignante, en realidad. Easton ya estaba dotado del suficiente atractivo físico como para ser un arrogante, pero que cocinara así era un extra que podía hacer que cualquier mujer lo halagara hasta que se creyera prácticamente un Dios.

Tampoco podía creer lo natural que le salía a Easton eso de mostrarse seductor. Se suponía que era un empollón insoportable, ¿no? ¡Y no lo decía para juzgarlo! Yo misma era una empollona. Y es cierto que siempre fui consciente de lo bueno que Easton estaba, pero nunca pensé que fuera tan sexy. o que pudiera persistir tanto cuando quería algo y, aun así, no resultar pesado, sino todo lo contrario. Era como si tuviera el don de hacer que ciertas actitudes, que en otros hombres se verían reprochables, quedaran bien en él.

—Y dime ¿a cuántas mujeres sobornas con tu comida para que hagan lo que tú quieras?

—Te parecerá raro, Nora, pero por lo general no necesito sobornar a las mujeres para que quieran disfrutar de un rato conmigo, que es algo muy distinto a convencerlas de hacer lo que yo quiero.

—O sea, que según tú, yo ahora mismo tendría que sentirme superagradecida y deseosa de estar contigo.

—No he dicho eso.

—Ah ¿no?

—No, y tergiversar mis palabras no va a servirte de nada.

Sonrió con lentitud, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se mostraba tan seguro que una parte de mí lo envidiaba, porque yo estaba muy lejos de sentirme segura. Me sentía... rara. Y nerviosa. Expectante y... y... emocionada. Era raro y me costaba admitirlo, pero me sentía emocionada por estar comiendo algo tan rico mientras tiraba dados envenenados a alguien que podía recibirlos sin ofenderse y no tenía miedo de devolverlos.

Con el tiempo entendí que quizás eso era lo que más me gustaba de Easton. No me tenía miedo y, desde luego, no le impactaba mi mal humor cuando algo no salía como yo quería. Era decidido y seguro de sí mismo, y eso, me gustara admitirlo o no, era muy sexy.

—Supongo que entonces solo me queda disfrutar del resto de la comida.

Dejé el tenedor sobre mi plato vacío y me estiré sobre la silla, como si necesitara dejar hueco para el postre. No me pasó desapercibido el modo en que la mirada de Easton se paseó por mi cuerpo. Aquello, en vez de ofenderme, me resultó... inquietante. De un modo bueno, demasiado bueno.

—¿Estás lista para el postre? —Su voz sonó ronca y mi respiración se aceleró, como si quisiera acompañarse a él.

Tragué saliva y procuré no mirarlo a los ojos, porque algo me decía que la respuesta era mucho más complicada de lo que parecía.

—Siempre —murmuré.

Él ahogó algún tipo de sonido que no logré entender, se levantó, retiró mi plato y se metió en la cocina. Eso me dio unos segundos de ventaja. Intenté recuperar el ritmo normal de mi respiración, pero apenas había empezado a lograrlo cuando regresó con dos porciones del pastel más rico que yo he probado en mi vida. Cogí la cucharilla, me metí un pedazo de tarta en la boca

y cerré los ojos, completamente deleitada.

—¿Te han dicho alguna vez que comes de un modo jodidamente sexy?

Me quedé mirándolo con los ojos de par en par. Me tragué el trozo que tenía en la boca y me relamí, más por nerviosismo que porque tuviera restos de comida en los labios. Él entrecerró los ojos y los fijó en ese punto de inmediato. Mi respiración se aceleró tanto que estaba segura de que podía notarlo.

—Qué tontería, simplemente disfruto comiendo —dije en tono vacilante.

—No, no es solo eso, o puede que sí, pero el modo en que tus labios se cierran en torno a los cubiertos... Esos sonidos... Joder, Nora, podrías incendiar medio mundo solo con eso.

Tragué saliva. No quería incendiar medio mundo. Sin embargo, la perspectiva de incendiarlo a él no me resultaba desagradable, sino todo lo contrario. Y fue ese pensamiento el que hizo que me pusiera a la defensiva.

—¿Así es como intentas ligar con todas?

—No estoy intentando ligar. Solo te hablo de una verdad irrefutable.

—Creo que tu verdad no es absoluta.

—En ese caso, mejor, porque no me gustaría tener razón y que medio mundo disfrutara del modo en que comes. En realidad, no me gustaría que lo hiciera nadie, salvo yo.

—Pues es un problema, porque adoro comer y lo hago en el trabajo, en casa, en restaurantes y en...

—No vas a ponerlo fácil, ¿verdad?

—¿Qué gracia tendría entonces? —contesté con una sonrisa que, por primera vez en la noche, fue genuina.

Él me la correspondió y creo que ese fue el momento en el que hicimos un pacto silencioso para intentar que las cosas fueran un poco más... amigables. Es decir, ya estaba allí, ¿no? Sí, me había mentido de un modo descarado para que fuera, pero también había hecho una cena exquisita y había encargado mi pastel favorito, así que lo mínimo que podía hacer era ser cordial. No iba a morirme por ser un poco amable.

—En realidad ¿sabes lo peor? Que creo que es cierto que no tendría tanta gracia. Creo que la tensión siempre va a ser parte de nuestra relación, ya sea buena o mala. ¿No es curioso?

—¿Que hables de nuestra relación como si existiera? Mucho.

Su risa llenó el salón y yo aproveché para meterme otro trozo de pastel en la boca y sonreír disimuladamente. Él se dio cuenta, por supuesto, por eso se comió su propio trozo sin decir nada.

Nos comimos el postre charlando por primera vez de tonterías. Banalidades que en realidad no eran importantes pero servían para que nos diéramos cuenta de que, aun hablando de temas triviales, había en el ambiente algo. Una especie de atmósfera espesa y latente que ninguno de los dos podía ignorar.

Ayudé a recoger la mesa cuando acabamos y, cuando quise fregar los platos, Easton se negó en rotundo.

—Quería ver una peli ahora, ¿por qué no te quedas?

La pregunta fue genuina, no parecía que hubiera dobles intenciones detrás, así que no lo pensé mucho.

—¿Puedo elegir?

—Pondrás algo súper romántico, ¿verdad?

—Por supuesto.

Él suspiró como si fuera un hombre condenado y yo me reí, sintiéndome toda una vencedora.

Tardé apenas una hora en darme cuenta de que había sido un tremendo error y Easton era mucho más listo que yo, aunque no lo fuese a admitir nunca de viva voz, porque poner una película romántica suponía ver a dos personas en pantalla flirtear, enamorarse y, por últimas, tener escenas tórridas que, aunque no fueran explícitas, me hacían pensar en el hombre que tenía sentado a mi lado de un modo nada sano.

Era una locura. Aquel no era lugar para estar pensando en Easton de ese modo, pero cuando su muslo rozó el mío sentí una descarga eléctrica tan grande que di un respingo. Easton

carraspeó, así que supongo que tampoco estaba siendo ajeno a aquella tensión.

—Es una peli muy... romántica —murmuró.

—Mmm.

No pude decir más. No imaginé que la maldita película tendría tantos momentos íntimos.

—Está bien. Es... bonita.

Su voz sonaba grave y ronca, y me pregunté si, como yo, estaba un poco excitado, no por la película en sí, sino por la situación. Por tenerme al lado. Por... por respirar el mismo maldito aire que, además, resultaba muy espeso.

Estaba enferma. De verdad. De haber estado lúcida, me habría marchado a casa, pero allí seguía, en pijama junto a un hombre impecablemente vestido y peinado. Un hombre que me había cocinado, había coqueteado conmigo abiertamente y ahora estaba viendo una peli conmigo como si nada mientras yo estaba empezando a arder por dentro.

—Nora...

Lo miré de inmediato, porque mi nombre en sus labios sonó de un modo desesperado. Tragué saliva cuando me fijé en el modo en que me estaba mirando y mi pulso se aceleró más, si es que acaso era posible. Sentía que estaba a punto de cometer la mayor tontería de mi vida y, aun así, nunca antes había estado tan seguro de querer hacer algo. Lo que fuera.

—¿Sí?

Mi voz sonó extraña incluso para mí. Tragué saliva, pero no sirvió para tranquilizarme. Easton abrió la boca para decirme algo y, entonces, el sonido del llanto de Enzo llenó el salón.

Fue como si una nube se abriera y descargara litros y litros de agua helada sobre nosotros. Nos levantamos de inmediato y acudimos a su habitación con rapidez. No sé qué pensaba Easton mientras caminaba por el pasillo, pero sabía lo que pensaba yo: tenía que huir de ahí cuanto antes, porque lo que había estado a punto de pasar era arriesgado. Demasiado arriesgado e, incluso, peligroso para mi propia cordura.

Easton



Calmar al pequeño Enzo costó más de lo que imaginaba. El pobre no dejaba de preguntar por sus padres y, aunque nos conocía de sobra y tenía mucha confianza en nosotros, estaba un poco desorientado. Tuvimos que contarle un cuento con el que dejó de llorar y después, para mi vergüenza, canté una canción que sabía por experiencia que siempre le hacía reír. No me pasó inadvertida la mirada de Nora, pero no sabría definir cómo era. ¿Estaría pensando que era un imbécil? ¿Le estaría dando vergüenza ajena verme cantar y bailar de un modo tan absurdo? Había trabajado en la tensión que crepitaba entre nosotros durante toda la noche y, mientras veíamos la película, juro que intenté mantenerme cuerdo porque ver a otra pareja besarse o intuir que había algo más íntimo y tener a Nora al lado fue mucho más difícil de lo que imaginé.

Enzo volvió a calmarse, por fortuna, y después de eso fue relativamente fácil que se durmiera. Por desgracia, aquella interrupción sirvió para que Nora reconstruyera el muro que había derribado un poquito en las últimas horas.

—Debería irme a casa —me dijo nada más salir de la habitación—. Es muy tarde y estoy agotada.

—¿Puedo convencerte de que te quedes con otro trozo de tarta?

—Dios, me encantaría pero estoy llena. Además... es tarde. Es muy tarde.

—Eso ya lo has dicho.

—Porque es la verdad.

—Pero podemos hacer algo que no te suponga un esfuerzo...

—¿Como qué?

Joder, se me ocurrían un montón de cosas que hacer en las que ella no tendría que hacer esfuerzos. Todo el maldito esfuerzo lo haría yo. Pero estaba seguro de que la idea no iba a ser muy bien acogida. Porque decirle que se sentara en el sofá, se quitara el pantalón, abriera las piernas y me dejara hacer con la lengua... era demasiado, ¿verdad?

—Podemos terminar de ver la peli —dije en un tono que intentaba ser neutro.

No lo conseguí. Ella lo sabía también, por el modo en que me miraba. Era como si hubiera descubierto todos y cada uno de mis pensamientos. Como si yo tuviera un escaparate en la mente en aquel instante. La imagen de Nora semidesnuda en el sofá no me abandonaba y, aunque la estaba mirando, no podía dejar de pensar en ello.

—En otro momento, quizás.

No era una respuesta a lo que yo estaba pensando, así que puse todo mi empeño en responder como un hombre civilizado y no como el hombre que estaba pensando en un montón de cosas subidas de tono.

—¿Eso quiere decir que vas a dejar de ignorarme?

Su sonrisa fue real, pero no supe lo que significaba. ¿Sabía lo que estaba pensando? ¿No lo sabía pero quería ser amable? No quise preguntar, porque en aquel instante, tal y como estaban las cosas, tenía un hilo de esperanza al que agarrarme. Si presionaba demasiado quizás lo fastidiaba todo, así que cuando se puso el abrigo no puse impedimento, pero sí me quedé de pie, cerca de ella y mirándola a los ojos.

—Nos vemos, Easton.

—¿Pronto?

Me dedicó esa sonrisa de nuevo. Podría haberme sentido como un fracasado por insistirle, o por insinuarme otra vez, pero empezaba a darme cuenta de que convencer a Nora de que saliera conmigo se había vuelto un asunto muy personal. Ya no era solo por el inversor y la App, era porque de verdad me lo pasaba bien con ella y necesitaba investigar sobre eso. Quería demostrarme a mí mismo hasta qué punto éramos compatibles.

Nora se marchó y yo cerré la puerta del apartamento, me giré y me enfrenté a un salón que aún olía a ella. Era su perfume, pero había algo más. Quizás el recuerdo de tenerla allí conmigo, en pijama y sin maquillar, y que me hubiese resultado la mujer más guapa del mundo era un indicativo de lo jodido que estaba.

No estaba triste, no podía decir eso porque había conseguido más de lo que esperaba, pero estaba... ansioso. Me habría gustado que la noche fuera más larga. Y puestos a pedir, me habría encantado no estar haciendo de canguro y que ella estuviera más predispuesta. Me senté en el sillón, pulsé el play para terminar de ver la película y pensé durante largos minutos en lo mucho que me habría gustado ver qué había bajo el pijama. Besar su boca, lamer su cuerpo, descubrir cada marca de su piel.

Cerré los ojos y, por un instante, por mi mente pasaron todo tipo de imágenes indecentes que hicieron que me pusiera duro como una piedra. Miré la tienda de campaña que se armaba en mi pantalón y apreté la mandíbula. No iba a ceder al impulso que sentía de ir al baño y pajearme como un niño adolescente, pero eso no significaba que el deseo no estuviera ahí.

No era solo el deseo, me dije. Era sentir el pulso y el corazón acelerado, el hecho de que embarcarme en una discusión con Nora me resultara más gratificante que hacer el amor con cualquier otra y el reto que suponía ir derribando sus defensas una a una.

Aquello ya no era una cuestión laboral, sino personal. Quería ver hasta dónde podía llegar con Nora y quería... quería... Joder, quería cosas tan sorprendentes con ella que no era capaz siquiera de formular el pensamiento, pero servían para dejarme claro que estaba mucho más jodido de lo que, en un principio, imaginaba.

Nora



A la mañana siguiente me desperté jadeando, con la respiración acelerada, el pulso disparado y un hormigueo latiendo entre mis piernas. En mi cabeza aún podía visualizar la última imagen de mi sueño, aquel sueño que me había dejado al borde del orgasmo. Easton sobre mí, empujando con ritmo mientras yo le rodeaba las caderas con las piernas y le suplicaba que lo hiciera más fuerte.

Agh.

Tuve un sueño erótico con Easton, esa era la cruel y vergonzosa realidad. Un sueño en el que mi supuesto archienemigo me hacía de todo mientras yo disfrutaba y le pedía más y más.

Podía mentirme a mí misma y decir que en realidad la persona del sueño no era él sino otro hombre, pero en el fondo de mi ser sabía la verdad. Porque fue su pelo el que tironeé mientras me lamía entre las piernas, fueron sus manos las que me tomaron por las caderas antes de penetrarme y fue su voz ronca y sexy la que susurró obscenidades en mi oído mientras me embestía.

La noche anterior las chispas habían saltado entre nosotros, y llegué a casa con el cuerpo

encendido. Me costó dormirme pensando en Easton, en la química que nos había envuelto como una manta pesada y en el hecho de que antes de que Enzo despertara había tenido ganas reales de que algo físico pasara entre ambos.

Necesitaba desesperadamente poner orden a aquel caos mental, así que decidí presentarme por sorpresa en casa de Becca. Nada más llegar me encontré a Holden con mis sobrinas en la puerta de entrada, preparado para llevárselas de paseo por Central Park. Nos despedimos con un abrazo y al entrar me encontré a mi hermana sentada en el sofá, libro en mano, mientras una música suave sonaba desde alguna parte de la casa.

—¿Disfrutando de la soledad?

Becca se sorprendió al verme. No había llamado al entrar, Holden me abrió la puerta antes de marcharse.

—Ey, ¿qué haces tú aquí? No esperaba visita.

—¿Molesto?

—No te negaré que un poco... este es mi momento semanal de desconexión. Los domingos Holden se lleva a las niñas un rato para que pueda descansar.

—Puedes descansar con tu hermana favorita —dije sentándome a su lado en el sofá.

—Y única —puntualizó ella cerrando el libro para mirarme con curiosidad.

Supongo que el hecho de que me hubiera presentado por sorpresa en su casa le daba ciertas pistas sobre que algo raro pasaba. Yo siempre seguía las normas sociales, ir de improviso a un sitio no era lo mío.

—Pues está muy bien que Holden se implique en la crianza de Lizzy y Anne. Aún hay muchos hombres que dejan esa carga a las mujeres y que se escudan en el trabajo para no tener que enfrentarse a esa parte de la responsabilidad.

—No puedo quejarme, la verdad. Aunque dudo que hayas venido hasta aquí para hablar sobre lo buen padre que es Holden.

—Lo cierto es que no. —Me acomodé en el sofá, intentando buscar la forma de explicarme sin exponerme del todo—. Verás, tengo una amiga que en los últimos tiempos se está sintiendo

un poco... confusa. Emocionalmente hablando.

Becca alzó las cejas y asintió.

—Comprendo. ¿Y por qué tu amiga se está sintiendo confusa? Emocionalmente hablando.

—Bueno, digamos que hay un hombre en su vida que está empezando a atraerle, pero no sabe si esa atracción es pasajera o si hay algo más.

—Oh, esto se pone interesante. Espera, no te muevas de aquí. Dame un minuto. —Los ojos de Becca brillaron con emoción, entró en la cocina y regresó con dos copas de vino entre las manos.

Me ofreció una con una sonrisa traviesa bailándole en los labios.

—Becca, solo son las once. —Puse los ojos en blanco aceptando la copa, y no perdí ocasión de dar un sorbo al vino que sabía cómo los dioses.

—No hay nada que acompañe mejor una charla de chicas que el buen vino. La ocasión lo merece. Pero volvamos al hombre ese que le atrae a tu amiga. —Era obvio que Becca sabía que esa amiga era yo, pero en ningún momento me delató—. ¿Es guapo?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Mucho.

—¿Y la atracción es bidireccional?

—Diría que sí, porque ese hombre no hace más que insistirle en que salgan juntos.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Dile a tu amiga que salga con ese hombre y descubra la naturaleza de sus sentimientos. —Hizo unos aspavientos con las manos, como si resultara evidente.

—No es tan fácil.

—¿Por qué? Si ambos os atraéis, quiero decir, se atraen —se corrigió enseguida—, ¿cuál es el problema?

—El problema es que a mi amiga no le gusta que le guste ese hombre.

—¿Y eso por qué?

—Porque se conocen desde hace tiempo y siempre se han odiado. ¡No tiene sentido que de

pronto le atraiga!

—Bueno, Holden en un primer momento tampoco fue santo de mi devoción y mira cómo acabamos...

—Pero eso es distinto, Holden y tú estáis hechos el uno para el otro.

—¿Y quién dice que no le pase lo mismo a tu amiga con ese hombre?

La miré como si se hubiera vuelto loca y luego empecé a negar con la cabeza, acabándome el contenido de la copa con un gran sorbo. Era imposible que Easton y yo fuéramos el uno para el otro. De ser así, no nos hubiéramos pasado tantos años a la greña.

Nunca fui una de esas románticas que creen en los finales felices. Puede que tuviera a mi alrededor ejemplos reales, como el de Becca y Holden, o sus amigos, pero para mí ellos eran la excepción, no la norma.

El amor era algo que dejaba para las películas y los libros. Era algo ajeno... algo que nunca me pasaba a mí. Y menos con Byte. El jodido Byte que consiguió volverme loca durante la carrera, hasta el punto de acabar estudiando hasta la extenuación para sacar mejores notas que él.

—Eso no es así. Creo que lo que le pasa a mi amiga es algo puntual. Una especie de atracción transitoria que se desvanecerá con el tiempo. Además, esta chica no está acostumbrada a enfrentarse a este tipo de sentimientos. Puede que esté confundiendo las cosas.

Becca se rio un poco.

—O puede que por primera vez en su vida esté conociendo a la persona indicada, pero solo sabrá si es así si le da una oportunidad. Sería una pena que ni siquiera lo intentara.

Después de decir aquello, Becca cambió de tema y me habló del último libro que estaba leyendo, como si quisiera zanzar la conversación con algo que me hiciera reflexionar. Y lo consiguió. ¡Vaya si lo consiguió! Después de eso me pasé las siguientes horas dándole vueltas al asunto.

¿Y si Becca tenía razón?

A fin de cuentas, yo nunca me había enamorado de verdad antes, nunca había tenido una relación de pareja ni había compartido sentimientos tan complicados y profundos como esos. Las

veces que lo había intentado la cosa acabó siendo un auténtico desastre, porque yo no sentía lo que se supone que se debe sentir por alguien con el que quieres tener un compromiso tan importante.

Me marché de casa de Becca antes de que Holden regresara y al llegar a mi apartamento pedí comida china y me pasé la tarde viendo series antiguas, haciendo sudokus y jugando al parchís online. Puede que no fuera una forma demasiado glamurosa de pasar un domingo, pero tampoco me daba la cabeza para mucho más.

Cuando empezaba a plantearme la opción de llamar a Jordan para convencerla de ir a cenar juntas por ahí, recibí un mensaje de Easton.

Mentiría si dijera que mi corazón no empezó a latir como loco al ver su nombre en la pantalla.

EASTON

Después de lo bien que lo pasamos ayer, asumo que vas a decirme que sí a lo de las cinco citas. Podemos fingir que la de anoche fue la primera. A fin de cuentas, con cuatro más tengo de sobras para demostrarte que ya estás loca por mí ;). ¿Te parece si nos vemos el martes por la tarde? Tengo una idea genial para la segunda cita. Mañana te pasaré la dirección.

Me pareció tan arrogante su mensaje que quise responderle con una negativa, pero... pensé en la conversación con Becca, en mi sueño, en la noche anterior y decidí darle una oportunidad. A fin de cuentas, a pesar de detestar ese mensaje, tenía una sonrisa tonta dibujada en la boca, y eso solo podía significar una cosa: que Easton Parker estaba jugando muy bien sus cartas.

Easton



Invitar a Nora al Museo de las Matemáticas fue un poco arriesgado, lo reconozco. No todas las mujeres hubieran apreciado algo así. Pero sabía que a Nora le gustaban los números tanto como a mí y que a ella le gustaría ese sitio tanto como a mí.

Fuera llovía, así que la esperé en el vestíbulo, con el mapa del itinerario en una mano y un par de auriculares de audioguía en la otra. Estaba echando una mirada al mapa cuando percibí el movimiento de la puerta principal al abrirse. Levanté la mirada distraídamente y entonces la vi, a Nora, vestida con un hermoso vestido de color azul marino y unos zapatos de tacón. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, los labios pintados de rojo y en ese momento estaba guardando el paraguas dentro de una funda impermeable que un agente de seguridad le ofreció al entrar.

Reconozco que se me desencajó la mandíbula al verla vestida de aquella manera tan inusual en ella. Nora era una de esas mujeres que apostaban por la ropa práctica y funcional, no recordaba haberla visto nunca con algo más que vaqueros y camisetas o blusas. El hecho de que se hubiera arreglado para la cita me puso nervioso al instante, porque significaba que las reglas del juego habían cambiado. Esa Nora que se acercaba a mí reprimiendo una sonrisa no tenía nada

que ver con la Nora gruñona y reacia que yo tan bien conocía. Y estaba asustado, lo admito, porque a la otra Nora la conocía como a la palma de mi mano, pero esta Nora nueva era desconocida y desconcertante.

—Vaya, Nora, estás... —No pude acabar la frase, porque me quedé anonadado con el primer plano de esos labios pintados de rojo intenso.

¡Joder! La de cosas que se podían hacer con esos labios...

—Guapa. Lo sé. Pero deja de mirarme así porque me estás haciendo sentir incómoda.

—Iba a decir impresionante. Guapa lo estás siempre.

—Oh, no seas cursi. —Puso los ojos en blanco—. ¿Entramos? —Señaló la puerta.

Le dije que sí y juntos atravesamos las puertas canceladoras. Desde el momento en el que entramos en la primera sala, supe que había tomado la decisión correcta al llevarla allí. En cada exhibición, Nora y yo nos sumergíamos en debates sobre teorías y principios matemáticos.

Como por ejemplo:

—¿No te parece fascinante que la sucesión de Fibonacci aparezca en la naturaleza de formas inesperadas? Como en la disposición de las hojas en un tallo o en los patrones de las piñas.

O este otro:

—Piensa en el concepto de infinito. Es tanto un número como una idea, un concepto que desafía nuestra comprensión del universo. El infinito no solo está en las vastas distancias del espacio, sino también en los patrones fractales, donde un simple diseño se repite infinitamente a diferentes escalas.

Parecíamos dos esnobs pretenciosos intentando quedar por encima del otro. Y a pesar de que Nora se pasara de listilla a veces y me hiciera rodar los ojos... me encantaba escucharla hablar sobre los mismos temas que me apasionaban a mí. Nunca imaginé que las matemáticas pudieran ser sexys. Además, era obvio que usábamos todos esos conocimientos para coquetear el uno con el otro, lo que convertía la experiencia en algo excitante.

La tarde fue avanzando y llegó el momento de disfrutar de las actividades interactivas. Jugamos con los triciclos de ruedas cuadradas, transformamos nuestro cuerpo en árbol frente a

una pantalla digital, resolvimos algunos rompecabezas complicados y jugamos a baloncesto con un tirador robótico sirviéndonos de la estadística.

Por último, visitamos la exposición temporal del cubo de Rubik. Al final de la misma, había un pequeño escenario en el que se podía leer «Desafío express», con dos mesas altas con un cubo de Rubik cada una y un pulsador para indicar que se había resuelto el cubo. Nora y yo compartimos una mirada y, sin mediar palabra, corrimos entre risas a hacernos con uno de esos cubos.

—¿Listo para morder el polvo? Soy la reina de los cubos de Rubik —dijo cogiendo el suyo con una sonrisa que conocía muy bien. Era la sonrisa que solía usar siempre que se creía ganadora. Y era una sonrisa preciosa.

—Si tan segura estás de que vas a ganar, deberíamos apostarnos algo—sugerí.

Su sonrisa tembló.

—¿Acaso tú también buscaste en Internet el algoritmo para resolverlo? —preguntó recelosa.

—Para nada. —Y no mentía.

—¿Y qué quieres que nos apostemos?

—Un beso.

—¡Pero yo no quiero un beso!

—Tú puedes apostarte otra cosa.

Me miró con las cejas alzadas, desafiante, hasta que finalmente un brillo especial brilló en su mirada con la llegada de una idea.

—Ah, ¡ya sé lo que quiero yo! Una declaración firmada donde aceptes que yo, Nora Harris, soy más lista e inteligente que tú, Easton Parker, alias Byte, y que todas las veces que sacaste mejores notas que yo en la universidad fue por pura casualidad.

Se me escapó una risita entre dientes. Que Nora siguiera teniendo tan viva nuestra vieja rivalidad pasada no dejaba de hacerme gracia.

—De acuerdo. Acepto el reto. Si gano yo, me habré ganado un beso, si lo haces tú, prometo escribir una mentira que te ayude a salvaguardar tu ego.

Me sacó la lengua y tras una cuenta atrás, empezamos el duelo. Vi a Nora voltear el cubo e ir moviendo las caras con agilidad. Yo lo hice a mi ritmo, aplicando el algoritmo que en su día descubrí.

Tardé alrededor de un minuto en terminar y cuando apreté mi pulsador Nora abrió los ojos con estupefacción. Ella aún estaba acabando de resolver la parte central del cubo cuando yo terminé.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Cómo lo has hecho? ¡Dijiste que no buscaste el algoritmo!

—Y no lo busqué, lo resolví solo tras meses peleándome con el dichoso cubo.

—¡Eres un tramposo!

—Un tramposo al que le debes un beso.

Bajamos del escenario para dejar que los siguientes participantes se desafiaran en su propio duelo y nos quedamos rezagados en uno de los rincones más solitarios de aquella exposición.

—Debiste decirme que ya sabías resolver cubos de Rubik.

—No preguntaste.

—¡Has jugado sucio!

—Mira quién habla de jugar sucio... sé que cuando trabajábamos para Kane me hacías trampas al Go todo el tiempo, Nora. No eres precisamente un angelito.

Nora no respondió, se limitó a mirarme con una sonrisa pícara, en silencio. Luego, nos quedamos mirando el uno al otro, sin decir nada, notando como una burbuja de complicidad, esa burbuja que nos había estado acompañando toda la tarde, se hacía más grande.

—Me debes algo —musité, dando un paso hacia ella, acortando la distancia que nos separaba.

Nora no reculó, al contrario, me miró avanzar impasible mientras se relamía el labio, en un gesto inconsciente que delataba sus nervios.

—Debió gustarte mucho —susurró cuando llegué a su altura.

Bajé el rostro para poder encontrarme con su mirada, porque estábamos tan cerca que nuestra diferencia de altura se hizo palpable. Y no es que Nora fuera bajita, pero incluso con

tacones seguía siendo bastante más alto que ella.

—¿A qué te refieres?

—Al beso del otro día. Debió gustarte mucho si tantas ganas tienes de repetir.

Sorprendido, di un paso hacia atrás, como si hubiera sido sorprendido por un empujón invisible.

—¿Lo recuerdas? Pensé que no recordabas nada de aquella noche.

—Y no lo hice hasta bastantes días después. ¿Por qué no me dijiste que nos habíamos besado cuando te pregunté si había pasado algo entre nosotros?

Tardé un poco en responder.

—Porque odiaba el hecho de que nuestro primer beso hubiera sido estando tú borracha y que fuera tan poco memorable como para que no lo recordaras. Prometo que la próxima vez que te bese, no lo olvidarás nunca. Prometo hacerlo memorable. —Dicho esto, di un nuevo paso hacia delante y le besé en la frente—. Beso pagado.

Di un paso hacia atrás y observé sus ojos desconcertados abriéndose de pronto.

—Oh, ¿ya está?

—Pareces desilusionada.

—No, bueno, es que yo... —titubeó, muerta de vergüenza. Sus mejillas se tiñeron de rojo y supe que había esperado otro tipo de beso que nunca llegó.

—No pienso darte un beso solo porque nos lo hayamos apostado, cielo. La próxima vez que nos besemos, será porque ambos lo deseemos. —Le guiñé un ojo y le señalé la salida—. Venga, vamos, que antes de marcharnos quiero pasar por la tienda de recuerdos. Voy a comprarte un cubo de Rubik para que ensayes en casa y puedas ganarme la próxima vez.

Los ojos de Nora me atravesaron como dos dagas.

—Easton.

—¿Qué?

—Te odio.

Me reí. Porque por primera vez en mucho tiempo estaba convencido de que lo último que

Nora Harris sentía por mí era odio.

Easton



El lunes después de nuestra cita todavía me lamentaba por el modo en que acabó todo. No porque fuera mal, sino todo lo contrario. Saber que Nora recordaba nuestro beso había sumado un nivel más a nuestra relación, aunque pudiera no parecerlo. Ahora los dos teníamos el conocimiento de lo que ocurrió y eso me había quitado un peso enorme de encima, porque me sentía mal ocultándole esa información, pero al mismo tiempo, ponía sobre la mesa todas las cartas posibles en aquello que estaba ocurriendo entre los dos.

Por fortuna, me quedaba el recuerdo de mi beso en su frente o, más bien, la reacción de sorpresa y cierto anhelo que tuvo en ella. Me pareció que no le hubiese importado que la besara en los labios y, en realidad, parte de que me lamentara tanto aquella mañana era porque me maldecía muchísimo por no haberlo hecho. ¿De verdad tenía que elegir ese momento para ponerme digno y ser una persona moral y coherente? Podría haberla besado, estaba receptiva, preciosa y acabábamos de pasarlo en grande. Y lo más importante: ¡Estábamos allí presentes! Había logrado convencerla para una cita pero no era tan tonto como para presuponer que las cosas serían fáciles desde ahí y Nora aceptaría el resto de planes que le propusiera sin rechistar.

Eso era estúpido y yo no era estúpido, o eso me gustaba pensar.

Ahora tenía que buscar un plan que la atrajera lo suficiente como para que quisiera quedar conmigo de nuevo. En esas estaba cuando Ryan entró en mi despacho. Contuve cierta tensión, porque últimamente cada vez que nos veíamos era para que mi amigo me exigiera más avances con respecto a Nora y, después de lo bien que había ido nuestra última cita, curiosamente no quería contarle nada. Puede que fuera porque me daba reparo que presionara o que le pareciera que eso no era suficiente avance, pero una parte más grande de mí pensaba que era porque no quería que se metiera en algo que, por muy preocupado que estuviera por la App y nuestro inversor, no iba con él.

—¿Qué tal? ¿Estás muy ocupado?

—Depende de para qué.

—Woow. Estamos a la defensiva, ¿no?

—No sé de qué me hablas —contesté bastante a la defensiva.

Mi amigo y socio sonrió de un modo bastante genuino y se sentó frente a mi escritorio.

—Esta noche vamos a salir a tomar algo.

—¿Quiénes?

—Algunos de la plantilla y yo. Los de siempre, vaya. ¿Te apuntas?

No supe qué decir. En un principio el instinto me hizo estar tentado de negarme, porque con quien realmente quería tener una cita era con Nora, pero ¿qué iba a proponerle un lunes? No tenía una idea clara y, para ser sinceros, tampoco sabía si era demasiado patético estar suplicando otra cita ya el primer día de la semana. Si no le había escrito nada más levantarme era porque me había contenido, no porque no me apeteciera.

—Pues...

No pude terminar de hablar. Mi teléfono sonó con la entrada de un mensaje y, aunque en cualquier otro momento no le habría prestado más atención, últimamente saltaba a la mínima por si se había obrado un milagro y se trataba de Nora. Lo miré con disimulo y, cuando vi su nombre en la pantalla, intenté disimular por todos los medios. Incluso fruncí un poco el ceño, como para

hacerle pensar a mi amigo que era un tema lo bastante serio como para justificar mi falta de educación.

—Discúlpame —murmuré.

—¿Es tu madre? —No respondí y mi amigo lo interpretó a su manera—. No te preocupes, luego hablamos. Si finalmente te apuntas dímelo, ¿vale? Así reservo para cenar.

Salió del despacho con la misma celeridad con la que había entrado. Y aunque en parte me sentí culpable por no haberle corregido cuando mencionó a mi madre, me dije a mí mismo que era la única manera que tenía de poder mirar el mensaje de Nora. Si algo respetaba Ryan era el tema de mi madre. Me autoconvencí de que no había hecho nada malo porque más tarde le diría que todo estaba bien. Abrí el mensaje, porque era lo que más deseaba y leí el mensaje de Nora.

NORA

Si vas a insistir en que tengamos otra cita, plantéate invitarme al cine. Han estrenado una peli que me interesa.

Sonreí divertido por el hecho de que fuera una borde incluso cuando me proponía quedar, pero lo que más sentí fue felicidad. Felicidad porque me estaba diciendo algo más que una frase borde. Me estaba diciendo que por fin aceptaba tener esas citas. Que estaba, por fin, tan dispuesta como yo a investigar lo que sea que hubiera entre los dos, porque era evidente que había algo. Para empezar, una química y una atracción increíbles, pero estaba convencido de que, si íbamos más allá, habría incluso cosas más interesantes.

Por el momento, me limité a responderle intentando que no se notara demasiado lo contento que me ponía su iniciativa.

EASTON

El cine me parece bien siempre que la peli no sea

romántica. ¿Hoy?

NORA

Hoy, sí, pero, en efecto, es romántica. ¿Qué me dices? ¿Te interesa salir conmigo tanto como para ver el género que menos te gusta?

Me mordí el labio. En realidad, no tenía nada en contra de las comedias románticas. Era cierto que no volvían loco, pero Nora decía eso más bien porque, durante mucho tiempo en la universidad, me limité a decir en voz alta que debería ser un género prohibido porque había averiguado que a ella le encantaba. Visto en perspectiva no fue, ni de lejos, mi momento más inteligente, pero quizás todo aquello me servía para jugar un poquito con Nora...

EASTON

Soy tan buen chico que me sacrificaré por ti, pese a que no entienda cómo pueden gustarte esas bazofias. De verdad, Nora, esperaba más de ti.

NORA

¡Ja! Vas a ver una peli, Easton, no a sufrir descargas eléctricas. Y solo por ese comentario pagarás también las palomitas.

Me reí y me mordí el labio con nerviosismo. En realidad, estaba seguro de que visto desde fuera debía tener una cara de tonto increíble porque, me gustara o no, se me caía la baba con Nora cuando me picaba de ese modo.

EASTON

Mándame ubicación del cine y la hora. ¿Nos vemos allí? Tengo mucho trabajo y dudo que pueda pasar por casa.

NORA

Estoy igual, me parece perfecto.

Recibí la información de la peli y reflexioné un poco acerca de lo mucho que Nora y yo nos parecíamos, pese a haber rivalizado tanto. Quizás precisamente porque los dos teníamos ansias de llegar a ser mucho más de lo que éramos en la universidad. En realidad, creo que lo que nosotros entendíamos por diferencias era lo mismo que nos unía.

Avisé a Ryan de que mi madre estaba bien pero no podría ir a cenar con él y los chicos y me preparé para pasar el resto del día fantaseando con la idea de tener una nueva cita con Nora.

Nora



Ver llegar a Easton al cine un poco tarde, acelerando el paso y con el traje del trabajo aun impecablemente puesto me aceleró el pulso de un modo un tanto inexplicable.

Cuando se acercó a mí me di cuenta de que, en realidad, no estaba tan impecablemente vestido. La corbata estaba un poco torcida y su pelo estaba más enmarañado que de costumbre.

—¿Atravesaste un huracán para venir? —pregunté señalándolo.

—Tú también estás preciosa —dijo mientras intentaba, en vano, peinarse bien.

No quise reconocerlo, pero que me dijera que estaba preciosa, aunque fuera en tono irónico, me ponía nerviosa.

—Tenemos que comprar las entradas. Se podían sacar por internet pero, bueno, como vas a pagar tú...

Él, lejos de ofenderse, soltó una pequeña carcajada, rodeó mi cintura con una de sus manos en un gesto sorprendentemente natural, reconfortante y sexy y me arrastró hacia la ventanilla en la que vendían las entradas.

—Estás de suerte, porque resulta que me encanta invitar a chicas guapas al cine.

—Ah ¿Sí? ¿Has traído a muchas?

—Es un poco pronto para hablar de nuestras relaciones pasadas, ¿no?

—Dependiendo de lo que consideres pronto. Hace años que nos conocemos.

—Por esa regla de tres, podría aplicar esa misma teoría para otros aspectos de esta relación.

—¿En qué sentido?

—Bueno, si tú crees que ya puedo hablarte de mi pasado amoroso porque hace años que nos conocemos, puede que yo piense que ya podemos pasar a la segunda base por el mismo motivo.

—Mi pulso se aceleró y Easton me miró fijamente a los ojos de un modo que hizo que se me secara la boca—. La tercera base, incluso. Con un poco de suerte y siempre que tú quieras incluso podríamos hacer Home Run.

Tragué saliva. Su modo de referirse al sexo entre nosotros era el mismo que usaba todo el maldito país, pero de alguna manera había conseguido que sonara... lascivo. Y apetecible. Mucho. Demasiado. Su mano seguía en mi cintura, como si fuera su lugar natural, y yo empezaba a preguntarme si pensaba quitarla en algún momento o, por el contrario, se quedaría ahí toda la noche.

Mi respuesta llegó en forma de acción un solo segundo después, cuando Easton tuvo que sacarse la cartera del pantalón para pagar y rompió el contacto entre nosotros. No volvió a cogerme de la cintura una vez tuvo las entradas, pero sí me señaló el mostrador en el que vendían chucherías y palomitas.

—Vamos, tenemos el tiempo un poco justo.

No comentó nada acerca del hecho de que me hubiese quedado callada con respecto a sus referencias sexuales. Quizás porque entendió que me había avergonzado. Ay, si supiera que más bien era todo lo contrario... que en solo unos segundos había logrado imaginar todas las malditas bases y el Home Run sin ningún tipo de esfuerzo.

¿Qué me pasaba? Yo no era así. Disfrutaba del flirteo, claro, pero por lo general me costaba mucho más sentir el deseo sexual. Sin embargo, desde ese sueño que tuve... las cosas habían cambiado demasiado.

Entramos en la sala de cine cargados con un cubo enorme de palomitas y algunas gominolas y no me pasó inadvertido que, cuando me senté, Easton me pidió que sujetara el cubo mientras él se quitaba la chaqueta. Al entregármelo sus dedos rozaron los míos y, aunque suene a estupidez, tuve un escalofrío que contuve a duras penas.

—¿Estás bien? Hace frío aquí. ¿Quieres mi chaqueta?

Al parecer no había contenido el escalofrío tanto como pensaba. Quería decir que no tenía frío, pero no se me ocurría una excusa coherente, así que asentí como una tonta y, cuando quise darme cuenta, tenía la chaqueta de Easton puesta y su olor, esa mezcla tan característica que solo podía relacionar con él, inundó mis fosas nasales sometiendo mis sentidos a una tortura.

Desde ahí todo fue a más. La peli estaba bien. Era una de esas que, estando lúcida, habría disfrutado. Pero no estaba lúcida, porque el muslo de Easton se rozaba con el mío pese a que los asientos eran lo bastante anchos como para no hacerlo. Sentía sus dedos rozar los míos cada vez que cogía palomitas del cubo, que seguía sosteniendo yo. Y cuando se acercaba para susurrar algo, por lo general para criticar la película, su aliento en mi oreja enviaba escalofríos directos a mi...

¡Joder! ¿Qué me pasaba? Yo no era así. Nunca había sido tan sexual ni había necesitado con tanta desesperación el contacto físico de un hombre.

—¿De verdad disfrutas este tipo de pelis? —preguntó en un momento dado—. Quiero decir, ¿ese es el tipo de hombre que te gusta?

—Shhhhh —delante nuestro, una mujer se giró y nos miró fatal. Estaba oscuro pero incluso así pude darme cuenta.

—Es un hombre sensible y...

—Es un pringado. La tía lo trata fatal y, aun así, va de arrastrado con ella.

—Shhhhh —La mujer de delante volvió a regañarnos, pese a que estábamos hablando muy muy bajo.

—Además, no es guapo.

—Es guapísimo —dije apretando los labios para no sonreír porque, en el fondo, estaba de

acuerdo en todo con él—. A mí me gustan así.

—Pues que sepas que para estar así de musculosos toman proteínas en polvo y mierdas que generan gases. Esos tíos se pasan el día tirándose pedos.

—Shhhh. ¡Algunas queremos ver la película!

—Tranquila, señora, que no creo que se pierda un gran giro argumental porque yo susurre dos veces —le dijo Easton.

Lo miré con los ojos abiertos como platos y conteniendo a duras penas una carcajada. ¿Desde cuándo era tan descarado? ¿Y por qué, en vez de parecerme un cretino, de pronto lo veía superingenioso? Definitivamente estaba enferma. Había desarrollado algún tipo de trastorno en lo referente a Easton Parker. Y cuando se acercó a mí de nuevo para coger palomitas y su mandíbula quedó a escasos centímetros de mí cerré los ojos para no verlo y resistir la tentación de besarlo justo ahí, donde su mentón se intuía tan fuerte y sexy que...

Oh, joder, estaba hablando de un mentón como si fuera sexy. Estaba completamente perdida.

—¿Estás bien?

—¿Mmm?

—Has soltado un quejido que podría ser por lo mala que es la peli, pero como a ti estas cosas sí que te gustan...

—Me ha encantado esa escena. No era un quejido, era un gemido.

La mujer de delante se giró para llamarnos la atención otra vez, pero no la vi. Y no la vi porque, después de pronunciar la palabra “gemido” todo lo que podía hacer era ver el modo en que Easton estaba mirándome. Como si le hubiese dicho que me acababa de tocar la lotería e iba a comprarle su coche favorito.

—Tendré que estar más atento a los tipos de gemidos que emites.

Esta vez ni siquiera nuestra vecina de butaca se quejó. Y si lo hizo, no la escuché, porque todo lo que yo podía pensar era en lo guapo que estaba Easton, en lo mucho que me invadía su presencia y en lo patético que resultaba que no fuera capaz de pensar en nada más que en él.

La peli acabó e, irónicamente, salimos en silencio. Al parecer nuestras ganas de hablar se habían desarrollado solo mientras la veíamos.

—¿Tienes hambre? Podríamos cenar —dijo él.

Pensé en ello un instante. Me apetecía cenar con él, me apetecía mucho pero ¿debía hacerlo? ya me sentía con poco control sobre mí misma.

—Pues después de tantas palomitas estoy un poco llena —contesté con sinceridad.

—Bueno, en ese caso te acompaño a casa.

—Oh, vamos...

—¿Qué?

—Que estamos lejos de mi casa, esto es Nueva York y, además, tú vives muy lejos de mí.

—Bueno, ¿Y? Soy un caballero. —Emití una carcajada que, al parecer, no le sentó bien, porque entrecerró los ojos y me miró mal—. ¿Qué?

—No has sido un caballero ahí dentro.

—Eso es porque estaba inquieto. Es lo que ocurre cuando no puedo hacer lo que quiero.

—Si te refieres a que no has podido elegir la peli...

—Me refiero a que no he podido besarte. Pasarme una película entera intentando no pensar en las jodidas ganas que tengo de besarte ha resultado ser bastante infernal.

Lo miré a los ojos completamente estupefacta. Entonces ¿no eran imaginaciones mías? Los roces, las caricias disimuladas... Tragué saliva, porque quería preguntárselo pero me daba miedo que lo desmintiera, así que, en cambio, reformulé mis palabras y lo que dije a continuación me sorprendió incluso a mí.

—Bueno, ahora no hay nadie que nos regañe.

—Cierto —dijo mientras daba un paso hacia mí—. Pero te dije en nuestra última cita, que nuestro próximo beso ocurriría cuando los dos lo deseáramos.

—¿Y no lo deseas? —pregunté haciendo muy evidente que, por mi parte, no había dudas.

La sorpresa brilló en su rostro solo un segundo antes de que sus manos abarcaran mi cintura y se encadenaran en la parte baja de mi espalda, entrelazando sus dedos y haciéndome arder de

deseo solo porque, según se mirara, estaba rozando la parte alta de mi trasero. Eso indicaba mi grado de desesperación. No estaba orgullosa, pero hasta ese punto me afectaba el maldito Easton.

No sonrió, ni dijo alguna frase irónica que me hiciera mirarlo mal. No hubo pique de palabras, ni nada que denotara hostilidad entre nosotros. Fuimos, por primera vez, un hombre y una mujer abriéndose a la atracción que sentían y aparcando cualquier diferencia, por mínima que fuera.

Sus labios fueron dulces, tentativos al principio, cuando se rozaron con los míos de un modo que me abrumó por completo, porque era delicado y demandante al mismo tiempo. Mi boca se fue abriendo poco a poco, dándole la bienvenida y sacando mi lengua con timidez, para que entendiera que estaba dispuesta a hacer de ese un beso memorable. Easton lo entendió a la primera, me estrechó contra su cuerpo en un solo segundo y, cuando sentí su erección contra mi vientre, me derretí por completo. Irónicamente ese fue el gesto que hizo que me relajara y disfrutara a cien por cien de besarlo, porque sabía que yo no era la única que se sentía vulnerable y excitada. Él estaba igual y ser quien provocaba esa reacción en su cuerpo era increíble.

Nuestro primer beso fue apasionado, torpe y accidentado, porque yo estaba como estaba, pero ese... ese sería un beso que recordaría durante toda mi vida, estaba segura. Y cuando estaba a punto de pedirle que me diera más, pese a estar en público, su teléfono sonó sacándonos por completo de un estado de placer infinito.

Easton miró la pantalla y, fuera quien fuera la persona que había al otro lado, le hizo suspirar de un modo que no denotaba algo bueno.

—Tengo que responder —me dijo con cierta culpabilidad.

—No te preocupes —contesté aún un poco aturdida.

Easton respondió, emitió algunos monosílabos y, cuando colgó, me miró con la disculpa dibujada en el rostro.

—No sabes cuánto lo siento, pero tengo que marcharme.

—¿Todo bien?

—Sí, es solo que mi madre necesita mi ayuda con... algo.

Entrecerró los ojos. Nunca había visto a Easton ser tan críptico con algo, pero asentí, me despedí de él y, cuando se acercó a besar mi mejilla, inspiré hondo para retener su olor.

Se marchó y fue entonces, y solo entonces, cuando me di cuenta de que aún llevaba puesta su chaqueta. Debería haberlo llamado para que diera media vuelta, pero no lo hice. Lo que sí hice fue arrebujarse en ella, pedir un taxi que me llevara a casa y fantasear con el increíble beso que me había dado durante todo lo que duró el trayecto y más, mucho más. Tanto que, al meterme en la cama, aún seguía pensando en ello...

Easton



El termómetro sonó y comprobé la temperatura de mi madre, que acostada en la cama no dejaba de quejarse entre terribles lamentos. O, mejor dicho, entre fingidos lamentos. Porque el termómetro marcaba 36,2 y no había allí indicios de enfermedad alguna.

—Mamá, no puedes seguir haciendo esto —dije con un tono de voz que no dejaba lugar a duda lo enfadado que estaba.

La llamada de mi madre había puesto pausa a uno de los momentos más reveladores de toda mi vida. Porque sí, besar a Nora había resultado deliciosamente revelador. Dulce, sexy, excitante... y me había quedado con ganas de repetir y ver hasta dónde nos llevaba aquello.

Me dolía no haber podido acompañarla a casa por culpa de otra de las tretas de mi madre para conseguir que yo le hiciera caso. Hacía días que me llamaba preguntando cuándo iría a verla, y como no le había dado una respuesta, se había inventado una enfermedad. Estaba harto de que usara la manipulación para salirse con la suya.

—No sé qué quieres decir, hijo, yo no estoy haciendo nada —dijo frunciendo los labios en una especie de puchero de reproche—. Te he llamado porque me encontraba mal. Vivo sola, me

preocupa que algo pase y nadie se entere.

—Mamá, te encuentras perfectamente. No tienes fiebre, tienes buena cara, y me he encontrado a Lota, la vecina del quinto, en el ascensor, y me ha dicho que ha estado jugando esta tarde contigo a las cartas.

—Pero es que he empezado a encontrarme mal después.

—¿Después de pimplarte el whisky que ella trajo? Porque eso también me lo contó. Que te bebiste media botella solita. ¿Es cierto? Sabes que no es recomendable beber alcohol en tu caso, que puede interaccionar con la medicación o agravar tus síntomas.

—No tengo que darte explicaciones, Easton. Soy una mujer adulta.

—¡Pues compórtate como tal!

Mamá no respondió y yo empecé a impacientarme, porque aquella situación se nos estaba yendo de las manos. Yo no quería dejarla de lado, sabía que su vida había sido muy dura por culpa de su enfermedad mental, y por eso la apoyaba y acompañaba tanto como podía. Pero no a costa de poner en riesgo mi vida personal.

—Mamá, no puedes seguir llamándome cada dos por tres con excusas y mentiras.

—Pero es que si no lo hago, no vienes a verme. No te sale venir por ti mismo.

—Puede que me saliera si hablar contigo no fuera como caminar por un campo de minas.

—Eres un ingrato. ¡Yo te parí! No estarías en este mundo si no fuera por mí. —Chasqueó la boca con desprecio—. Tu hermana igual, otra ingrata. Le pregunté si volvería en verano y me dijo que no, que había conseguido una beca en la universidad y que no pensaba aparecer por aquí hasta navidades. ¡Navidades! Faltan meses para eso.

Lo sabía, por supuesto. Tessa me llamó para contarme la oportunidad que le había surgido con esa beca y me preguntó si me parecía bien que aceptara, ya que le sabía mal que yo tuviera que cargar solo con mi madre todo ese tiempo. Por supuesto que le apoyé y animé a que aceptara. Ella hizo lo mismo por mí en su día, y más aún, pues era solo una adolescente.

—Mamá, ¿te estás tomando la medicación?

—¿Y qué más te da si me la tomo o no? A ti te da igual lo que me pase. Solo soy un

problema para ti. Si yo desapareciera de la faz de la Tierra serías feliz. Ya no tendrías que preocuparte por la loca de tu madre.

Me mordí la lengua cuando en realidad quería gritar y soltar en palabras toda aquella presión oscura que se estaba acumulando en mi pecho. Me parecieron muy injustas sus palabras. Después de todo el esfuerzo que había hecho por ella, para intentar que mejorase su situación, odiaba que se hiciera la víctima y me hablara de esa manera.

—El viernes vendrá una nueva cuidadora. Espero que esta vez no la eches de casa, madre, porque está claro que la necesitas.

Sin esperar respuesta, salí de la habitación y de la casa y me marché, deseando retroceder en el tiempo para volver a estar perdido entre los labios de Nora.

Al día siguiente, en el trabajo, recibí una llamada del señor Myers preguntándome por los avances con Nora. Me costó un poco mostrarme seguro ante él cuando en realidad hacía días que no me sentía seguro con nada. No porque no creyera en mi aplicación o en el algoritmo que había creado, sino porque lo de usar lo mío con Nora como experimento para certificar su eficacia, ya no me parecía tan buena idea.

Después de pasar tiempo con ella, quedaba claro que el algoritmo funcionaba perfectamente y que Nora y yo éramos compatibles, pero no era por eso por lo que insistía en verla y quedar con ella. Mi interés por Nora era genuino.

Entre nosotros había química, había fuego... y eso eran cosas que un algoritmo no podía medir. Al igual que tampoco podía medir que fuéramos compatibles en otros menesteres como por ejemplo en los besos. ¿Seríamos compatibles también en todo lo demás?

Detestaba que todo aquello hubiera empezado de una forma tan artificiosa. Sentía que no estaba siendo del todo honesto con Nora, y temía también que la presión de Myers por obtener

resultados acabara confundiéndome y precipitándome.

Pero, fuere como fuere, había algo que tenía claro: quería volver a ver a Nora.

Estábamos a jueves, hacía solo dos días que habíamos ido al cine, y me moría de ganas de volver a verla. Pero ¿cómo podía sacarme una nueva cita de la chistera?

Nos habíamos enviado algunos mensajes desde entonces, aunque la mayoría de ellos eran MEMES y bromas científicas sin demasiada trascendencia. Pero yo lo que quería era verla en persona. Tener la oportunidad de tocarla, besarla y... bueno, conseguir que Nora quisiera seguir viéndome después de que las cinco citas hubieran terminado.

Nora



—Entonces, ¿cómo es besar a Byte? Me puede la curiosidad —me preguntó Jordan, con una sonrisa pícara en los labios antes de darle un sorbo a su Cosmopolitan.

Estábamos en un local del Soho, disfrutando de una de nuestras noches de chicas después de varios días sin vernos. Jordan tuvo que viajar hasta Filadelfia para reunirse con uno de nuestros proveedores en mi lugar, y compensé su esfuerzo con una cena en su restaurante turco favorito y con unas copas en un pub popular.

—No pienso hablarte de los besos de Easton, es información clasificada.

—Oh, venga, no seas mala. —Hizo un puchero—. Nunca pensé que el robot sin corazón tuviera algo más que una patata como corazón. ¡Se mostraba siempre tan frío en la universidad!

Tuve que darle la razón. Durante nuestra época universitaria Easton estaba enfocado en los estudios y nunca se le conoció novia alguna. Solían bromear con ello, incluso hubo algunos rumores sobre su identidad sexual, tachándolo de asexual o reprimido, cosa que, por otra parte, me parecía fatal pues ni una cosa ni la otra merecían ser motivo de cotilleo. De lo único que podía culpar a Easton era de ser un capullo integral y robarme el primer puesto en las listas de

notas.

Aunque habíamos mantenido largas conversaciones durante nuestras citas, ninguna de ellas había girado alrededor de nosotros mismos, más allá de algunos temas superficiales. Habíamos ido desprendiéndonos de capas, pero solo de las primeras. Y me sorprendió descubrir que quería ir más allá. Que quería seguir quitando capas y capas hasta que no quedase ninguna.

No pude evitar compartir mis pensamientos con mi amiga.

—El Easton que estoy descubriendo tiene muy poco que ver con el chico que conocimos en la facultad. No es para nada frío, ni inaccesible. Si esto fuera un cliché de *Grumpy & Sunshine*, yo sería la gruñona y él la persona positiva que siempre sabe ver el lado bueno de las cosas.

—Bueno, cielo, es que tú dejas el listón muy alto como *grumpy* —se burló Jordan, que aprovechó que un camarero pasaba por allí para pedirle otra copa con un gesto.

—Oh, vaya, gracias por el cumplido.

—No es un cumplido. Solo explico un hecho objetivo. Y no pasa nada. Me encantas incluso cuando tienes un día malo y le pones pegas a todo. —Solté un gruñidito como respuesta y ella se rio—. Respecto a Easton, puede que simplemente quisiera priorizar los estudios. Escuché una vez que tenía una situación complicada en casa.

—¿Ah, sí? —pregunté con interés, pues era algo que yo no sabía.

—Estuvo trabajando como becario para el profesor McGregor, como yo, y faltó en muchas ocasiones alegando problemas familiares.

—No tenía ni idea —murmuré.

Me metí la aceituna de mi Martini en la boca y me quedé pensando en ello. Recordé que una de las cosas que más me fastidiaban de que Easton sacara mejores notas que yo, era que muchas veces faltaba a clase. Me lo imaginaba en la cama, haciendo el vago o jugando a videojuegos, algo que me constaba que le encantaba. Nunca fui más allá ni llegué a imaginar que sus faltas estuvieran relacionadas con un problema real.

—Bueno, no podías saberlo. Byte era siempre muy discreto y reservado con sus cosas.

—Ya...

—Pero ahora su situación debe haber mejorado, ¿no? Su app sigue batiendo todos los récords y está saliendo contigo. Eso es un buen indicativo.

—Supongo —dije un poco insegura. La otra noche Easton se marchó de sopetón por una llamada inesperada. En un principio me molestó tanta urgencia, porque nos estábamos besando y... ¡uf! Menudos besos. Yo no sabía que los besos podían ser de aquella manera, como subirse en una montaña rusa que no termina nunca. Sin embargo, la molestia desapareció en el momento en el que vi la preocupación en el fondo de sus ojos verdes. No se estaba escaqueando ni me estaba poniendo excusas, algo había pasado para que se tuviera que marchar con tanta urgencia.

—En fin, tía, no te rayes ahora por esto. Volvamos a lo importante. ¿Cómo besa Easton? ¿Es dulce y tierno o todo lo contrario?

—Eres muy pesada con eso. No quiero hablar de sus besos.

—Pero yo sí, y fui a Filadelfia por ti. Gracias a eso pudiste darte el lote con él. Me lo debes.

—Menuda excusa de pacotilla. —Puse los ojos en blanco pero le ofrecí una respuesta—: Easton es todo a la vez. Dulce, tierno, pero también lo contrario. Lo es todo, Jordan.

—Guau, Nora, nunca pensé que una frase como esa saldría de la boca de la creadora del «Yo solo creo en las historias románticas que han escrito otros».

—Solo digo que besa bien. No es como si nos fuéramos a casar.

—Por supuesto, por supuesto.

—Estamos teniendo unas citas de prueba y luego pues ya veremos lo que pasa. Puede que dejemos de vernos.

—Ajá.

—Sigo pensando que es imposible que su algoritmo sea tan irrefutable como lo venden.

—Esa es mi chica. Obstinada hasta el final.

—O que descubramos que no tenemos química en la cama y la cosa termine allí.

Jordan lo pensó unos instantes y finalmente dijo:

—Deberíais tener sexo antes de que se terminen vuestras citas. Como una especie de despedida pactada. Así si no funciona, pues podéis poner fin al experimento sin mayores dramas,

como una experiencia que ha estado bien y que se ha acabado. Y si funciona... pues empezáis una nueva etapa juntos.

Después de decir aquello, Jordan se levantó para ir al baño y me dejó sola con mis pensamientos. La sugerencia de mi amiga no era para nada descabellada. De hecho me parecía lo más sensato. No valía la pena alargar algo que no tenía futuro, y en ese sentido el sexo era determinante. Aunque no quería apresurarme. Aún teníamos dos citas por delante y quería aprovecharlas bien.

Como si Easton me hubiera leído el pensamiento, en aquel momento recibí un mensaje suyo.

EASTON

¿Qué te parece si tenemos una cuarta cita? No sé dónde llevarte, solo sé que quiero verte.

Sentí que algo cálido se expandía en mi pecho. Me encantaba que Easton fuera tan brutalmente sincero. Sentía que con él todo estaba bien. Que había ido a toparme con el hombre más íntegro y honesto del planeta.

Y no sé por qué en aquel momento una idea descabellada pasó por mi mente. Una idea absurda, ridícula y surrealista. Algo que, bien mirado, casaba muy bien con nosotros y la tónica de nuestra relación.

Con una sonrisa en los labios le respondí:

NORA

Acepto con una condición: que pueda elegir yo el sitio.

EASTON

Hecho.

Easton



La euforia de que Nora aceptara tan fácilmente una cuarta cita quedó un poco eclipsada cuando me vi en el Bronx Zoo con Nora bautizando una maldita cuchara con mi nombre.

—¿De verdad vas a pagar por esto?

—Por supuesto que sí. Haré el donativo muy feliz y le pondré Easton a una cucaracha en tu nombre porque, además, Easton es un nombre muy de cucaracha. —La miré mal y ella soltó una carcajada—. ¿Qué? ¡Es original!

—Es asqueroso.

—No estoy de acuerdo. Vamos, Easton, todo el mundo merece un poco de amor.

Parecía tan emocionada que tuve que reírme. En realidad no sabía qué pensar del hecho de que quisiera hacerlo. Entendía la iniciativa del Bronx Zoo, pero hacer que la gente adoptara una cucaracha, le pusiera un nombre e hiciera un donativo para recibir un diploma era... extravagante. Pensé mucho en el equipo de marketing que ideó aquello porque, por loco que pareciera, allí había mucha gente haciendo lo mismo. De hecho, había una chica llorando de emoción. No de asco, sino de emoción.

—Te quiero más allá de la humanidad, Rous, porque la humanidad puede desaparecer, pero las cucarachas no.

La tal Rous volvió a echarse a llorar y yo me contuve muchísimo para no bufar, pero al mirar a Nora, vi que sonreía de un modo genuino.

—No te hacía tan romántica —murmuré.

—Oh, bueno, lo soy a mi manera.

—Entonces, ¿te haría feliz que pusiera Nora a una cucaracha?

—¡Mucho!

Me reí y accedí. Era la cita más surrealista de toda mi vida, pero minutos después los dos teníamos nuestros correspondientes diplomas por el bautizo y donativo.

—¿Y ahora? ¿Se acabó la cita? —pregunté.

—No, podemos entrar y ver al resto de animales, ¿te parece?

A mí con Nora me apetecería pasar el día incluso en el desierto. Ese fue el pensamiento que tuve en ese instante y, no voy a mentir, me aterrorizó un poco, pero si de algo estaba orgulloso era de aceptar mis sentimientos tal y como iban llegando. Yo había luchado mucho por aquello y, más aún, lo había soñado un montón de veces, así que las dudas no tenían cabida ni sentido. No las había, por mucho que a veces me pusiera a reflexionar y me sorprendiera estar sintiendo tanto por ella.

Entramos al zoo y comenzamos a pasear entre animales. Debatimos acerca de si estaba bien o mal tenerlos allí y me alegró que los dos tuviéramos ideas parecidas. Entramos a la charla sobre leones, pero Nora me hizo evitar la de las aves porque, al parecer, odiaba pensar que alguna pudiera acercarse demasiado a ella.

—No sabía que te dieran miedo las aves.

—No me dan miedo, simplemente no me gustan. ¿Sabes de esas personas que sueñan con tener una granja, o una casita en el campo y criar gallinas y cosas así?

—Ajá.

—Pues yo preferiría morirme antes.

Solté una carcajada provocada por la rotundidad de sus palabras. Fue tan repentino que tuve que pararme y Nora, lejos de reírse de mí, sonrió, como si estuviera orgullosa de provocarme esa risa. Al menos hasta que se prolongó más de lo que ella creía gracioso. Puso una mano en mi pecho como para empujarme y que dejara de hacerlo y yo la atrapé y me llevé sus dedos a los labios.

—Perdón, perdón. Solo me ha hecho gracia.

—Demasiada, diría yo.

Intenté no reírme, sobre todo porque no me pasó inadvertido que sus dedos seguían sobre mis labios y ella no hacía nada por impedirlo. La miré a los ojos y pude ver el momento exacto en que el ambiente entre nosotros cambió para volverse más íntimo, pese a que estuviéramos en un Zoo rodeado por un montón de animales y personas.

—No sabes cómo odié marcharme el otro día —confesé de pronto.

—¿Solucionaste lo que sea que ocurriera?

—Sí, más o menos.

Su interés me resultó sincero, y habría jurado que incluso había un poco de preocupación, así que bajé su mano, pero no la solté. Empecé el camino entrelazando sus dedos con los míos, sin mirarla para ver su reacción, sujetándola con firmeza pero no con fuerza, por si quería soltarse. No lo hizo. Se quedó allí, con sus dedos entre los míos y paseando en silencio hasta que, de la nada, sentí su pulgar acariciar mi mano. Fue leve, casi imperceptible, pero estaba ahí, era una caricia suya y, joder, me sentí más eufórico que si me hubiese acostado con cualquier otra mujer del planeta.

El resto del día fue en esta tónica. Nos tocamos disimuladamente, haciendo que la temperatura entre los dos subiera, pero ninguno dijo abiertamente lo que estábamos haciendo. Me gusta pensar que sí éramos conscientes de estar cambiando el rumbo de nuestra relación de un modo definitivo. Cuando no quedó un solo animal más por ver, llegó la hora de volver a la salida.

—Me lo he pasado muy bien, pese a que empezara con dudas —reconocí.

—¿Por qué empezaste con dudas? —dijo sorprendida.

—Bueno, lo de que quisieras ponerle mi nombre a una cucaracha sonaba a algo que hubiera hecho la Nora del pasado para dejar claro cuánto me odiaba.

—La Nora del pasado no te odiaba.

—¿No?

—No, solo estaba... confundida.

—¿Y ahora? ¿Sigues estando confundida?

—No te imaginas cuánto.

Lo dijo sonriendo, así que supuse que se refería a algo más... íntimo. Quería preguntarle, qué me contara todos sus pensamientos, pero me frené a tiempo y me recordé que no era buena idea presionarla para que hablara más. Habíamos pasado un día genial, la había tocado, incluso había acariciado su espalda y sus manos en algún que otro momento. Pedir más podría llevarme a que me lo negara y yo no quería que Nora me negara nada.

Aun así, cuando estuvimos en la puerta y me ofrecí a llevarla a casa, me dijo que había quedado con su hermana, así que tuvimos que despedirnos allí mismo, en la puerta.

—¿Qué te ha parecido la cuarta cita?

—Le daría un nueve —me contestó.

—¿Un nueve? ¿Por qué no un diez?

—Bueno, aún no me has besado.

Creo que si me hubiese visto a mí mismo desde fuera, me habría parecido que tenía una sonrisa de imbécil increíble, pero no me importó lo más mínimo. Enmarqué su rostro entre mis manos y la besé tal y como llevaba deseando hacerlo todo el día. Ella no tardó nada en rodear mi cintura con los brazos y aquello fue el detonante para profundizar el beso: mordisquear su labio inferior, invadir su boca con mi lengua y pegarme más, hasta que notara mi erección pulsando contra ella. Nora gimió sobre mi boca y, de no haber estado en un lugar público, le habría arrancado la ropa ahí mismo.

Sin embargo recordé dónde estábamos y, sobre todo, que las cosas con Nora eran distintas.

No quería que fuera un polvo más. Ella era... ella era otra cosa para mí. Así que, muy a mi pesar, me separé de ella, apoyé mi frente en la suya y contuve un suspiro de frustración conmigo mismo por estar haciendo aquello.

—No puedo esperar a ver cómo será nuestra quinta cita —murmuré.

Ella pareció desconcertada un segundo, pero luego sonrió, entendiendo todo aquello o eso quise yo pensar, y se despidió de mí sin decir nada, solo guiñándome un ojo y perdiéndose entre una multitud mientras yo me quedaba allí excitado, con ganas de muchísimo más e insultándome a mí mismo por no haber intentado convencerla de que anulara cualquier plan que tuviera y se quedara conmigo todo el día. Toda la semana. Todo el mes. Toda la jodida vida...

Nora



Días después de la visita al zoo, todavía era incapaz de olvidarme de nuestro segundo beso oficial. Había decidido tener amnesia selectiva y olvidarme de nuestro primer beso real, donde yo estaba borracha. Ese no era el recuerdo que quería. En cambio, del segundo tenía un recuerdo maravilloso. Y el del zoo había sido igual de bueno o mejor, lo que significaba que no se trataba de una cuestión de suerte. No es que Easton hubiera tenido un día inspirado, es que besaba como los malditos Dioses. No me importaba la incongruencia de que nadie supiera cómo besaban los Dioses, se daba por hecho que lo hacían de un modo perfectamente eficaz para que una mujer perdiera la cabeza. O así me sentía yo.

Quería tener una cita con él, la quinta, y quería... quería... quería mucho más, pero por otro lado estaba algo aterrorizada, porque la intensidad de lo que sentía por él empezaba a desbordarme, así que no me atreví a ser yo quien diera el paso, pero eso no quiere decir que no estuviera desesperada.

Por eso, cuando Easton me escribió para decirme que la quinta cita la iba a decidir él, no puse ninguna objeción.

NORA

Solo dime hora y lugar y ahí estaré.

Envié el mensaje y me pregunté si no estaba siendo demasiado complaciente. Era evidente que me apetecía aquello, pero también lo era que teníamos un pasado en el que yo no había sido especialmente cercana o simpática. De todas formas no me importaba. Por primera vez estaba experimentando algo más que una simple atracción. En los últimos días incluso había tenido momentos de pensar que, si Easton besaba así, no quería ni imaginar cómo era en todo lo demás y quizás, con suerte, su experiencia y buen hacer no pondrían en evidencia lo mal que a mí se me daba. Ese tema me ponía nerviosa, pero en cuanto estaba con él conseguía olvidarme por completo de mis miedos. Algo que era muy de valorar.

Easton me pidió que fuera a las oficinas por la tarde, pero no me dio más datos, así que me pasé todo el día nerviosa, sin saber qué ponerme, porque no tenía ni idea de dónde sería la cita. Podría haberle preguntado a dónde iríamos pero no quería parecer desesperada, así que al final me puse un vestido bonito, no demasiado elegante pero que sí encajaba en un montón de entornos y situaciones.

Llegué a la oficina con cierta curiosidad, sobre todo cuando me guiaron hacia su despacho y me di cuenta de lo grandes que eran las instalaciones. Cuando la puerta de su oficina se abrió me quedé con la boca abierta. La pared del fondo no era pared, sino una cristalera que hacía que el despacho fuera de película. Ni siquiera pude concentrarme en la inmensa mesa de Easton, o en su sillón de jefazo, o en él mismo. Esa cristalera me dejó momentáneamente noqueada.

—¿Has tenido problemas para encontrar la oficina?

Me concentré en el increíble hombre que se levantaba y se acercaba a mí con un traje hecho a medida, perfectamente peinado, pese a que ya era por la tarde, y una sonrisa que hizo latir mi corazón muy por encima del ritmo deseado y recomendado.

—No, ha sido fácil y la gente que trabaja aquí es muy simpática.

Su sonrisa se ensanchó y yo estuve a punto de caerme por el temblor de rodillas que sufrí. Qué estupidez, me sentía tonta reaccionando así, pero no podía evitarlo, así que intenté desviar la atención cuanto antes para que no se notara mi nerviosismo repentino.

—¿A dónde vamos a ir?

—A ninguna parte. —Su mirada se tornó dulce, casi de disculpa—. Perdón, debí decirte que la cita era aquí.

—¿Aquí?

—Quiero enseñarte las instalaciones de *Sincronizados* y explicarte un poco qué hacemos aquí, si es que te apetece y te resulta interesante.

En un principio me quedé sorprendida, pero tardé pocos segundos en averiguar lo que aquello significaba: conocer una faceta de Easton que, hasta el momento, había sido completamente ajena a mí. Teníamos muchos conocidos en común y sabía a qué se dedicaba, más o menos, pero nunca había preguntado sobre el tema manteniendo que no me importaba. Si era sincera conmigo misma había desmerecido muchas veces su trabajo porque yo no creía en esa aplicación suya. O no había creído hasta el momento en que nos conectó. En aquel instante de mi vida no podía negar que no hubiese acertado, al menos en la química tan increíble que teníamos. No podía decir que sintiera que Easton era el amor de mi vida, pero desde luego era alguien con quien parecía encajar a la perfección, aunque aquello me dejara estupefacta incluso a mí.

—Me parece estupendo.

—¿De verdad?

El modo en que lo dijo... como si le hiciera ilusión que me pareciera bien, me derritió por completo. Sonreí con sinceridad y asentí.

—De verdad, estoy deseando que me cuentes todos los entresijos de *Sincronizados*.

Él sonrió y me llevó fuera de las oficinas, guiándome a través de las instalaciones y explicándome todos los datos técnicos. Como mujer que había creado mi propia empresa, me resultaba fascinante ver el modo en que estaba planteado todo. Pero, además, cuando el recorrido

estaba acabando y me dijo que el edificio tenía una terraza con vistas impresionantes, me di cuenta de que para él su empresa era algo más que un trabajo, al igual que para mí. Easton de verdad había puesto todo su empeño en conseguir que aquello saliera bien y, cuando comenzó a hablarme de sus motivaciones, entendí mucho más de lo que nunca creí posible.

—Mi madre tiene esquizofrenia. —Lo dijo pretendiendo sonar casual, pero me bastó mirarlo para darme cuenta de que su postura era rígida y, aunque tenía las manos en los bolsillos de su traje, no parecía relajado en absoluto—. Mi primera idea, la verdadera motivación de todo esto era crear una App que pudiera ayudarla a ella y toda la gente que sufre una enfermedad de este tipo. Quiero hacer una App que sirva para que la gente con problemas de salud mental pueda hacer un seguimiento de sus medicamentos, síntomas, posibles dudas e, incluso, posea un botón de emergencia que los conecte directamente con especialistas de la salud que puedan ayudarlos en caso de emergencia.

—Wow. Es un proyecto increíble. Aunque no entiendo qué tiene que ver con *Sincronizados*.

—Financiación. —Su sonrisa fue un poco triste y aquello me partió el corazón—. A los inversores les interesa mucho más una aplicación que promete conectar a personas que son almas gemelas, que una aplicación médica que solo usará una parte de la población. No tengo financiación para llevar a cabo el proyecto que quiero, pero si *Sincronizados* sigue funcionando como hasta ahora y conseguimos inversores... tal vez pueda conseguir junto con Ryan, mi socio, empezar a crearla.

—Entonces *Sincronizados* es el puente, ¿no?

—Algo así. Aunque la App existe, es real, el algoritmo funciona y creo en él. Puede que al principio me mantuviera un poco escéptico, pero cada día estoy más convencido de lo fiable que es y lo mucho que funciona. —lo dijo mirándome a los ojos, haciéndome entender que era muy consciente de que ese mismo algoritmo sostenía que nosotros éramos almas gemelas.

Para ese entonces habíamos llegado a la terraza y mi nerviosismo era tal, que miré a un lado carraspeando, intentando serenarme. Fue entonces cuando me di cuenta de que Easton tenía razón y desde allí había unas vistas privilegiadas. La ciudad se alzaba ante nosotros, poderosa y

atrayente como solo Nueva York podía hacerlo. Inspiré, sobrecogida, y hablé sin mirarlo.

—Eres un gran hombre, Easton Parker. Y estoy segura de que conseguirás hacer todo lo que te propongas. Por tu madre y por millones de personas que, como ella, necesitan ayuda constante.

No lo vi, pero sentí sus dedos entrelazados con los míos, apretándome y haciéndome saber lo mucho que valoraba mis palabras.

Estuvimos en silencio unos minutos y, al final, el frío hizo acto de presencia y Easton decidió que era hora de bajar de ahí. Por el camino fue hablándome de datos técnicos de nuevo, dejando atrás el momento sentimental que habíamos vivido solo minutos antes.

Él hablaba y hablaba pero yo podía oírlo solo a medias. Todo me daba vueltas. Lo que me había contado de su madre y el modo en que se había sincerado, lo del algoritmo de la App, nuestros besos pasados y las ganas que tenía de besarlo de nuevo.

No es de extrañar que, cuando llegáramos al despacho, yo fuera un manojo de nervios y tensión anticipada. Me quedé mirando la cristalera fijamente durante lo que a mí me pareció un segundo, pero debió ser más, porque Easton llamó mi atención.

—¿Estás bien?

No. No estaba bien. O sí, estaba demasiado bien. Sentía que Easton había irrumpido en mi vida pese a que hacía años que nos conocíamos. Toda esta faceta nueva me tenía completamente cautivada y esa cristalera... esa cristalera no salía de mi cabeza. Quizás porque la noche había caído, la luz del despacho era tenue, cálida y acogedora, y los trabajadores se habían marchado ya a casa, propiciando que las fantasías que transcurrían en mi cabeza prácticamente me dominaran.

—No dejo de preguntarme cómo sería eso que tanto he leído en las novelas sobre tener sexo en un lugar así. Contra un lugar así —susurré mirando la cristalera. Me di cuenta de inmediato de que lo había dicho en voz alta y cerré los ojos, avergonzada—. Dios, lo siento. Estoy...

Me reí falsamente y carraspeé, intentando recuperar el control, pero Easton no me lo permitió. Sujetó mis hombros desde atrás, como si fuese a masajear o girarme, pero sin hacer

nada de eso.

—¿Qué tal si lo comprobamos?

No podía verlo, pero su voz sonaba grave, ronca y peligrosa en el mejor sentido posible de la palabra. Me reí de nuevo, como si estuviera de broma, pero cuando intenté girarme, él dio un paso adelante, se pegó a mi espalda, rodeándome en un abrazo que me hizo sentir asfixiada y más reconfortada que nunca al mismo tiempo.

—Easton...

Me separé de él, nerviosa y casi como un animalito acorralado. Caminé hacia la cristalera para poner distancia entre nosotros y solo entonces me giré y lo miré. Lo que vi... lo que vi en sus ojos es algo que no olvidaré nunca.

Nora



Los ojos de Easton me miraron con intensidad antes de empezar a acortar la distancia que nos separaba. El corazón empezó a latirme como loco, y el pulso se me desbocó. Abrumada por el nudo de emociones que empezó a desatarse en mi pecho, di un paso hacia atrás y mi espalda chocó contra la vidriera.

—Estamos locos —susurré levantando la mirada para que nuestros ojos se encontraran.

—Sí, bueno, yo estoy rematadamente loco por ti. —Los brazos fuertes de Easton me enjaularon, y una sonrisa torcida y algo canalla se dibujó en sus labios.

Bajó su rostro hacia el mío y nuestras frentes se tocaron. Sentí que todo mi cuerpo temblaba un poco por anticipación, a sabiendas de lo que estaba a punto de pasar entre nosotros.

—No tienes cámaras aquí dentro, ¿no? —pregunté, más por los nervios que por otra cosa.

Él rio un poco y bajó su boca hasta mi oreja. Sentí un estremecimiento en la piel de mi cuello cuando el aliento de su boca me acarició al hablar.

—No las tenemos, lo que es una lástima. Sería interesante tener un recuerdo gráfico de lo que está a punto de pasar.

Empezó a besarme el cuello, subiendo, bajando, cambiando de dirección, y volviendo a empezar. Se lo estaba tomando con calma, recreándose en los momentos previos, y toda aquella parsimonia me estaba matando. Jamás había estado tan mojada y excitada.

En aquel momento me dije que los caminos del deseo eran inescrutables.

—Nunca pensé que tú y yo terminaríamos así —confesé, dejando escapar una breve risa que sonó ronca.

Sentí la sonrisa de Easton en la piel de nuca.

—Yo tampoco, aunque, siendo honesto conmigo mismo, no me sorprende.

—¿Ah, no? Pero ¡si nos odiábamos! Y ahora...

—Yo nunca te he odiado, Nora.

Su voz sonó firme, segura, y por primera vez en todo aquel tiempo lo creí. Lo que resultó desconcertante.

—No lo entiendo. Eras un borde conmigo.

—Porque no quería distracciones, y tú eras una distracción.

—¿Una distracción?

Easton se separó un poco para mirarme a los ojos.

—¿Sabes cómo funciona una IA de creación de imágenes? —Yo negué con un movimiento en la cabeza—. Tú escribes detalladamente la imagen que quieres que la IA te genere y esta te devuelve un resultado.

—Ajá. —No tenía ni idea a donde quería llegar.

—Pues si yo escribiera en una IA la descripción de mi mujer ideal, saldrías tú. Porque eres... exactamente el tipo de chica que me gusta. ¿Lo entiendes ahora?

—No mucho —musité confundida.

—Siempre me pareciste preciosa, Nora. Eres justo mi tipo. Además de interesante, inteligente y sexy. Siempre supe que sería peligroso acercarme demasiado a ti.

—¿Por qué?

—Porque corría el riesgo de enamorarme.

Mi corazón cayó al suelo, rebotó y volvió a insertarse en mi pecho.

—Pensaba que a Byte solo se le daban bien los números, pero ya veo que también domina las palabras.

—Pues aún hay algo que se le da mejor que eso...

Easton acercó su boca a la mía y nos fundimos en un beso lento y suave. De nuevo, no había prisa. Se tomó su tiempo para acariciar mis labios con los suyos y para hacerme sentir importante.

Easton estaba calentito y olía muy bien. Y estar entre sus brazos me hacía sentir segura y protegida. Era la primera vez que estaba con un hombre que no me hiciera sentir ganas de hacerlo rápido para obtener una recompensa y marcharme. Con Easton quería saborear cada paso, hacerlo lento, disfrutar del proceso y no de la meta. Con él no quería el sexo *fast food* que había tenido hasta ahora. Quería un plato degustación de Estrella Michelin.

No sé cuánto rato estuvimos besándonos así, sin lengua, sin prisas, solo sé que en un momento dado algo cambió. Quizás fue sentir la erección de Easton contra mis muslos cuando se apretó contra mí. O quizás fue ser consciente de mi propia excitación que a esas alturas tenía mis braguitas completamente mojadas. Fuere como fuere, ambos supimos que queríamos escalar, que aquello se nos había quedado corto, que necesitábamos más, así que cuando la lengua de Easton salió de su boca para encontrarse con la mía yo ya estaba esperándolo.

A partir de aquí todo aumentó de intensidad.

Nos comimos la boca como si ya estuviéramos haciéndolo, en ese tipo de beso que es más sexo que otra cosa. Mis manos se deslizaron bajo su camiseta con necesidad de sentir piel y las suyas empezaron a tocar y agarrar carne por todas partes.

Sentía mi sexo palpar con necesidad de más, de todo, y cuando Easton empezó a acariciarme por encima de la ropa, dejé escapar un gemido cargado de alivio que Easton silenció con un nuevo beso.

Dios, estaba segura de que podría correrme solo con eso. Con las caricias de Easton sobre mi ropa. Sin embargo, Easton estaba pensando en otra cosa. Detuvo todos sus movimientos en

seco, dio un paso hacia atrás para mirarme y luego esbozó una sonrisa ladeada.

—Desnúdate.

Era una orden, y en lugar de molestarme, me gustó. Porque Easton me miraba con las pupilas dilatadas por el hambre y ser consciente de su deseo aumentó aún más el mío.

Me desabroché el vestido con calma, dejando que cayera sobre mis pies. Luego me quité el sujetador, las medias y las braguitas. Me agaché con intención de quitarme los zapatos cuando su voz enroquecida me sorprendió:

—Déjatelos puestos. Los zapatos. No te los quites.

Una nueva orden.

¿Por qué esa versión autoritaria de Easton me ponía tanto?

Volví a enderezarme y sentí la mirada de Easton sobre mi cuerpo desnudo. Nunca me había sentido así de expuesta y vulnerable. Además, era consciente de que detrás de mí había una vidriera que dejaba ver todo Manhattan, lo que hacía que aquello me hiciera sentir más expuesta.

Sin embargo, todos aquellos pensamientos no tenían importancia en comparación a la forma en la que Easton me miraba como si yo fuera la cosa más jodidamente hermosa del universo.

Y su voz me confirmó que era eso justamente lo que pensaba:

—Eres tan bonita, Nora. Quiero dártelo, todo, nena. Quiero darte todo y más.

Se acercó a mí despacio, como un depredador se acerca a su presa, y volvió a besarme. Mi espalda desnuda chocó contra la cristalera. El contraste del frío vidrio y el cálido cuerpo de Easton fue deliciosamente excitante.

Me hizo tirar la cabeza hacia atrás para que el beso fuera lo más profundo posible, y luego, abandonó mi boca y empezó a besar y lamer mi cuerpo desnudo. Se metió uno de mis pechos en la boca, succionó, lamió, mientras con la otra mano apretaba y pellizcaba el otro.

Siguió su recorrido hacia el sur, besando mi ombligo y besando mi pubis. Finalmente, acabó arrodillado frente a mí, con su cabeza entre mis piernas y su lengua entre mis muslos.

Para tener un mayor acceso, Easton acomodó mi pierna derecha en su hombro y siguió besándome allí. Primero por fuera, después por dentro. Deslizó su lengua entre mis pliegues y

me recorrió la hendidura de abajo a arriba hasta terminar la ruta en mi clítoris.

—Oh, Dios —murmuré cuando se lo metió en la boca y succionó.

—Joder, nena. Qué bueno —farfulló devorándome.

Siguió lamiendo, succionando, volviéndome loca con su boca de tal manera que los gemidos y jadeos se convirtieron en una constante. Podría haberme corrido entonces, sin embargo, yo no quería acabar tan rápido. Quería hacer de aquel orgasmo un premio aún más memorable.

Le cogí del pelo y tiré de él hacia atrás.

—Tú turno —dije jadeando. Easton me miró sin entender, con los labios hinchados y humedecidos y decidí ser algo más específica—: Ahora quiero ser yo quién te pruebe a ti.

Los ojos de Easton brillaron con entendimiento. Se puso en pie y yo le cedí mi puesto frente a la cristalera.

—Desnúdate —ordené, usando su misma petición. Si íbamos a darnos órdenes, yo también quería participar.

Easton no protestó. Ante mis anhelantes ojos, empezó a quitarse la camisa y el resto de ropa, que fue acumulando en un pequeño montoncito a su lado. Lo último que se quitó fue los bóxers, y cuando descubrí su enorme erección, me relamí los labios con ganas.

—Buen chico, preparado por mí —dije arrodillándome.

—Llevo toda mi vida preparado.

Me reí un poco antes de lamerle la punta y metérmela en la boca. El sexo oral era algo que no solía gustarme demasiado practicar, aunque lo hacía como una especie de compensación mutua. Sin embargo, en el caso de Easton, realmente deseaba lamerle la polla, sentirla en mi boca y hacerle perder la cordura con la misma intensidad que él me había hecho perder la cordura a mí.

Y eso hice, por supuesto. Después de chupar un poco más la punta y lamer la gota dulce de líquido seminal que me dio la bienvenida, me la metí toda hasta el fondo y succioné. Easton gruñó y acompañó mis movimientos con los movimientos de sus propias caderas. Lo miraba mientras me llenaba la boca con su erección, disfrutando de cada una de sus expresiones de

placer.

Me sentía poderosa teniéndole a mi merced, parando de pronto, frustrándolo, volviendo a empezar... Dios, resultaba tan excitante. Con su miembro en mi boca, todas las inseguridades respecto al sexo se desvanecieron. Por primera vez no estaba haciendo aquello de forma rutinaria, al contrario.

—Quiero correrme, pero no quiero hacerlo en tu boca. Ven. —Me ayudó a levantarme del suelo y antes de que pudiera preguntarle qué quería hacer, volvió a empotrarme contra la ventana.

Mi espalda chocó contra el vidrio. Easton se agachó unos instantes entre su ropa y sacó un condón de la cartera y se lo puso. Volvió a besarme y me apretó contra él unos instantes antes de separarse para poder mirarme a los ojos.

Con delicadeza, me subió un muslo hasta su cadera y lo dejó allí. Estábamos en la posición perfecta. Easton solo tenía que adelantar las caderas para penetrarme.

—Pídemelo.

Entendí lo que quería que dijera.

—Fóllame, Easton. Hazme tuya.

Mirándome a los ojos, Easton me embistió en una estocada profunda. Gemimos a la vez, tirando nuestras cabezas hacia atrás. Estar llena de Easton era... maravilloso. Acababa de descubrir que había una sensación mucho mejor que la de ganar a Easton en una competición o discusión. Tenerlo dentro era infinitamente mejor.

Easton volvió a besarme y empezó a moverse, primero lento, después rápido. Yo moví las caderas a su ritmo, haciendo que las embestidas fueran siempre profundas.

—¿Por qué hemos perdido tanto tiempo discutiendo si podíamos haberlo aprovechado haciendo esto? Se nos da infinitamente mejor —preguntó sin dejar de moverse, entre beso y beso.

—Ummmm... Sí. Pero es que discutir también se nos da genial —jadeé, dejando escapar una pequeña risa.

—Un día deberíamos probar lo de follar mientras discutimos.

—O discutir follando.

Un breve silencio que los jadeos y gemidos llenaron. Luego:

—Deberíamos ampliar el periodo de citas.

—¿A cuántas?

—¿Indefinidas?

Easton entraba y salía de mi interior en movimientos rítmicos, rápidos y certeros. Nunca imaginé que Easton fuera tan bueno haciendo aquello, aunque, para ser honesta, antes de empezar con todo ese rollo de la app, no había perdido mucho tiempo en imaginarme a Easton en situaciones tan comprometidas.

—Definitivamente fue buena idea mantenerse alejado de ti durante la universidad —gruñó con la respiración acelerada, aumentando la presión de su agarre y de sus embestidas.

—¿Ah? —pregunté demasiado confundida por el placer como para atenderle.

—Me habría pasado toda la puta carrera enterrado dentro de ti. Hubieras sido mi perdición.

Volvimos a deshacernos en un nuevo beso lleno de lengua y saliva, de ganas y deseo. Easton me cogió por los glúteos, montándome sobre él, y yo enrosqué mis piernas en sus caderas y mis brazos en su cuello. Mi espalda seguía apoyada sobre el vidrio, que ya no estaba tan frío, y cuya condensación empezaba a ser latente en la zona en la que nos encontrábamos.

Easton volvió a los empujones y yo a mover las caderas buscando el encuentro y acelerando lo que estaba por venir.

—Joder, Nora, creo que voy a perder la puta cabeza.

Y la perdió. Vaya si la perdió. La perdió él y la perdí yo. Porque nos corrimos a la vez, cayendo por el mismo precipicio. Todo mi cuerpo se convulsionó en uno de los orgasmos más intensos que había tenido en mi vida.

Me bajó minutos después, cuando conseguimos recuperar el control de nuestros cuerpos y nuestras respiraciones. Una vez liberada de toda esa tensión, me sentí cohibida y avergonzada. Porque estaba desnuda en su despacho y la desinhibición inicial había dado lugar a otra cosa. A

la conciencia.

De cuclillas empecé a buscar mi ropa entre la suya, pero tiró de mi mano para volverme a poner en pie.

—¿Qué haces? —preguntó con la voz tomada.

—Vestirme.

—¿Por qué?

—Me siento un poco violenta estando en tu despacho así desnuda. Además, ya lo hemos hecho. Supongo que ya está.

—¿El qué ya está?

—Ya lo hemos hecho, ya has comprobado por ti mismo que el sexo no se me da demasiado bien y...

—¿Estás de coña? Acabo de tener el sexo más alucinante de mi puta vida, ¿es que solo yo ha sentido eso?

Negué con la cabeza, confusa y desconcertada.

—Yo también lo he sentido, pero...

—¿Pero?

—¿De verdad no lo he hecho mal? —pregunté con timidez. Porque para mí había sido una locura y había disfrutado como nunca, pero tras el clímax no sabía si solo había sido algo unidireccional.

Easton sonrió con dulzura y me estrechó entre sus brazos.

—No sé que tipo de imbécil te ha hecho creer algo así, cielo, pero está claro que sus palabras solo buscaban herir tu autoestima y generarte inseguridad, porque eres una diosa. De hecho, lo haces tan bien que deberías ser ilegal. Y no vamos a salir de esta oficina hasta que tú misma te des cuenta de que tengo razón.

—¿Qué? —Se me escapó una risa incrédula.

—Seguro que en las novelas que lees hay más escenas que podamos recrear. Como por ejemplo —me tomó en brazos y me sentó en su mesa—, el polvo sobre el escritorio. Un clásico.

—¿Quieres hacerlo encima de la mesa donde trabajas?

—Por supuesto que sí, para acordarme de ti cada vez que venga a la oficina.

Y, entre risas volvimos hacerlo. Una, dos y hasta tres veces más. Y bueno, sí, puedo decir que consiguió su objetivo. Porque después de aquella noche mis inseguridades hacia el sexo se hicieron mucho más pequeñas y débiles.

Nora



El lunes llegué a la oficina con una sonrisa deslumbrante en la cara. Después de haber pasado un fin de semana enredada entre las sábanas de Easton, era una mujer sexualmente satisfecha. También somnolienta, porque habíamos dormido entre poco y nada. Pero sexualmente satisfecha.

Me sentía en una nube. Por primera vez en mi vida podía entender de lo que hablaban las novelas y las canciones de amor. Ya no era algo ajeno a mí. Y experimentarlo por mí misma era maravilloso. Aunque me daba algo de rabia, no os creáis. Cuando los escépticos en el amor se enamoran, son los primeros en avergonzarse de sí mismos. Sin embargo, lo bueno ganaba a lo malo por goleada.

Me pasé la mañana revisando algunos documentos e informes, y a la hora del almuerzo busqué a Jordan para comer juntas. Pedimos unos sándwiches en la cafetería de siempre y los comimos en la salita de descanso.

—¿Qué te pasa en la cara? —me preguntó Jordan tras unos minutos de charla insustancial.

Yo fruncí el ceño sin comprender, saqué el móvil, me miré en él, y tras comprobar que todo

estaba bien, pregunté:

—¿Qué le pasa?

—Estás sonriendo. Todo el rato. En ti, eso es un fenómeno paranormal.

—Oh, venga, yo sonrío.

—Pero no tanto.

—¿Acaso prefieres que no lo haga? —pregunté empezando a molestarme y abandonando al fin mi sonrisa.

Vale, Jordan tenía razón. Pero ¿hacía falta hacerme sentir mal en un buen momento?

—No es eso, es solo que te conozco. ¿Hay algo que haya pasado en tu vida estos últimos días para que no puedas dejar de sonreír? No sé, algo como que un chico guapísimo de ojos verdes con el que solías llevarte mal te haya empotrado contra una pared, por ejemplo.

Quise poner los ojos en blanco, pero se me escapó una sonrisa.

—Caliente, caliente. Porque en lugar de empotrarme contra una pared, lo hizo contra la cristalera de su despacho.

—¿Qué? ¿Has tenido sexo en el despacho de Byte? Nora, ¿por qué no me habías dicho nada? Me enviaste un mensaje ayer para preguntar por el diseño del *packaging* de la siguiente suscripción y no me contaste nada sobre esto. ¡Te parecerá bonito!

—Pero es que en aquel momento tenía un asunto importante entre manos. O, mejor dicho, entre las piernas.

—Dios, no puedo creer que tú hayas dicho eso —dijo Jordan carcajeándose.

A fin de cuentas hablar de sexo no era algo que hiciera a menudo. Quizás porque hasta entonces el sexo para mí era algo mecánico que estaba relacionado solo con el placer, no con nada más.

—Entonces, preveo más citas en el horizonte.

Asentí.

—Aunque aún estoy haciéndome a la idea de que me guste Easton Parker... sí. Habrá más citas.

Nos sumergimos en un breve silencio en el que Jordan me observó fijamente.

—No me lo vas a decir, ¿verdad?

—¿El qué?

—El tamaño de su fondo de armario.

Me reí.

—¿Qué clase de metáfora es esa?

—No lo sé, creí que a lo mejor sin hablar directamente de ello soltarías prenda.

Negué con la cabeza y busqué la manera de darle información sin ser demasiado específica.

—Digamos que es uno de esos roperos que son mucho más amplios y grandes de lo que dirías a simple vista.

—¿Con capacidad para accesorios y todo?

—Ajá. Y con zapatero incluido.

—Guau.

Nos pasamos la siguiente hora hablando del armario ropero, de Easton y de mi fin de semana, y lo hice feliz por tener por primera vez algo que contarle. Jordan solía ser la que me iluminaba con su vasta y variopinta vida sexual y sentimental.

Quedamos en cenar juntas aquella noche, así que después de terminar la jornada laboral nos reunimos a la salida del trabajo y empezamos a andar por la calle transitada camino al metro mientras decidíamos dónde podíamos ir. Sin embargo, apenas dimos unos pasos, pues la voz grave y sexy de un hombre que a esas alturas conocía bastante bien nos detuvo.

Easton estaba de pie frente a su coche y sonrió tanto como yo cuando nuestras miradas se encontraron.

—Dios, exceso de azúcar. Me abro —dijo Jordan saludando a Easton con un movimiento de mano que fue correspondido.

—¿No te importa? Sé que íbamos a cenar, pero...

—Cariño, ve y disfruta con tu hombre. Nos vemos mañana.

Mi hombre... ¿por qué aquello sonaba tan deliciosamente bien?

Nos despedimos con un abrazo y corrí hasta Easton. No supe muy bien cómo saludarlo, así que fue él el encargado de romper la tensión estrechándome entre sus brazos y dándome un beso intenso y largo.

—¿Del 1 al 10 cuánto te gustan este tipo de sorpresas?

—¿Un 20?

Compartimos una mirada llena de cosas no dichas, nos subimos al coche y Easton se incorporó al tráfico.

—Deja de mirarme —le pedí tras descubrir en varias ocasiones sus ojos fijos sobre mí.

—¿Por qué?

—Porque aunque no lo parezca tengo aprecio por mi vida y no quiero que tengamos un accidente.

—Lo siento —dijo concentrándose en la carretera—. Eres tan jodidamente bonita que me pasaría el día mirándote si pudiera.

—En ese caso ya te pasaré una foto, pero ahora mira enfrente.

—Um. Buena idea. ¿Podrías hacértela desnuda?

—¿Qué? ¡No! ¿Por quién me tomas?

—Es que si vestida eres bonita, desnuda eres una Diosa.

Se me escapó una carcajada avergonzada y un manotazo que voló hacia su brazo.

—Deja de ser tan cursi o voy a vomitar.

—Doy asco, lo sé. Pero todo es por tu culpa. Luego te daré tú merecido por haberme convertido en un despropósito de persona.

—¿Y cómo lo harás?

—Pues verás, empezaré por meterte mi gran... —Nunca llegué a saber qué quería meterme, porque su móvil empezó a sonar en el salpicadero. Leí la palabra «mamá» en la pantalla antes de que Easton respondiera.

—Hola, mamá, ¿qué pasa?

—Hijo, necesito que vengas, es urgente —la voz de su madre sonó demandante.

—¿Por qué? Me pillas en mal momento, estoy liado con algo y...

—Siento interrumpir tu ajetreada vida de hombre importante, pero me he quedado sin luz y necesito que lo soluciones.

—¿Has mirado el cuadro de los diferenciales?

—¿El cuadro de qué?

—La última vez que te pasó tenías el general bajado y te expliqué cómo subirlo. Es muy sencillo. Solo tienes que darle a la palanca.

—No tengo ni idea de lo que me hablas. ¿Vas a venir o voy a tener que hablar con un electricista?

Easton resopló y empecé a atar cabos. No quería crearme una idea equivocada, pero de todas todas, aquella no era forma de que una madre le hablase a su hijo. Easton me había hablado de su trastorno, entendía que la mujer no estuviera bien, pero, nada justificaba su tono de voz y exigencias.

—Está bien, mamá, voy para allá.

La llamada se cortó y noté a Easton tensionarse. La burbuja de felicidad que nos había acompañado hasta entonces explotó como un globo que vuela libre por el cielo y es atacado por el pico de un pájaro cruel.

Atormentado, Easton se detuvo en un semáforo y se giró hacia mí.

—Oye, ¿te importa que pase por casa de mi madre un momento?

—No, para nada.

El trayecto hasta casa de su madre lo hicimos en un silencio tenso y cuando llegamos tardó un poco en salir del coche tras aparcar. Se notaba que aquella visita obligada le apetecía entre poco y nada.

—¿Quieres subir? —preguntó por deferencia.

—No, tranquilo. Prefiero quedarme esperando aquí. Ve sin prisas, ¿vale?

—Ahora regreso.

Lo vi entrar en el edificio con la cabeza gacha y algo dentro de mí se removió. Fue un

sentimiento ya enterrado y olvidado. Ese que tenía que ver con mi padre, el hombre que arruinó mi infancia y la de mi hermana. Pensé que quizás Easton y yo teníamos muchas más cosas en común de las que yo creía. Y que, debajo de todas las capas de hostilidad que nos habían acompañado en el pasado, escondíamos los mismos miedos y traumas.

Puede que, Easton y yo a fin de cuentas, siempre hubiéramos estado más cerca de lo que creíamos.

Easton



Entré en casa de mi madre intentando contener mi hartazgo, no de ella, sino de toda aquella situación. No podía creerme que tuviera a Nora esperándome en el coche mientras yo estaba allí para... para nada. Nada importante, al menos, porque cuando entré en casa mi madre estaba durmiendo tranquilamente junto a la ventana.

—Hola, mamá. —Ella abrió los ojos de inmediato, lo que me demostraba que solo estaba en duermevela.

—Hola, hijo, menos mal que estás aquí, se está haciendo de noche y sigo sin luz.

No respondí, pero me fui directo al cuadro generador y me di cuenta de que, en efecto, no era nada grave y solo había saltado la palanca. La subí y oí la exclamación de alegría de mi madre

—Deberías arreglarlo para que no falle más.

—No es un fallo como tal, mamá. Seguramente saltó por algún sobrecargo de energía.

—Tonterías, no he hecho nada que no haga cada día.

No respondí, pero fui a la cocina y me fijé en la botella de vino que había sobre la

encimera... medio vacía.

—Mamá, ¿has vuelto a beber?

—Nada, una copa. En la tele dicen que una copa al día es muy buena para el corazón.

—Mamá, tomas una medicación muy fuerte. No deberías beber.

—¡Esto sí que es bueno! ¿Estás riñéndome como si fuera una niña? —preguntó a la defensiva—. ¡Soy tu madre, chico! Te he criado, sé muy bien lo que hago.

No, no lo sabía. O lo sabía a ratos, en los momentos buenos, pero en los malos sus decisiones dejaban entrever que estaba muy lejos de poder apañárselas por su cuenta.

—¿Dónde está la cuidadora?

—En su casa. La eché.

—¿Otra vez? Hemos hablado de esto.

—¡No, Easton! No hemos hablado de nada. Tú decidiste que la necesitaba y yo que no. No tengo por qué aguantar a nadie en mi casa si no quiero.

Me mordí la lengua con rabia, porque era una mujer enferma, pero había días en los que me costaba mucho entender ciertas decisiones. Y me costaba aún más no tenerle algún tipo de rencor.

—Bueno, la luz está arreglada así que yo me voy.

—Pero... ¿No vas a hacerme la cena?

—Para eso contraté a una persona, pero al parecer no la necesitas, ¿no?

Me miró con tanta lástima que no pude resistirme. Le acabé haciendo un sándwich rápido y se lo puse todo en la mesa. Esperé a que estuviera comiendo y me despedí de nuevo, esta vez de verdad, pese a sus intentos de chantaje para que me quedara. No cedí y, mientras bajaba las escaleras, me recordé a mí mismo muchas veces que no era un mal hijo por ello. Iba a verla muchísimas veces al cabo de la semana, era parte de mi vida, pero no podía pasar todo mi tiempo libre con ella. Tenía que hacer mi propia vida y cuando vi a Nora en el coche, esperando tranquilamente mientras miraba su teléfono me di cuenta de que todo era mucho más complicado de lo que parecía, porque aquella interrupción no era algo puntual. Mi madre irrumpía en mi vida

así varias veces a la semana y si Nora iba a estar conmigo, acabaría sufriendo todo aquello de un modo u otro. Era inevitable.

Aquella misma tarde yo tenía planeado algo divertido. Quería llevarla al parque de atracciones de Coney Island, pero en aquel instante no tenía ánimos para hacerlo y, cuando subí al coche y se lo comenté, por si le apetecía, me dijo que no, que podíamos hacerlo otro día.

—¿Por qué no vamos a mi casa? Estaremos tranquilos y solos.

Era un buen plan. Además, no había estado en su casa y tenía curiosidad. Siempre habíamos ido a la mía, así que conduje hasta allí y dejé que la música envolviera el ambiente. Nora no dijo nada y por un momento pensé que no lo haría, pero cuando llegamos y me enseñó su piso, mucho más acogedor y bonito que el mío, no se andó con tonterías.

—¿Qué te parece si hago una infusión y hablamos de lo que sea que ha hecho que tu entrecejo se frunza de ese modo todo el tiempo?

—He disimulado mal mi estado de ánimo de mierda, ¿eh? —pregunté sarcástico.

—Cariño, desde que has salido de casa de tu madre ha sido como ver a otro Easton. Uno mucho más deprimido de lo que he visto nunca.

No sé si fue el apelativo cariñoso, que me calara tan bien o su preocupación sincera, pero sea como fuere me senté en su sofá y, antes de poder darme cuenta de lo que hacía, le conté todo acerca de mi madre. No solo sobre su enfermedad, sino sobre los derivados de ella y su comportamiento desde que yo tenía memoria.

—No sé mucho sobre esquizofrenia, así que no quiero pecar de ser injusta, pero tal y como lo cuentas, parece que, además de su enfermedad, tiene problemas de límites. O más bien falta de ellos.

—Los tiene. Y es muy complicado. Nunca sé cuánto se debe a la enfermedad y cuánto es manipulación pura y dura. —Me dolió tanto decir aquello que sentí la necesidad de excusarme—. Quiero a mi madre, de verdad, pero...

—No tienes que excusarte. Debe ser sumamente difícil gestionar algo así. —Suspiró, cogió una de mis manos y la llevó a su regazo, acariciando mis dedos mientras se concentraba en ellos

—. Sentía algo parecido con mi padre. Gracias a que Becca siempre lo tapó, yo nunca fui consciente de hasta qué punto era un manipulador y mala persona. Al menos hasta que se pasó de la raya con mi hermana, extorsionándola y chantajeándola.

—Algo había oído —confesé—. Debió ser muy complicado para ella.

—Lo fue, sobre todo porque no se lo merecía, igual que tú no te mereces que sea tan demandante contigo. No son situaciones comparables, pero sé lo que se siente. Cuando supimos que mi padre murió en la cárcel sentí alivio, Easton. —La miré a los ojos, pero ella parecía avergonzada—. No se lo he contado a nadie, ni siquiera a Becca, porque me siento una pésima persona, pero sentí alivio porque ya no iba a poder chantajearnos con nada nunca más. Éramos libres.

—No eres una mala persona —dije con la voz ronca, conmovido por sus sentimientos, pero también por lo que provocaba en mí—. Es completamente normal que te sintieras así. A veces... —No quise decir en voz alta lo que estaba pensando, así que carraspeé y miré a otro lado—. He pensado muchas veces que mi madre necesita límites pero, a estas alturas, no sé cómo ponerlos sin empeorar las cosas. Después de todo es una persona enferma. Mucho de lo que hace es a raíz de eso, aunque me cueste encontrar dónde está la línea.

—Te entiendo y te agradezco mucho que hayas confiado en mí para contarme todo esto.

—No quiero tener secretos contigo —confesé antes de besarla en los labios—. Gracias por escucharme.

—Siempre.

Nora apoyó su mejilla en mi pecho y nos quedamos mirando al vacío de su salón unos instantes. No puedo hablar por ella y decir qué pensaba, pero puedo decir que yo no dejaba de reflexionar acerca de lo mucho que nos uníamos cada día. Pensé que me sentiría peor después de hablarle de mi madre, pero solo me sentía más cerca de ella.

Por primera vez en mi vida estaba siendo mucho más feliz de lo que me había atrevido a imaginar nunca y aunque aquello me asustaba un poco, estaba dispuesto a disfrutarlo al máximo.

Nora



—Todavía no entiendo por qué tenemos que mentir.

Miré a Easton por encima de mi hombro mientras me preparaba para levantarme y vestirme. Estaba en la cama, gloriosamente desnudo y con las manos cruzadas bajo su cabeza. Era tan sexy que por un momento estuve tentada de volver a la cama con él. Recordé justo a tiempo que nos estaban esperando para cenar en casa de mi hermana y Holden. Era algo informal, estarían Kane y Adriano con sus esposas también. Seguramente habría un montón de ruido debido a los niños, pero también buena comida y conversación agradable. El motivo por el que habían decidido invitarnos a Easton y a mí no lo sabía. Es decir, Kane le dijo a él que se pasara y a mí me lo dijo mi hermana. Sabíamos que los dos estábamos invitados porque hace unas semanas que resultaba verdaderamente difícil separarnos, aunque nadie lo sabía.

Y ahí estaba el problema. Nadie sabía que salíamos, o que estábamos juntos, o lo que sea que pasara entre Easton y yo. Nadie, excepto Jordan, pero ella no estaba relacionada con mi familia así que no suponía un problema. Ni siquiera se lo había dicho a mi hermana. No sé, era demasiado pronto, me sentía feliz estando con Easton y, por ahora, era como si tuviera un tesoro

entre las manos. Un tesoro que no tenía que compartir con nadie. ¿Por qué querría decírselo a todo el mundo? Empezarían a invitarnos a un montón de comidas y demás actos que no me interesaban, porque lo único que yo quería era que llegase el momento de meterme en la cama de Easton, o que Easton se metiera en la mía. Todo lo demás se había convertido en el preludio para llegar a ese punto. Trabajar, las reuniones sociales, incluso las reuniones familiares. Todo era un descuento de tiempo mientras llegaba la hora de hacer lo que realmente quería.

Sonaba un poquito intenso y desesperado, ¿verdad? Supongo que sí, pero descubrí que no era tan mala en la cama como me habían hecho creer y, de algún modo, cada día estaba más convencida de querer reafirmarme en esa nueva teoría de que Easton y yo juntos éramos pura dinamita.

—Es más emocionante si solo lo sabemos nosotros. Vamos, cielo. Te lo compensaré, prometido.

—Espero que esa compensación implique ponerte de rodillas y...

—¿No es eso lo que he hecho hace unos minutos?

—No hasta el final —dijo con los ojos puestos en mí.

Habíamos alcanzado tal intimidad que sabía perfectamente bien cuándo Easton estaba hablando de sexo de ese modo oscuro y guarro que tanto me ponía. Y aun así, todavía me descubría sonrojándome cuando hacía o decía esas cosas de pronto.

—¿Quieres que me lo...?

—Oh, sí, quiero —dijo con la voz ronca—. Joder, quiero ahora mismo.

—¡Acabamos de tener sexo! Es imposible que se te levante. —Miré entre sus piernas y descubrí, aún más sonrojada, que yo me equivocaba—. Eres insaciable —dije riéndome.

—¿Y eso supone un problema?

—En absoluto. De hecho, reafirma mi teoría de que es mejor que nadie sepa lo nuestro. De ese modo podremos librarnos de la cena antes y volver aquí, o a mi casa, que está más cerca.

—¿Estás chantajeándome con sexo para que no me queje?

—¿Funciona?

Su risa llenó la habitación. Estaba a punto de levantarme cuando tiró de mi brazo, me tumbó boca arriba en la cama y besó mi cuello.

—Siempre.

—Easton, no tenemos tiempo —dije mientras él se colocaba sobre mí y sentía su erección clavándose en mi ingle.

—Te prometo que seremos tan rápidos que ni siquiera notarás que vas a correrte de nuevo.

Era mentira. Por supuesto que lo noté cuando me corrí. Dudaba mucho que pudiera tener una sesión de sexo con Easton y no notar algo así.

Llegamos a la cena tarde y por separado. Mi excusa fue que se me había hecho tarde trabajando y la de Easton quedó en el aire, porque al parecer decidió que, si no podía decir que estábamos juntos, iba a dedicar la noche a torturarme.

—Ah ¿pero tú trabajas?

Lo miré entrecerrando los ojos. Me había dedicado puyas así muchas veces antes, pero en todas ellas yo me había encendido como una cerilla de rabia y le había devuelto el insulto. El problema era que mi supuesto odio había quedado completamente adormecido y a mi cerebro le costaba procesar que teníamos que insultar al mismo hombre que me había regalado horas atrás un placer indescriptible.

—Sí, Byte, algunos trabajamos. El día que quieras probar cómo es, llámame, prometo dedicar un minuto de mi valioso tiempo a enseñarte cómo se hace.

—Creo que no necesito instrucciones para saber cómo se hace nada, pero gracias por el ofrecimiento.

Hizo que, de alguna forma, aquello sonara sexual. Para los demás no, claro, pero sí para mí, joder. Odiaba y admiraba a partes iguales lo bien que se desenvolvía en aquella situación.

Por fortuna mis sobrinas me reclamaron para jugar, así que no tuve que responder. Fui con ellas hasta que sus padres decidieron que primero comerían los niños para que pudieran ir a ver la tele y jugar y así los adultos pudiéramos cenar tranquilos. Eso nos dio un margen bastante amplio de tiempo en el que tanto Easton como yo estuvimos ocupados recibiendo órdenes de los que sí tenían niños.

Cuando por fin nos sentamos a cenar, el ambiente era ligero y cómodo. Al menos hasta que alguien le preguntó a Easton sobre su App.

—Puf, esa chorrada que te has sacado de la manga, ¿no? —pregunté en tono chulesco.

—Esa chorrada me hará ganar millones de dólares. Y de paso unirá a personas que están destinadas a estar juntas de por vida. ¿No suena genial?

—Suena tétrico.

Mentira, por supuesto que era mentira. Sonaba increíble eso de estar de por vida junto a Easton, pero decírselo habría sido confesar que, desde hacía semanas, sentía por él algo mucho más fuerte que la simple atracción. Incluso algo más poderoso que la lascivia o el deseo sexual. Sentía algo muy parecido al amor, aunque me aterrorizara pensarlo.

—¿Encontrar al amor de tu vida es tétrico? —preguntó él con una ceja elevada.

—Chicos, por favor, no empecéis —intervino Fabiola.

Con poco éxito, la verdad, porque de algún modo encontraba sumamente divertido meterme con él, sabiendo que luego me lo haría pagar todo de una forma muy deliciosa y placentera.

—Encontrar al amor de tu vida en una aplicación ideada por ti.

—Mi algoritmo es 100% fiable.

—¿Sostienes entonces que, si te emparejara con alguien, confiarías sin vacilar?

—Por supuesto.

Miré a mi hermana, que era la única que sabía que la App me había emparejado con Easton. Ella sonrió mirando a su copa, lo que me hizo entrecerrar los ojos y mirar a Holden, que sonreía hasta que me pilló mirándolo y desvió sus propios ojos.

Mierda, se lo había contado. Aquello me puso nerviosa, así que hice lo que más sabía hacer

en aquellas circunstancias: ponerme a la defensiva.

—Pobre mujer la que le toque contigo, entonces.

—Sí, pobre. Tendrá que aguantar buen sexo durante el resto de su vida.

—Eres tan pedante y gilipollas...

—Y tú tan arrogante y arpía...

—Y tú tan...

—Vale ya, joder —intervino Kane—. Tengo que admitir que no pensé que llegaríais tan lejos con la farsa pero es que empiezo a tener dudas de que no acabéis discutiendo de verdad por hacer el tonto.

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—Enzo me contó que estuviste en casa la noche que Easton tenía que cuidar de él.

Me quedé bloqueada. Miré a Easton, que se pinzaba el labio inferior aparentemente divertido. Luego miré al resto de la mesa, que sonreía en mayor o menor grado.

—Me llamó porque Enzo tenía fiebre y...

—No tenía fiebre, cielo —dijo Fabiola—. Estaba perfecto.

—Sí, bueno, pero él me hizo creer que sí la tenía.

—¿Y eso por qué? —preguntó Kane.

Mierda. Contar aquello sería admitir que sí que teníamos algo. Miré a Adriano y su esposa en busca de algún tipo de apoyo, pero sonreían abiertamente, como si disfrutaran con nuestra pillada.

—Eso no importa. Yo odio a Byte.

—Oh, ¿y por eso lo estabas besando el otro día en tu portal? —Miré a mi hermana consternada—. Fui a verte por sorpresa, pero la sorpresa me la llevé yo cuando te encontré prácticamente colgada de su cuello. No puedo juzgarte por eso, es un chico alto.

—Gracias —dijo Easton absurdamente orgulloso.

—De nada, chico. Parece que sabes lo que haces.

—De nuevo: gracias —contestó, aún más contento.

Todos en la mesa rieron. Todos menos yo, que estaba a punto de entrar en pánico, al menos hasta que sentí unos dedos sobre los míos y miré a Easton, que me acariciaba ya sin disimulo y me miraba con una dulzura capaz de desarmarme.

—Te dije que no serviría de nada. ¿Quién iba a tragarse a estas alturas que te odio, cuando es tan evidente que estoy loco por ti?

Aquellas palabras, unida a su mirada, fueron todo lo que necesité para desarmarme del todo y por completo. Besé a Easton allí mismo, sentada frente a nuestros seres más queridos, y mientras oía sus vítores y aplausos de fondo solo podía pensar que nada de eso me importaba, porque Easton acababa de confesar eso delante de la gente que más nos importaba y eso solo podía significar que estaba tan comprometido con nuestra relación como yo misma.

Yo no era la única que había perdido la cabeza y el corazón y saber aquello fue tan liberador que dejé de querer esconderme del mundo. Me había enamorado de Easton Parker y no había nada que me hiciera más feliz.

Easton



Pasé los dedos por la superficie de la mesa de mi despacho y sonreí como un tonto, rememorando la última vez que Nora y yo lo hicimos ahí encima. Digo la última vez porque lo hicimos muchas veces a lo largo de aquellas semanas. Que Nora pasara a buscarme a última hora de la tarde se había vuelto una costumbre. Una costumbre que acababa con ella abierta de piernas y yo bombeando en su interior. Nunca imaginé que el sexo de oficina podría ser tan excitante, pero lo era y a Nora parecía gustarle tanto como a mí.

Aunque, para ser honestos, el sexo nos gustaba en cualquier parte.

Nos habíamos hecho especialistas en montárnoslo donde fuera, lo que era una bendición, pero también un problema. Una bendición porque me encantaba el sexo con Nora, y un problema porque me pasaba la vida empalmado preguntándome donde lo haríamos en la próxima ocasión.

La cuestión es que me encontraba en la oficina, recordando a Nora cabalgándome sobre aquella mesa y pensé en lo mucho que me apetecía que la jornada laboral terminara para verla.

Solíamos pasar las noches juntos, en su casa o en la mía, lo que hacía que nuestra relación

en poco tiempo se hubiera vuelto muy... intensa. Y estable. Cosa que al Easton del pasado le hubiera asustado de cojones, pero que al Easton del presente le encantaba, porque Nora le encantaba y le encantaba aún más la perspectiva de un futuro a su lado.

Dios, me volví un moñas.

Suspirando, intenté concentrarme por enésima vez en el documento que tenía abierto en la pantalla. Era un reporte sobre el software para la aplicación de salud mental en la que estaba trabajando y los ingenieros querían que diera mi visto bueno a las últimas modificaciones. La cosa marchaba y aquello me hacía sentir satisfecho y orgulloso. Prácticamente todo en mi vida parecía ir bien.

Empecé a hacer unas anotaciones cuando recibí una llamada de la recepcionista avisándome de que el señor Myers quería verme. No tuve tiempo de salir del despacho. Antes de que llegara a la puerta, esta se abrió mostrándome un señor Myers sonriente.

—Eh, chico, ¡quería darte la buena noticia en persona! —exclamó Myers estrechándome la mano con energía. Yo volví a sentarme y él lo hizo en la silla apostada enfrente—. Después de estudiar el informe que nos envió tu socio, hemos decidido invertir en el *Sincronizados*. Está claro que el algoritmo funciona, ¿verdad? —Me guiñó un ojo.

—¿Informe? ¿Qué informe? —pregunté confundido. Ryan no me había dicho nada sobre ningún informe.

—El informe que Ryan nos hizo llegar, donde se recogen datos de la evolución favorable de tu relación con la señorita Harris. —Al ver mi cara de asombro, sacó un dossier de su maletín y me lo ofreció—. Me refiero a este informe.

Le eché un vistazo rápido. El informe detallaba punto por punto los pormenores de mi relación con Nora. Estaban documentadas todas nuestras citas, lo que me hizo pensar que Ryan había invadido mi privacidad de forma ilegítima, pues yo no le había dado aquella información. Me quedé helado, incapaz de creer que Ryan hubiera elaborado y enviado algo así sin consultarme, exponiendo mi vida privada de una forma tan grotesca.

—Señor Myers, yo no he aprobado el envío de este informe.

Sus cejas se alzaron rápidamente.

—¿Ah, no? Entonces, ¿es mentira lo que dice en él?

—No, todo lo expuesto es verdad, pero...

—Entonces, ¿cuál es el problema? —El problema era que ese informe detallaba mi relación con Nora de una forma tan calculada y fría que parecía más un análisis de mercado que una historia de amor. Sin embargo, no respondí. No era algo que pudiera decirle a Myers. Además, ¿no accedí yo a eso cuando acepté darme de alta en la app para que el inversor tuviera su demostración?— Sea como sea, este informe demuestra que tu algoritmo del amor funciona y, por tanto, que *Sincronizados* es una apuesta segura. Te llamaré para cerrar los pormenores de la inversión.

Quise devolverle el informe, pero me dijo que podía quedármelo porque tenía más copias. Volvió a estrecharme la mano y se marchó del despacho dejándome solo. Solo y enfadado. La ira bullía en mi interior como la lava después de que el volcán entrara en erupción. Quería ver a Ryan y enfrentarlo por haber hecho aquello sin consultarme, así que no esperé más tiempo y fui a su encuentro. No lo encontré en su despacho, lo encontré en la sala de café charlando con parte del equipo.

Pedí a los trabajadores que nos dejaran solos, lo cogí de la camisa y lo estampé contra la pared. Yo no era violento, creía en la comunicación ante los problemas, pero Ryan me había hinchado las pelotas hasta hacerme perder la puta cabeza.

—Eh, tío, ¿qué haces? —Sus ojos se abrieron sorprendidos de par en par.

—¡De qué vas! —Mi puño tembló mientras lo inmovilizaba con fuerza contra la pared—. ¿Cómo has podido enviarle un informe a Myers sin decirme nada? ¿Es que te has vuelto loco?

Ryan chasqueó la boca y se zafó de mi agarre dándome un empujón.

—¿Que yo me he vuelto loco? ¡Tú te has vuelto loco! —Se planchó la camisa con las manos y me lanzó una mirada airada.

—Has compartido información privada sin mi consentimiento, ¡eso es un delito! ¿Qué hiciste para conseguirla? ¿Hackeaste mi cuenta de mensajería para poder leer mis mensajes

privados?

—¿Tú eres idiota o qué? El único capaz de hacer eso aquí, eres tú. Yo me limité a mirarte el móvil mientras ibas al baño el otro día. Quería asegurarme de que todo marchaba bien. Y ya de paso recabé la información para hacérsela llegar a Myers.

—No tenías ningún derecho a hacerlo.

—No me quedó otro remedio. Llevas semanas dándome largas cuando te pregunto sobre el tema. Y Myers llamaba a diario para preguntar. ¿Qué querías que hiciera? No estoy dispuesto a perder la inversión de nuestras vidas solo porque eres incapaz de pensar en algo más que en satisfacer a tu polla.

Apreté los dientes e intenté volver a agarrarlo, pero Ryan se zafó de mí con un movimiento rápido.

—Eres un gilipollas, Ryan.

—Aquí el único gilipollas eres tú. Desde el inicio lo tuyo con Nora tenía como finalidad conseguir la inversión, no debiste dejar que tus sentimientos por ella te nublaran el juicio.

Solté un nuevo gruñido lleno de frustración y me marché a mi despacho, porque temía acabar haciendo o diciendo algo de lo que acabara arrepintiéndome. Además, me jodía que tuviera razón. Porque lo mío con Nora empezó como una necesidad puramente comercial, por mucho que con el tiempo se hubiera convertido en algo más. Joder, ¡se había convertido en todo! En mi puto todo.

Obcecado, entré en mi despacho. Tardé un poco en comprender que no estaba vacío tal y como lo había dejado, sino que había alguien ahí, frente a mí mesa. Una persona a la que conocía bien, muy bien.

Nora.

Estaba de espaldas a mí y ni siquiera se giró cuando me oyó entrar, lo que hizo que una sospecha desagradable se instalara en mi pecho. Me acerqué a ella con esa sospecha creciendo y creciendo en mi interior, hasta que me coloqué a su lado y al tocarle el brazo ella levantó el rostro, me miró y sus ojos llenos de lágrimas me recibieron destrozándome el corazón.

Tenía entre sus manos el informe que había redactado Ryan y era tan obvio que lo había leído que quise morirme ahí mismo.

—Nora.... —Volví a tocarle el brazo pero ella se apartó como si mi tacto le resultara insoportable.

Y en aquel momento lo supe, que la había cagado. Que por culpa de Ryan y su informe de mierda, estaba a punto de perder a la mujer de mi vida.

Nora



Acabé pronto en el trabajo, así que decidí acercarme a la oficina de Easton para darle una sorpresa. Algo me decía que un polvo rápido en el cuarto de material sería una buena forma de amenizarle la tarde. Incluso me quité las braguitas para que el encuentro fuera más excitante. Lo tenía todo pensado. Iba a darle las bragas, salir del despacho, entrar en el cuarto y esperarle ahí abierta de piernas, dispuesta y preparada para él. Pero todo se fue al traste cuando entré en su despacho y me encontré aquel informe sobre su mesa.

No solía leer sus documentos de trabajo, pero aquel en concreto llamó mi atención. Tenía un título de lo más llamativo: «Evidencia empírica de la efectividad de *Sincronizados*: Del algoritmo a la aplicación práctica». ¿Cómo iba a resistirme a leer algo así? Estaba a mi disposición y no tenía nada mejor que hacer mientras lo esperaba.

Así que abrí el dossier y empecé a hojearlo por encima. Me costó unos segundos comprender lo que allí se decía. El informe hablaba sobre mi relación con Easton. Cada cita, cada momento compartido, estaba allí meticulosamente documentado y analizado como si fuéramos cobayas en un laboratorio, no seres humanos en una relación.

Fue como si una losa enorme me cayera encima. Mi cuerpo empezó a pesarme, y el pecho se me hundió. La decepción lo llenó todo.

Entonces, ¿lo mío con Easton no fue real? ¿Fue parte de un experimento para probar la efectividad de su aplicación?

Mi primer instinto fue salir corriendo, pero la rabia y el dolor me mantuvieron pegada al suelo. La confusión y la angustia se mezclaron en mi estómago, formando un nudo que me impedía respirar.

Cuando Easton entró en el despacho y me vio con el informe en las manos, su rostro pasó de la sorpresa a la consternación.

—Nora... —Intentó tocarme pero yo me aparté para impedirselo. En aquel momento no soportaba la simple idea de que lo hiciera. Las manos que minutos antes había deseado sentir por todas partes me repelían ahora como si quemaran.

—Entonces, ¿esto es lo que soy para ti? ¿Un puto caso de estudio?

Easton se quedó helado, se pasó una mano por el pelo, nervioso y atormentado, y luego se acercó más a mí, evitando tocarme aunque era obvio que quería hacerlo.

—Nora, por favor, déjame que lo explique. No es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso, Easton? Ni siquiera sé qué pensar —balbuceé entre las lágrimas, abrazándome a mí misma—. ¿Es mentira? ¿Lo que sientes por mí es mentira?

Estaba tan fuera de mí, tan destrozada y desorientada, que solo quería hacerme un ovillo, echarme una manta encima y desaparecer.

—Joder, por supuesto que no, Nora, te quiero. Te juro por mi vida que todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido real.

—Entonces, ¿qué significa esto? —Señalé el informe, sorbiéndome los mocos—. Según dice ahí, te diste de alta en la aplicación para demostrarle a un inversor que tu algoritmo funcionaba.

—Esa parte es cierta.

—También dice que tener citas conmigo formaba parte de esa demostración. ¿Eso también

es cierto?

Easton suspiró. El conflicto interno que estaba viviendo era visible desde fuera.

—Sí, todo empezó como parte de un plan, Nora, pero enseguida se convirtió en otra cosa. Porque mi algoritmo acertó al elegirte a ti entre miles de mujeres. Porque siempre fuiste tú. Incluso antes de inventar ese maldito algoritmo, tú ya eras el jodido amor de mi vida. El algoritmo solo hizo que me diera cuenta de ello.

—No puedo creerte. ¿Y si todas tus palabras no son más que parte de ese plan? Necesitas que sigamos juntos para conseguir la inversión, ¿no? —Volví a sumergirme en el llanto y cuando Easton quiso acercarse, di un paso hacia atrás.

—Sí, pero...

No esperé a que se explicara, todo dolía demasiado. Ahora entendía porque nunca antes me había enamorado. Sabía que por mi manera de ser, por la forma en la que estaba configurada, una ruptura me destrozaría. Y ahí estaba rompiéndome en mil pedazos. Por eso, sin ser capaz de seguir escuchando sus excusas, salí corriendo de allí. Hui, sin mirar atrás, sin esperar ante sus gritos y ruegos.

Hui porque mi mundo se estaba viniendo abajo y no quería que Easton fuera testigo de mi derrumbe.

Easton



Nunca antes me había sentido así en toda mi vida. Había experimentado el sentimiento de fracaso, la tristeza y la decepción por separado, a veces incluso como un conjunto de emociones, pero ese día todo fue muchísimo peor. No solo había hecho daño a una persona, sino que esa persona era el amor de mi vida. La única mujer que había sido capaz de hacerme pensar en que merecía algo más que un rollo de una noche. Que podía pensar en grande. Imaginar mi futuro al lado de alguien.

Salí del despacho tras Nora, pero Ryan me abordó en medio del pasillo y, aunque intenté zafarme, mi amigo me agarró con fuerza.

—Tenemos que hablar, tío, tienes que escuchar mi versión.

—Ryan, tengo que irme.

—¿Qué te pasa?

—Nora... ¡Nora lo ha leído todo! El informe que hiciste...

Me costaba respirar. Si me hubiese fijado bien habría visto la preocupación en la cara de mi amigo, pero no estaba para fijarme en él. No estaba para fijarme en nada que no fuera Nora y el

hecho de que, en aquel instante, estaba alejándose de mí física y emocionalmente.

—Lo siento muchísimo. Nunca quise estropear lo vuestro. Yo... lo siento, Easton.

—Déjame ir, Ryan. Ya hablaremos en otro momento.

Mi amigo me miró un instante antes de soltarme. Sabía que en aquel estado sería incapaz de llegar hasta mí o tener una conversación conmigo. Estaba demasiado nervioso. Hablaríamos, claro que sí, teníamos una charla pendiente, pero no en ese momento.

En ese instante nada importaba más que ir tras Nora.

Corrí hacia los ascensores y recé para que el suyo se hubiese detenido en todas las plantas, pero cuando por fin llegué abajo me di cuenta de que el otro ascensor estaba vacío y algunas personas subían en él. No me rendí, corrí hacia la calle, pero bastó atravesar las puertas cristaleras y mirar la inmensa avenida para llevarme un bofetón de realidad. Aquello era Nueva York. Una persona en una ciudad como aquella no era más grande que un grano de arena en el desierto. No daría con ella así como así.

Cogí un taxi y le di la dirección de su casa. Sabía que estaba siendo un poco invasivo, pero tenía que explicarme. Tenía que decirle que sí, que todo empezó como algo mucho más frío, pero que ya no era así porque ella... ella era el amor de mi vida.

Llegué a su casa, toqué el telefonillo pero no me contestó nadie. Por un instante loco y fugaz me planteé la idea de subir por la escalera de incendios, pero eso sonaba como algo demasiado intenso... y un poco ilegal.

Me quedé allí en la puerta sintiéndome fatal y pensando qué hacer. Al final llamé a Becca, porque si Nora no estaba en casa algo me decía que habría ido a buscar el consuelo de su hermana. Esta me contestó de buen humor, así que supe que me había equivocado nada más oír su tono de voz. Aun así, le conté lo sucedido. Todo. No escatimé en detalles y dejé claro que, aunque yo me había enamorado locamente de ella, desde su punto de vista podría estar resultando todo un cabrón.

—No me esperaba algo así de ti —murmuró ella.

—Te juro que quiero a tu hermana, Becca. Es mi vida entera.

—Lo sé, pero no debiste hacer algo así sin consultarlo, Easton.

—Yo... lo siento. Lo siento muchísimo. Solo quiero saber que está bien. Cuando ha salido de mi despacho estaba muy nerviosa.

—Daré la voz de alarma en la familia.

—¿Me informarás si das con ella? —Su silencio al otro lado de la línea hizo que cuadrara los hombros de la tensión—. Por favor...

—Está bien, pero no lo hago tanto por ti como por ella. Se merece tener su maldito final feliz.

—No será un final, Becca. Si consigo arreglar las cosas... todo esto será el comienzo de una vida feliz.

—Oh, maldito seas, Easton, así no puedo enfadarme de verdad contigo.

Sonreí, aunque seguía sintiéndome fatal. Me despedí de ella, volví a casa y llamé a Kane, que a esas alturas ya se había enterado, lo que me dio una idea de la efectividad de Becca.

—Me siento fatal.

—No es para menos. No deberías haber hecho algo así.

Su tono de decepción fue tan severo que me sentí como un niño pequeño regañado por su padre.

—Yo nunca quise herirla.

—No, pero lo hiciste de todos modos. Tendrás que buscar la forma de arreglarlo y dejarle claro que tu empresa no va por encima de tu amor. ¿No es así?

—Por supuesto.

—Bien.

Apenas colgué el teléfono, la pantalla volvió a iluminarse con una llamada de mi madre. Cerré los ojos, frustrado. Aquello era lo último que necesitaba en aquel momento, pero ignorar la primera llamada solo sirvió para que se volviera obsesiva y llamara una y otra vez. Al final, cuando lo cogí, estaba totalmente desesperada diciendo que tenía una terrible migraña y no encontraba sus pastillas. Me sentí mal y completé el combo, porque en lo que iba de día ya había

sido un novio de mierda y un hijo de mierda. ¿Quién daba más?

Conduje hasta su casa sin dejar de pensar en Nora, sobre todo cuando, al entrar, me encontré con la música en un volumen bastante alto. Apreté los dientes, apagué el altavoz y la miré mal.

—¿No tenías migraña?

—Así es. La música me calma.

—No, mamá. Si tienes migraña no hay forma de que la música te calme. Deja de mentir.

—¡No estoy mintiendo!

Me di cuenta en ese instante de que la charla que había tenido varias veces con Nora era cierta. Ella tenía razón cuando me decía que, por muy enferma que esté mi madre, si no le ponía límites cada vez irá a peor. Quería a mi madre, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para ayudarla, pero algo me decía que salir corriendo cada vez que me llamara por teléfono no era sano ni para ella, ni para mí, por eso rebusqué las pastillas de las migrañas, se las puse en la mesita y me encargué de que mantuviera contacto visual conmigo antes de hablar.

—No volveré a venir por tonterías como esta. No eres una mujer inválida, mamá. Si sigues ingeniándotelas para echar a las cuidadoras que contrato para ti, te quedarás sola y yo no te daré prioridad por algo como venir a mirar el diferenciador de la luz, buscar tus pastillas en el mueble o un ruido extraño.

—¿Me estás diciendo que vas a abandonarme?

—No, nunca, pero sí te estoy diciendo que tenemos que aprender a tener una relación más sana.

Me miró como si le hablara en chino y suspiré, dando por hecho que no lo iba a entender. Era una mujer enferma, después de todo, así que supuse que no me quedaría otra que ir demostrándole poco a poco que, en efecto, no saldría corriendo cada vez que me avisara de algo. Debería haberlo hecho hacía años. Poner límites era lo más sano para los dos y, aunque me había equivocado mucho en los últimos tiempos, también arreglaría eso. Aún no sabía muy bien cómo, pero lo haría.

Me marché a casa completamente agotado de un modo emocional. Sentía un ruido en mi

cabeza que no se iba con nada y un nudo en el pecho que se apretaba más con cada hora que pasaba sin saber nada de Nora.

Fue bien entrada la noche, cuando ya me había duchado y puesto un chándal, cuando recibí un mensaje de Kane que me dejó con la boca abierta.

Kane:

Voy a fallar a mi esposa y la promesa que he hecho de callarme, y lo voy a hacer porque confío en ti y el tipo de hombre que eres.

Abrí la foto adjunta que venía en el mensaje y me encontré con Nora, mi Nora, sentada en el porche, tomando una copa de vino y mirando hacia los viñedos.

Fue como descubrir que Santa Claus existe. Ni siquiera respondí a Kane. Me levanté del sofá, cogí las llaves del coche y salí disparado hacia su casa.

Nora



Observé los viñedos de la casa que Kane y Fabiola tenían a las afueras. Eran espectaculares y capaces de transmitir una paz un poco inexplicable, teniendo en cuenta que nunca me había sentido menos en paz que en aquellos instantes, en los que mi corazón estaba roto y mi cabeza intentaba entender lo que Easton había hecho conmigo y con nuestra relación.

Tal vez no fuera buena idea ir a casa de la persona que más confianza tenía con Kane, pero era el que más lejos vivía de Nueva York y, además, estaba segura de que Easton me buscaría en casa de mi hermana y en la de cualquiera antes que en la de Kane y Fabiola. Si bien es cierto que nos conocíamos desde hacía años, también lo era que siempre había quedado claro que ellos estaban en el bando de Easton.

En cualquier caso, ya estaba allí y no tenía sentido arrepentirme. Fabiola me había prometido que no diría nada de mi paradero y yo intentaba mantenerme lo más alejada posible de la ciudad para intentar contener los trozos rotos de mi corazón y que no se hicieran añicos del todo.

—¿Quieres un poco de compañía?

Miré a un lado, a Kane, que tenía una botella de vino y una copa vacía en las manos.

—Ya tengo vino aquí —dije señalando mi copa.

—Lo sé, este es para mí. Y para ti, si quieres repetir y probar otro.

—De haber sabido que tendría tanto alcohol bueno y gratis a mi disposición habría venido corriendo antes.

Kane sonrió, pero los dos sabíamos que la situación era de todo menos graciosa. Se sentó a mi lado después de servirse una copa de vino y movió el cristal de un modo un tanto hipnotizante antes de hablar.

—Sé que ahora mismo estás dolida y no seré yo quien defienda a Easton, pero confío en que, al menos una parte de ti, tenga claro que él no es una mala persona.

—Si vienes a defenderlo...

—No, lo ha hecho mal. Muy mal. No voy a defenderlo porque no tiene defensa, pero me gusta pensar que, en su cabeza, todo tenía una explicación. Con Easton las cosas siempre han sido así, ¿sabes? Desde que lo conocí siendo casi un niño.

—No puedo imaginar a Easton tan joven.

—Era joven, impulsivo y rabioso. Era... era un chico perdido. Entendía el sentimiento porque yo lo fui también en algún momento. Easton podría haber acabado muy mal en la vida, Nora. Lo tenía todo a favor para desviarse, pero de alguna forma logró encontrar su camino y, desde que empezó a estudiar, se propuso ser el mejor en lo suyo. Solo quería avanzar lo más rápido posible para poder ayudar a su madre y gente enferma como ella. Esto no justifica sus acciones, pero sé que detrás de su nefasto resultado había una idea creada desde el corazón y sin maldad.

—Sé que quería ayudar a su madre, pero no debió utilizarme.

—En eso estamos de acuerdo. Aunque creo que no te utilizó. No del todo.

—Kane...

—Lo conozco, Nora. Nunca lo he visto con ninguna chica o mujer como lo he visto contigo. Maldita sea, nunca lo he visto con una chica, a secas. El modo en que te mira... Eres el amor de

su vida, estoy seguro. Se ha equivocado, pero confío en que sepa restaurar su error, si es que puedes permitírselo.

Me di cuenta de que estaba llorando al sentir la humedad en mis mejillas. A favor de Kane debo decir que, en cuanto se dio cuenta, se levantó, besó mi cabeza con un gesto cariñoso y me dejó a solas para que rumiara mis sentimientos.

Quería creer a Kane, de verdad, lo necesitaba desesperadamente, pero al mismo tiempo recordaba el informe y la humillación se mezclaba con la vergüenza. Me sentía utilizada y tonta por haber confiado en él.

Finalmente Fabiola me sugirió darme un baño con sales que tenía guardadas para ocasiones especiales.

—Me apuesto lo que sea a que no contabas con tener que usarlas en esta ocasión.

—Bueno, te sorprendería la cantidad de veces que las he usado después de discutir con Kane.

—¿Kane y tú discutiendo? No consigo imaginarlo.

—Oh, pues lo hacemos, y mucho. —Me miró un instante y pude ver que estaba debatiéndose entre seguir hablando o callarse. Al final ganó lo primero—. Las parejas perfectas no existen, Nora. Ni los cuentos de hadas tampoco. En la vida real las personas nos equivocamos y cometemos errores.

—Lo sé, pero hay errores que duelen más que otros.

—Eso lo entiendo, por eso creo que lo mejor ahora es dejar el vino y sumergirte en las burbujas. Créeme, mañana me lo agradecerás.

Sonreí y, cuando me dejó a solas en el baño, me desnudé y me metí en la bañera que Fabiola había preparado para mí. Sumergí el cuenco con sales que me había ofrecido y el aroma a vainilla lo inundó todo. De algún modo resultó reconfortante y entendí que Fabiola guardara esos momentos para días de máximo estrés o especiales.

No mentiré, en el baño, al resguardo de miradas indiscretas y envuelta en burbujas me permití llorar de nuevo. Tenía la estúpida teoría de que al hacerlo ahí el agua se llevaría también

eso: me ayudaría a limpiar mi alma.

Después de un rato y con el agua ya casi fría me sobresalté, no por la temperatura del agua, sino por los gritos que se oían en el exterior de la casa. Me senté de golpe en la bañera y miré hacia la puerta en un gesto absurdo, porque no podía ver nada. Pero sí podía oír.

Easton. Era Easton.

Me tensé, no solo por su presencia en la casa, sino por el hecho de que gritase de ese modo, porque no solía perder la compostura nunca.

Salí de la bañera con el corazón a mil por hora, intentando oír qué decía, pero, pese a reconocer su voz a la perfección, no podía entender con claridad sus palabras.

Me envolví en el albornoz que Fabiola me había preparado, abrí la puerta y me preparé para enfrentarme a Easton en un estado en el que no lo había visto nunca antes.

Easton



En serio, si Kane volvía a decirme que no podía entrar en casa iba a matarlo.

—Tú no lo entiendes.

—No, eres tú el que no lo entiende —me dijo enfadado—. Deja de gritar como un energúmeno porque mi hijo está dormido y no creo que Nora quiera enfrentarse a ti en este estado.

—No soy ningún energúmeno —dije con los dientes apretados—. Y tú no puedes decirme lo que hacer o no. No eres mi maldito padre.

Era algo más que una frase hecha. Kane sabía muy bien que yo no tenía padre y las cargas familiares me habían ahogado desde siempre. Aun así, no se amedrentó.

—No soy tu padre pero soy lo más cercano que tienes a un hermano mayor, chico. No vas a entrar en mi casa así.

—¿Así cómo?

—Tenso, nervioso, completamente dominado por tus nervios.

—Necesito hablar con ella, Kane. Tengo que arreglar esto y si no vas a dejarme hacerlo, no

entiendo por qué demonios me has mandado la foto.

—Quería que supieras que está bien y a salvo, pero ahora mismo tienes que darle su espacio.

—No puedo.

—Vas a tener que poder

—¡Kane, joder, tú no lo entiendes! —grité fuera de mí—. ¡Ella es mi vida entera! Si me deja, si se queda un solo minuto más con la idea de que me he aprovechado de lo que siento para levantar mi empresa no me lo voy a perdonar nunca. ¿Es que no lo entiendes? ¡No puedo permitir que se vaya a dormir pensando que soy lo peor del mundo! Conozco a Nora, dejará que el sentimiento de traición se le enquiste y volveremos a la casilla del odio. Si no consigo arreglar esto hoy mismo, mañana me desterrará de su vida para siempre. Tiene esa jodida determinación que tanto odio y admiro a partes iguales. Tú lo sabes y yo lo sé, así que apártate a un lado y no me obligues a allanar tu casa.

Pensaba que lo había convencido. Por un instante vi las dudas en su rostro y supe que estaba pensándolo, pero entonces cruzó los brazos sobre su pecho y alzó la barbilla en una actitud desafiante que odié como pocas cosas en la vida.

—No.

—Kane...

—He dicho que no.

Arremetí contra él al mismo tiempo que oí el grito de Nora. Estoy seguro de que, de haberme parado a pensarlo, todo aquello me habría resultado absurdo. Tenía la cabeza incrustada en el pecho de Kane con la idea de empujarlo para apartarlo y poder entrar en su casa por la fuerza, lo que decía muy poco de mí, la verdad. Me había vuelto loco, joder, hasta yo podía verlo. No estaba orgulloso de mí, pero menos aún de que Nora me viera en esas condiciones.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Me envaré de inmediato. Sumé a Kane a la lista de gente a la que tenía que pedirle perdón por mis modales en las últimas horas y me concentré en Nora, porque era lo único que me

importaba de toda aquella situación tan surrealista.

—Nora...

—¿Estabas atacando a Kane?

—No.

—¿No?

Estaba preciosa. Quiero decir, se notaba que había llorado y detestaba esa parte, pero verla envuelta en el albornoz, con la luz del porche de fondo y los ojos abiertos de par en par me hizo pensar en lo bonita que era, incluso en los peores momentos.

—Eh...

—Dios mío, te has vuelto completamente loco.

—Tampoco te creas, lo habría sacado a patadas de aquí sin problemas —dijo Kane, no sé si en un intento de defenderse él mismo o a mí.

—Kane, déjanos a solas.

Aquellas palabras no salieron de mi boca, sino de la de Nora. Y aunque mi primera reacción fue alegrarme, porque por fin podríamos hablar, no tardé en darme cuenta de que había alzado un muro de hormigón a su alrededor y penetrarlo iba a ser lo más complicado que tendría que hacer en mi vida, sobre todo porque no tenía ni idea de cómo lograrlo.

—¿Podemos hablar?

—Tienes cinco minutos y no se te ocurra dar un paso adelante. Quédate ahí, justo donde estás.

Tenía la respiración acelerada, la ropa mal puesta y el pelo despeinado, pero todo aquello no me importaba, porque aunque no fuera mi mejor imagen, Nora estaba dándome la oportunidad de hablar y no iba a desperdiciarla.

—Al principio accedí a inscribirme en la App para convencer a los inversores de que aquello funcionaba de verdad y era real. —Su rostro se crispó de dolor, pero no me amedrenté, ni me callé. Tenía que saberlo todo—. Sí, eso es cierto, Nora. También lo es que siempre creí en el algoritmo. Yo no tenía ni idea de la mujer que buscaría para mí. Ni siquiera sabía que tú te

habías inscrito. Verte ahí fue un shock completo.

—Me utilizaste.

—No. O sea, puede parecer que sí, porque es cierto que el inversor estaba muy interesado en saber cómo iban mis avances contigo, pero yo mismo sentía curiosidad por eso. Desde el momento en que empezamos a salir yo solo pensé en nosotros, en lo que sentía estando contigo y en que ya en la universidad había estado a punto de perder la cabeza por ti. Porque es así, Nora. De no haber enmascarado todo lo que sentía de odio, me habría dado cuenta mucho antes de que eres el amor de mi vida.

—No mientas... —Una lágrima resbaló por su mejilla.

—No lo hago. Puede que la idea principal al inscribirme en mi propia App fuera convencer a los inversores, pero desde el momento en que probé tus labios todo aquello pasó a un segundo lugar.

—El informe...

—Lo hizo Ryan, y créeme que voy a asegurarme de que pague por ello. Lleva semanas atosigando con que le diera información de nuestra relación y de nuestros avances. No me sentía cómodo, no quería que nadie se metiera en nuestra vida así que lo evité, pero el inversor no dejaba de insistirle, de modo que se metió en mi teléfono y sacó toda la información que pudo de nuestras conversaciones. Elaboró el informe y lo presentó para conseguir la financiación.

—Y lo logró.

Su tono era dolorido, pero no rencoroso. O eso quise pensar.

—Sí, pero en cuanto el inversor me enseñó el informe fui a recriminarle lo que había hecho, porque yo no lo sabía. Me sentí tan violado en mi intimidad como tú, aunque en un principio yo lo supiera todo.

—Tú sales ganando en esto. Tienes tu dinero para desarrollar tus proyectos y...

—Si te pierdo a ti, yo no gano nada —dije con la voz contenida—. He esperado toda mi vida para poder empezar a desarrollar esa App que ayude a mi madre y a gente como ella. Pues bien, ahora tengo el dinero, y aunque lo llevaré a cabo, solo puedo pensar en lo mucho que me

duele no tenerte a mi lado. En lo arrepentido que estoy por no habértelo contado todo antes y en lo miserable que resulta imaginar mi vida sin ti.

—Easton...

—Te quiero. Estoy locamente enamorado de ti, Nora. No sé desde cuándo. Una parte de mí sospecha que ocurrió cuando te vi por primera vez, aunque tapara mis sentimientos bajo capas de resentimiento y competitividad. Me gustaría decirte que me arrepiento de haber creado *Sincronizados*, pero en el fondo estoy contento de haberlo hecho, porque gracias a esa App empezó lo nuestro. Y me arrepiento como no te imaginas de haber permitido que usen nuestra relación para conseguir financiación, pero por favor, no dejes que eso te ciegue o te impida ver lo que siento. Es real, Nora.

—No sé...

—Vamos, nena, lo sabes. No tienes más que recordar cada beso, cada caricia y cada momento de intimidad juntos. Pienso en ti cuando estás conmigo y pienso en ti cuando no estás. Pienso en ti todo el maldito tiempo. Te quiero, Nora. Y si para demostrarlo tengo que renunciar a la financiación, lo haré.

—¿Harías eso?

—Haría cualquier cosa por ti. —Mi voz sonó ronca—. No puedo mentirte, me dolería no poder desarrollar ya la App porque la causa es muy buena, pero si tiene que ser a costa de nuestra vida en común... entonces no lo haré. Buscaré otros inversores, idearé otro plan. Intentaré...

Me corté en seco cuando ella bajó los escalones del porche a toda prisa y se lanzó hacia mi cuerpo. La abracé sin pensarlo ni un instante. Me sumergí en su aroma dulce y seguro e inspiré tan fuerte que me mareé. Aun así no la solté.

—No tienes que dejar de lado el dinero por mí —susurró junto a mi oído—. Pero no vuelvas a ocultarme nada, Easton Parker, o haré que te arrepientas el resto de tu vida.

—Te lo prometo, nena. Te lo prometo. —La separé de mí lo justo para mirarla a los ojos y acariciar su mejilla—. ¿Qué me dices? ¿Vuelves a casa conmigo?

Su sonrisa iluminó todo el maldito viñedo. Asintió y la besé, dispuesto a convencerla con

gestos, y no solo con palabras, de que mis sentimientos eran reales.

—Te quiero. Te quiero, te quiero te quiero. Y te lo voy a decir cada día un millón de veces para que no tengas ninguna duda.

—Me parece un buen plan.

—¿Sí?

—Casi tan bueno como el de instalar una bañera en tu casa. —La miré sin entender y ella carraspeó—. Bueno, es más grande que la mía, y después de probar la bañera de Fabiola y Kane, no dejo de preguntarme cómo sería hacer el amor en una propia.

—Llamaré mañana mismo para comprar la que más te guste y que la instalen cuanto antes.

El modo en que Nora rio fue... extraordinario. Toda ella era extraordinaria y cuando me abrazó de nuevo, buscando mis labios, me prometí a mí mismo asegurarme de hacer que todos los días de nuestra vida supiera lo afortunado que soy de tenerla conmigo.

Epílogo

Nora



1 año después

—¿A la de tres? —me preguntó Easton visiblemente nervioso. Yo asentí, ignorando el burbujeo que se extendía por mi estómago. Entrelazamos nuestros dedos—: Uno, dos, tres...

—¡Estamos embarazados! —exclamamos a la vez.

La multitud congregada en el pequeño jardín de nuestra pequeña casa, estallaron en gritos de alegría, emoción y felicidad. Y es que allí frente a nosotros, sentados en la larga mesa que habíamos preparado para la ocasión, se encontraban las personas más importantes de nuestra vida. Amigos, y familia. Todos juntos y revueltos.

—Vaya, Easton, tienes unos soldaditos de lo más eficientes —bromeó Holden, guiñándonos un ojo-. ¿Cuánto hace que os casasteis? ¿Tres meses?

—Tres meses y medio —corregí, mordiéndome el labio para reprimir una sonrisa. Hacía tres meses y medio que nos habíamos casado ahí mismo, en una boda íntima en la que los invitados fueron los mismos que los que teníamos con nosotros ahora—. El tiempo que llevo

embarazada. Digamos que la Luna de Miel fue de lo más fructífera.

—Y tan fructífera —añadió Easton con una sonrisa de oreja a oreja—. Apenas salimos de la habitación.

Compartimos una mirada larga llena de recuerdos compartidos.

—¿Cómo pueden estar los dos embarazados? —preguntó el pequeño Enzo a sus padres, con el ceño fruncido—. ¿Significa eso que los dos van a tener un bebé en la barriga?

—No, solo las mujeres pueden tener bebés, así que no sé por qué Easton dice que también está embarazado, es imposible —explicó Vito con suficiencia. A sus cinco años, el hijo de Adriano y Fabiola parecía un adulto en miniatura.

—Bueno, podría estarlo si tuviera útero. Hay hombres con útero. Me lo contó mamá —añadió Greta, otra adulta en miniatura.

—¿Qué le cuentas a nuestros hijos? —Adriano miró a su mujer mortificado. Julieta se encogió de hombros y Fabiola reprimió una carcajada.

—Son muy curiosos.

—Y muy charlatanes.

—En eso han salido a su padre.

—Entonces, ¿Easton tiene útero? —interrumpió Lizzy.

Todos nos reímos. A Chiara se le salió la limonada por la nariz. Tras asegurarle a mi sobrina que Easton no tenía útero y que hablar en plural solo era una forma de hablar, servimos champán y brindamos. Luego sacamos la tarta y empezamos a comer. La primavera había llegado a Nueva York trayéndonos con ella un clima agradable que nos acompañó durante toda la tarde.

Aún no podía creer que en un año mi vida hubiera cambiado tanto. Había pasado de ser una mujer escéptica en el amor, a ser una mujer enamorada y una mamá en potencia. Seguía siendo la misma empresaria de éxito, Miss Wine había aumentado un 20% su facturación aquel último año, y todo iba bien en ese aspecto. Pero me sentía más plena, como si por fin hubiera conseguido llenar un vacío que ni siquiera sabía que existía hasta que Easton lo llenó.

No todo había sido fácil, claro. Por ejemplo, la relación entre Easton y su madre seguía

siendo complicada, aunque ahora él sabía marcarle límites y aquello había jugado a su favor. También había aceptado al fin tener cuidadora lo que hacía todo mucho más fácil.

Nuestra relación también había pasado por alguna que otra crisis. Había días que estábamos tan cansados y frustrados por el trabajo que discutíamos de más... pero tal como dijo Fabiola, las relaciones perfectas no existían, ni los cuentos de hadas tampoco, y siempre lo solucionábamos. Con comunicación, paciencia y... buen sexo. Nunca pensé que el sexo de reconciliación fuera tan bueno.

En un momento dado, fui dentro para coger más bebida. Al salir de la cocina me encontré a Ryan esperándome plantado en medio del salón, con la cabeza gacha y las manos metidas dentro de los bolsillos.

—Ey —dijo al verme—. ¿Podemos hablar un segundo?

—Claro. —Dejé las botellas de refresco sobre la mesa del comedor y lo invité a sentarse en el sofá—. Tú dirás.

No habló de inmediato, se tomó su tiempo antes de encontrar las palabras adecuadas.

—Aún no te he pedido perdón por lo que pasó hace un año. Sé que me dijiste en su momento que corriéramos un tupido velo al respecto, pero no hay día que pase que no me sienta mal por haberme comportado como un capullo. Nunca debí exponer lo tuyo con Easton de la manera en la que lo hice y generaros una puta crisis.

—Pues no, no debiste hacerlo, pero sé que tenías tus motivos —dije, esbozando una sonrisa. Ryan me miró sorprendido.

—¿Easton te lo contó?

Asentí.

—Me habló de Sunny. Y me pareció muy bonito lo que querías hacer por ella. Así que entiendo que hicieras lo que creíste conveniente con tal de asegurarte la inversión para *Sincronizados*.

Después de lo que ocurrió odié a Ryan por haber redactado aquel informe con información privada, así que Easton decidió explicarme sus circunstancias. Ryan tenía una sobrina con

discapacidad auditiva y llevaba tiempo queriendo financiarle unos implantes cocleares. Para ello necesitaba que *Sincronizados* fuera bien y que Myers invirtiera en el proyecto. Estuvo mal lo que hizo, sí, pero entendí que su intención nunca fue la de herirme.

—Mi hermana y Sunny son lo más importante que hay en mi vida, yo solo quiero que ambas sean felices de una vez por todas.

—Y eso te honra.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Te perdoné hace tiempo, Ryan.

Ryan suspiró con alivio, cogió las botellas de refresco y juntos regresamos al jardín. Me pregunté si algún día Ryan abandonaría esa actitud de mujeriego empedernido y le daría una oportunidad al amor. Era un buen tío, y estaba segura de que conseguiría hacer feliz a la mujer adecuada.

La tarde siguió pasando cálida, bonita, alegre. Con la llegada de la noche, la gente empezó a irse. Tras el último adiós, los brazos de Easton me rodearon por la cintura desde detrás, apoyando su mano en mi vientre.

—¿Te apetece que juguemos una partida al Go antes de cenar? —preguntó.

—Claro, pero no hagas trampas.

—Yo no hago trampas, aquí la única tramposa eres tú.

—Mentira.

—Verdad.

—¿Y qué nos jugamos? —pregunté girándome entre sus brazos para mirarle a los ojos.

Él se rio un poco.

—Ya sabes lo que quiero yo de recompensa. —Se mordió el labio con intención y yo sentí que todo mi interior vibraba.

Y lo sabía, claro que lo sabía. Hacía mucho que nuestras competiciones y rivalidades terminaban siempre de la misma manera: con uno de los dos teniendo un orgasmo. O los dos ya que estábamos puestos.

Sonreí.

—Yo quiero lo mismo.

Nos besamos y cogidos de la mano entramos en la casa, a sabiendas de que la felicidad que sentíamos no había hecho más que empezar. Daba igual los obstáculos que nos tocara sortear en el futuro. Todo saldría bien, porque juntos, haríamos que así fuera.

¡No te pierdas lo que viene!

Ya está aquí la historia de Easton y Nora. ¿Qué os puedo decir sobre ella? Que estos dos son pura dinamita juntos. Me encantan los *enemies to lovers*, y este en particular ha sido un placer escribirlo.

Como ya sabéis, la serie Manhattan in love sigue adelante. Próximamente podréis disfrutar de una nueva entrega. ¿Quién serán sus protagonistas? ¿Jade y Erick, quizás? ¿O tal vez Ryan? Muy pronto desvelaré el secreto.

También tengo que avisaros de que antes de la siguiente novela de la serie, tendréis una nueva novela independiente a la venta, otro *fake dating* (romance falso) de esos que tanto me gustan. ¡Estad atentas, porque será alucinante! Y está mal que lo diga yo, pero me lo estoy pasando pipa escribiendo esa historia jeje.

Por último, os animo a visitar mi página web <https://ellavalentine.me/>, recibiréis un relato largo inédito al correo electrónico si os suscribís en el boletín. Se trata de un relato erótico muy cuqui.

Os espero en la siguiente aventura.

Con amor,

Ella Valentine

¡Ah! Acordaros de seguirme en mis redes sociales, porque vienen un montón de novedades y sorpresas y no quiero que os perdáis nada.

Instagram: <https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

También podéis seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez

que publique una novedad:

Amazon: <https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8>

Novelas anteriores

—Serie Manhattan in love

Un acuerdo con Mr King: [leer aquí](#)

Una Julieta para Mr Romeo: [leer aquí](#)

El deseo oculto de Mr Right: [leer aquí](#)

Seduciendo a Mr Quinn: [leer aquí](#)

—Serie Highlanders de Nueva York

No te enamores del highlander: [leer aquí](#)

Mi jefe es sexy y highlander: [leer aquí](#)

Maldito seas highlander: [leer aquí](#)

No te resistas al highlander: [leer aquí](#)

—Serie Multimillonario&

Multimillonario & Canalla: [leer aquí](#)

Multimillonario & Rebelde: [leer aquí](#)

Multimillonario & Libre: [leer aquí](#)

—Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: [leer aquí](#)

La chica que cazaba estrellas fugaces: [leer aquí](#)

La chica que leía novelas de amor: [leer aquí](#)

—Autoconclusivas

Maldito jefe perfecto: [leer aquí](#)

Novio ficticio: [leer aquí](#)

Posdata: te odio: [leer aquí](#)

Multimillonario, soltero y sexy: [leer aquí](#)

